

Rancho Collins  LIBRO II

Enemigos TAMBIÉN SE *Amam*



Una novela Enemigos a amantes por
JÉSSICA MACEDO

Una novela Enemigos a amantes por
JÉSSICA MACEDO

Enemigos TAMBIÉN SE *Amor*

Rancho Collins & LIBRO II

Grupo Editorial
 **Portal**

Índice

ENEMIGOS TAMBIÉN SE AMAN

Índice

Sinopsis

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Epílogo
Leggi anche:
Social network (dall'editore)

Sinopsis

Un médico viudo y arrogante.

Una enfermera decidida.

Una bebé adorable para tocar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una pérdida terrible que lo llevó a alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera del pueblo lo volvía loco. Enemigos desde el primer momento, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero la atracción los llevó a entregarse al deseo.

Cora Collins no imaginaba quedar embarazada de ese médico arrogante, mucho menos ser abandonada cuando él se fue. Dispuesta a superar la situación, iba a criar a la hija sola y no esperaba que Brandon regresara.

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.



Brandon Banks

Prólogo

Empecé a empujar las puertas dobles de la sala de cirugía completamente alterado. Mi respiración estaba dificultosa y todo a mi alrededor parecía girar. De repente, el ambiente a mi alrededor se fue oscureciendo...

Abrí los ojos y fijé la mirada en el techo blanco de mi apartamento. La vida en Dallas siempre había parecido darme todo lo que quería, pero en ese momento me sentía rodeado por fantasmas que me atormentaban y me robaban la paz.

Ya no era el mismo que solía ser y todo ese lugar me traía una infelicidad que no podía medir.

Se suponía que, siendo el mejor, debía haber hecho bien mi trabajo, pero fallé.

Me levanté de la cama con la certeza de que no volvería a dormir y fui hasta la cocina, abrí la enorme nevera y saqué un vaso de agua.

Siempre había creído que ese apartamento era perfecto, con una vista magnífica, pero en ese momento, me parecía demasiado grande y a la vez claustrofóbico, dejándome inquieto todo el tiempo, como si gritara que ya no merecía estar allí.

Bebí todo de un solo trago y suspiré al poner el vaso sobre la mesada.

Hacía mucho que no volvía a la clínica y sentía que ya no era mi lugar.



Cora
Collins

Capítulo uno

Un mes después...

Bajé del caballo detrás de la clínica y lo amarré a un poste de madera frente a un pesebre con agua y paja para que pudiera comer y beber.

—¿Puedes esperarme aquí un día más, cariño? —Pasé la mano por su hocico y él me miró como si entendiera lo que le decía.

Mi padre siempre me decía que sería mucho más fácil si viniera a trabajar en coche, pero nunca me tomé el tiempo de sacarme la licencia de conducir y, para ir a caballo, la licencia no era necesaria. Además, me gustaba la sensación del viento en mi rostro y en el cabello mientras galopaba por el camino que conectaba el rancho de los Collins con la pequeña y única clínica del pueblo.

Desde que elegí ser enfermera y estudiar en la universidad, encontré mi lugar allí, ayudando a las personas que conocía desde niña. Mi familia siempre tuvo dinero, podía quedarme en la terraza solo

mirando cómo pasaba el tiempo, pero sentía que allí podría hacer la diferencia y ayudar aunque fuera un poco.

Dejé el caballo a la sombra y tomé mis cosas, entrando por la puerta trasera, viendo a algunos de mis compañeros de trabajo de la pequeña plantilla.

—¡Buenos días! —Sonreí a Jenna, que cuidaba la pequeña cocina y la comida de los pacientes.

—¡Hola, Cora!

—¡Buenos días!

—¿Quieres un pan? Acaba de llegar de la panadería y está fresquito.

—Gracias, pero ya desayuné en casa.

Antes de que pudiera decir algo, Melissa entró en el cuarto y nos llamó la atención. Ella era alta, teñía el cabello de rojo y todos ya nos habíamos acostumbrado a su manera de rechazar la masculinidad que llevaba dentro, aunque no fuera un sentimiento tan común en el resto del pueblo. Me gustaba tenerla cerca y ya desde hace un buen tiempo la consideraba mi mejor amiga. Ella era auxiliar de enfermería y siempre estábamos juntas atendiendo la mayoría de los problemas de salud del pueblo.

—¿Han visto al nuevo médico?

—¿Nuevo médico? —Levanté una ceja, sorprendida por la noticia.

—¿No sabías? —Jenna se giró hacia mí.

Negué con la cabeza.

—El alcalde habló de él ayer —Alice me informó.

—¿Y no me dijiste nada? —Hice una mueca como si hubiera roto alguna de nuestras reglas de amistad.

—Me fui temprano, pensé que ya lo sabías.

—Hace seis meses que el doctor Perkins se jubiló. Imaginé que el alcalde no encontraría a nadie para reemplazarlo.

—¿Quién va a estudiar medicina y va a venir a este fin del mundo? —musitó Melissa.

—Parece que encontraron a alguien muy bien calificado —comentó Jenna.

—¿Quién?

—Brandon Hanks —En cuanto Jenna respondió, Melissa sacó su celular y lo revisó.

—En persona está más guapo que en las fotos.

—¡Concéntrate! —Puse la mano en la cintura e incliné mi cuerpo para espiar la pantalla de su celular, pero mi amiga hizo clic en un enlace cambiando de página antes de que pudiera ver algo. —Treinta y ocho años, neurocirujano reconocido, también hizo residencia en cirugía general... Ah, mi príncipe encantado finalmente ha llegado.

—Controla tus emociones, Melissa. —Le quité el celular de la mano, pero antes de ver algo, la puerta de donde estábamos se abrió y un hombre entró.

Dejé caer el celular, pero mi amiga lo sostuvo antes de que se estrellara contra el suelo.

Era alto, con hombros anchos, unos ojos azules marcados y una barba delgada perfectamente arreglada. Llevaba una bata blanca larga y zapatos del mismo tono. Todo parecía recién salido de la lavandería.

—¿Quién es la jefa de enfermeros? —preguntó, con un tono arrogante. Ni siquiera se dignó a decirnos "buenos días".

—¿En qué puedo ayudarlo? —Inflé el pecho al dar un paso al frente.

—Quiero la actualización del expediente de todos los pacientes que están en atención inmediatamente.

—Por favor... —intervino Melissa.

—Ese es su trabajo, ¿no es cierto?

Apreté los dientes, furiosa, pero me contuve para no hacer una escena frente a las otras dos. Siempre había valorado mi profesionalismo y no sería esa vez en que el tipo que apenas acababa de llegar me haría perder la calma.

—Se lo conseguiré, doctor —dije, entre dientes, y él solo asintió con la cabeza.

—No tardes —dijo, antes de salir del cuarto.

—Ah, le voy a dar un buen golpe. —Melissa se inclinó, pero antes de que pudiera hacer algo, la detuve.

—¡Espera!

—¿Quién se cree que es? —Aún seguía moviendo los brazos.

—Solo otro idiota de la gran ciudad —bufó Jenna.

—Veremos cuánto tiempo dura aquí. —Encogí los hombros al salir del cuarto en busca de los expedientes.



Brandon
Hanks

Capítulo dos

El primer día de trabajo fue tranquilo y completamente diferente a lo que estaba acostumbrado en la clínica de referencia en Dallas. Hice algunos puntos a un corte de machete y receté medicamentos para un resfriado.

Era como si me hubieran transportado a otra dimensión, pero no podía quejarme, porque era exactamente eso lo que esperaba cuando acepté esa maldita oferta de trabajo con salario bajo en el fin del mundo. Mi familia no entendió, mi hermano todavía cuestionaba mi decisión estúpida, pero yo necesitaba alejarme de todo.

Entré a la recepción de la pensión del pueblo, con una fachada alemana, y una señora en el mostrador. Podría quedarme allí tres meses a costa del municipio mientras durara mi contrato de prueba. Si decidía quedarme, tendría una subvención para comprar mi propia casa en la región. Pensaba que tres meses serían suficientes para poner mi mente en orden y regresar a Dallas.

—Buenas noches, doctor —saludó la mujer en recepción, pero no me fijé en su nombre.

—¿Me puede dar la llave de la habitación? —Extendí la mano.

—Claro. —Su sonrisa no cambió, pero si esperaba que yo respondiera, se estaba equivocando.

Se inclinó y tomó la llave de debajo del mostrador.

Me di la vuelta y subí por las escaleras sin decir una palabra más. Entré a la puerta con el número ocho y me encerré allí. La pequeña habitación estaba muy lejos del lujo con el que solía vivir. Era casi del tamaño de mi clóset, con una cama matrimonial, dos muebles de noche y una cómoda. Sin embargo, había traído pocas cosas y era suficiente al menos para el tiempo que planeaba pasar allí.

La diferencia y la distancia eran exactamente lo que necesitaba.

Saqué mi bata de la carpeta, pensando en cómo iba a lavarla bien, ya que no había visto ninguna lavandería en el camino y dudaba que pudieran hacer el trabajo con la misma calidad a la que estaba acostumbrado. Tomé mi celular, lo encendí y vibró con varios mensajes. Había algunos de mi madre, pero los primeros que vi eran de mi hermano menor, que seguía insistiendo con la esperanza de hacerme actuar como si nada hubiera pasado.

Carlton:

¿Ya estás listo para volver?

Sería un placer ir a buscarte con el coche que dejaste en la garage.

Brandon:

¡Ni se te ocurra tocar mi coche!

Pasaron unos minutos para que él viera el mensaje y me respondiera.

Carlton:

Es un desperdicio dejar esa máquina acumulando polvo.

Brandon:

Estará bien.

Carlton:

¿Por qué no lo llevaste contigo?

Brandon:

Solo si quería romperlo en las carreteras de aquí.

Carlton:

Ese no es un lugar para ti.

Brandon:

Es solo temporal.

Carlton:

No fue tu culpa lo que pasó, hiciste lo mejor que pudiste.

Brandon:

No quiero hablar de eso.

Carlton:

Tienes razón.

Brandon:

Estoy bien.

Carlton:

Lo dudo, pero está bien. En algún momento te vas a dar cuenta.

Brandon:

Acabo de llegar al hotel, voy a darme una ducha.

Carlton:

Aprovecha y busca un buen bar, intenta divertirte un poco. Quién sabe, tal vez encuentras una mujer bonita para pasar la noche.

Brandon:

Buenas noches, Carlton.

Carlton:

Buena forma de cortarme.
Hasta luego.

Tiré el celular sobre la cama y empecé a desvestirme. Después del baño podría encontrar algo para comer y, quién sabe, tal vez seguir con la lectura de un libro de ficción histórica que transcurría durante la Segunda Guerra Mundial.

Tomé una toalla doblada al pie de la cama y entré al diminuto baño, abriendo la llave para bañarme, pero el agua nunca se calentaba.

—¡Este lugar es una mierda! —Bufé, irritado, después de haber manipulado la llave varias veces esperando un resultado diferente.

Sin duda, venir a este lugar era la perfecta tortura que estaba buscando.

Metí la cabeza bajo el chorro de agua y decidí bañarme de todas formas. Podía aguantar un poco de agua fría, aunque eso solo me dejaba más furioso aún.



Cora
Collins

Capítulo tres

—Hija, ¿cómo estuvo el día hoy? —Mi madre sonrió ampliamente al verme llegar del establo y pisar la terraza de la casa, donde ella estaba bordando.

—¡Pésimo!

—¡Oh! —Abrió los ojos. —¿Por qué?

—El alcalde consiguió al peor sustituto para el médico del pueblo. ¿Crees que si hablo con Jackson puede despedirlo?

—¿Al médico o al alcalde?

—¡A los dos!

—No seas exagerada. Es una excelente noticia que tengamos un nuevo médico en el pueblo después de la jubilación de Harold.

—Ojalá ese viejo todavía estuviera atendiendo.

—¡Cora!

—No tienes idea, mamá.

—Solo necesitas un poco de paciencia, querida. Pronto él se adaptará y tú también.

—Espero que sí. —Suspiré.

—Ve a darte un baño, cámbiate de ropa y baja, pronto serviremos la cena.

—¡Gracias! —Pasé junto a ella, le di un beso en la mejilla y luego subí a mi cuarto en el segundo piso de la mansión.

Nuestra hermosa casa rústica en medio de la propiedad sin duda era una de las construcciones más bonitas del pueblo y contaba mucho de nuestra historia. Muchos de los Collins habían vivido allí y yo no tenía ninguna ambición de dejar ese lugar, como hizo Jackson. Desde que mi hermano mayor se había metido en la política, se había convertido en un mero visitante de esa casa, aunque estábamos contentos de que siguiera el camino que más le gustaba. Especialmente después de la boda con Tatiana. Todos sabíamos que se amaban, pero fueron los últimos en darse cuenta.

Dejé la ropa sobre la cama y me di una ducha larga y relajante.

Esperaba que mi madre tuviera razón y con el tiempo mi convivencia con el nuevo médico fuera mejor. Me encantaba esa clínica y poder cuidar a la gente del pueblo, pero esperaba que no lo convirtiera en algo insostenible.

Me cambié y bajé al comedor, donde ya estaban algunos miembros de mi familia.

—¡Hola, Cora!

—Hola, papá. —Me acerqué a él y me dio un beso en la cabeza.

—¿Cómo te fue en la clínica hoy?

—Tía... —La pequeña Judy vino tambaleándose hacia mí y me alegró no tener que continuar con el tema.

Mi papá era una persona pacífica, siempre buscando lo mejor de los demás y seguramente tendría la misma opinión sobre el asunto que mi mamá, así que era mejor dejarlo pasar.

—¡Pequeña! —La tomé en brazos y ella se acomodó en mí, recostando su cabecita en mi hombro.

—Está cansada hoy —comentó Zoe, mientras colocaba los platos sobre la mesa.

—Apuesto a que jugó mucho con los otros niños.

—Ni te imaginas. —Mi hermana menor sonrió.

—¿Dónde está Malcon?

—Acaba de llegar y fue a bañarse —respondió mi madre, tomando a la nieta de mis brazos.

Afortunadamente, todos estábamos allí y, después de haber sido abandonado, mi hermano no tenía que enfrentar la tarea de cuidar a la pequeña solo. Aunque imaginaba que, aún así, no debía ser nada fácil para él. Malcon era el más introvertido de nosotros y generalmente hablaba poco, pero sospechaba que sufría en silencio.

Mi madre no dijo nada y pronto la pequeña se quedó dormida en sus brazos.

—La voy a poner en la cuna y enseguida vuelvo.

—Está bien —respondimos al unísono.

—¡Hola, familia! —Liam entró con su típica actitud juguetona. Estaba empapado de sudor y un poco sucio de tierra.

—¿Te tiraste en el pasto? —Zoe cruzó los brazos al mirarlo.

—Ni te imaginas, hermanita. —Le guiñó un ojo y las dos pusimos cara de desagrado.

—¡Ve a darte un baño, Liam! —Mi papá señaló las escaleras. —Hueles a caballo mojado.

—A las mujeres les gusta este perfume, papá.

—Claro que no. —Puse los ojos en blanco.

—Solo necesitas a un vaquero que te agarre bien y te haga cambiar de opinión. —Rió mientras se burlaba de mí.

—¡Liam! —Mi papá cambió el tono de voz. —Más respeto con tu hermana.

El vaquero se encogió de hombros y se fue a su cuarto sin decir más.

—Quiero ver qué pasa cuando se caiga del caballo —murmuró la menor.

—¡Zoe! —Mi papá la reprendió.

—¡Ah! Está necesitando bajarse de esa nube de galán.

—Todos tenemos nuestro momento, hija.

—Ahora es momento de cenar. —Mi mamá volvió hacia la mesa e indicó que tomáramos nuestros lugares.

El delicioso asado estaba tan apetitoso como siempre, y mientras compartía ese momento en familia, olvidé las peleas en el trabajo y al nuevo médico.



Brandon
Hanks

Capítulo cuatro

Me dolían las espaldas cuando desperté por la mañana. Esa cama era horrible y el lugar bastante precario, debería haber escuchado mejor a mi familia cuando me dijeron que no me adaptaría a la vida que tendría allí. Aun así, sentía que debía quedarme, como si no mereciera volver a todo lo que había dejado atrás.

Las imágenes seguían yendo y viniendo a mi mente, impidiéndome olvidar. No podía dormir una noche completa desde lo ocurrido y cada vez que pensaba en ello, me sentía pésimo por todo.

Fue culpa mía...

Me levanté de la cama y me preparé para otro día de trabajo en la clínica del pueblo, que estaba en malas condiciones y mal equipada. Me había acostumbrado a lidiar con la tecnología más avanzada, pero allí tendría que arreglármelas con lo básico.

Salí con la bata doblada en el brazo y bajé al vestíbulo donde servían el desayuno. Sin embargo, antes de que pudiera sentarme, me

sorprendió la imagen del alcalde acercándose hacia mí.

—¡Doctor Hanks!

—Hola.

—¡Buenos días! ¿Cómo pasó la noche?

—Sin contratiempos —respondí con tono corto, mientras dejaba la bata sobre el respaldo de una de las sillas.

—Espero que con el tiempo nuestro pueblo lo encante.

Lo encontraba poco probable, pero no dije nada al respecto. Ese hombre era muy insistente y no quería que se me pusiera detrás tratando de hacerme cambiar de opinión sobre las ideas que ya había formado.

—¡Que tenga un buen día!

—Gracias. —Asentí con un movimiento de cabeza y el tipo desapareció de mi vista.

Lo mejor sería que se mantuviera alejado y me dejara hacer mi trabajo en lugar de estar molestándome y halagándome.

En el fondo, sabía que ese hombre se hacía la misma pregunta que mi familia. ¿Por qué un médico de renombre, que ganaba más de cinco millones al año haciendo las mejores cirugías, aceptaba un trabajo de mierda en el fin del mundo?

Tenía mis razones, pero no necesitaba explicarlas a nadie.

Me senté a la mesa y la señora encargada de la pensión se acercó con una taza de café y algunas tostadas con mantequilla.

—Espero que haya tenido una buena noche, doctor.

No respondí, solo atraje el plato hacia mí.

—¿Quiere un poco de tocino y huevos revueltos?

—Sí.

—Se los traeré.

Asentí con la cabeza y llevé la tostada a la boca, dándole un mordisco rápido. Estaba lejos de ser el mejor desayuno de todos, pero disfrazaría el hambre hasta la hora del almuerzo.

En mi departamento solía tener una empleada que cocinaba los mejores platos, también comía mejor, pero no podía esperar mucho de ese pueblo, empezando por las instalaciones donde estaba alojado.

Cuando terminé de comer, tomé la bata y me dirigí a la clínica, que quedaba a dos cuadras. Afortunadamente, el sol estaba bajo y la caminata no me causó incomodidad.

Entré en la recepción y la mujer detrás del mostrador me saludó con una sonrisa, pero yo no dije nada al avanzar hacia el pasillo para buscar mi consultorio.

Solo iba a hacer mi trabajo y, con suerte, estirar mi espalda dolorida.



Cora
Collins

Capítulo cinco

—Ya llegó el asqueroso. —Melissa se detuvo a mi lado haciendo una mueca mientras yo revisaba algunos expedientes.

—¿Asqueroso? —Levanté los ojos para encontrar los suyos.

—El médico nuevo.

—¿Sigue siendo insoportable?

—La chica de la recepción dijo que ni siquiera respondió a su saludo.

—¿Quién se cree ese tipo? —murmuré.

—Un dios, como todos esos neurocirujanos famosos.

—Pero, ¿qué hace aquí, Mel? —Me giré hacia ella con una expresión de total incredulidad en los ojos.

—Eso todavía estoy intentando averiguarlo.

—¿Intentando?

—Pasé la noche buscando información sobre él en internet, pero solo encontré premios y menciones sobre su brillante carrera. Nada que

indicara una razón para haber venido aquí.

—¡Eres una acosadora! —Golpeé con el expediente su brazo y Melissa se soltó a reír.

—¿No crees que merecemos saber?

—Claro que sí.

—Enfermera. —Una voz gruesa resonó en el pasillo y me vi obligada a girarme. El nuevo médico estaba de pie, mirándome con una expresión severa y una actitud inexpresiva. Mi curiosidad sobre qué lo había traído a mi pueblo aumentó aún más, pero dudaba que fuera a responder si le preguntaba.

—¡Buenos días! —Intenté ser un poco más cordial.

—¿Ya hiciste el triaje de los pacientes?

—No es que tengamos muchos casos todos los días.

—Ese es tu trabajo.

—Sí, doctor, ya lo sé. —Apreté los dientes.

—Mándame a los más graves primero.

—Claro. —En cuanto desapareció de mi vista, solté un gruñido como el de un perro molesto.

—¡Qué idiota! —Melissa se inclinó hacia adelante. —¿Puedo darle una bofetada?

—Mejor no.

—Pero ese doctor lo merece.

—Eso es indiscutible.

—Voy a pedir que la recepción mande los pacientes al triaje.

—Está bien.

—Vamos a trabajar, que es lo mejor que podemos hacer por este pueblo.

Amaba ese hospital, lo consideraba como mi segunda casa. Pensar que había alguien ahí para perturbar mi paz era una locura. La población necesitaba un médico, pero ese idiota ciertamente no era el mejor candidato.

—¡Se me ocurrió una idea! —Me giré hacia Melissa, que estaba sorprendida por mi impulso.

—Me gusta esto... —Una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—Apuesto a que tiene contrato de prueba, así que vamos a aprovechar ese tiempo para convencerlo de que este no es su lugar.

—¿Qué tienes en mente? —Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Ya te contaré los detalles.

—Me vas a dejar con la curiosidad...

Le lancé un beso y me dirigí a la recepción.

Si ese idiota pensaba que iba a tratar a la gente con esa actitud arrogante en mi hospital, se estaba equivocando.



Brandon
Hanks

Capítulo seis

Ajusté la férula, colocando el brazo del niño en su lugar. El chico hacía algunas muecas, pero considerando que no tenía anestesia, estaba aguantando bastante bien el dolor.

Después de terminar con la atención, me giré hacia el padre que lo estaba acompañando.

—Lo ideal es que le hagan una radiografía, pero parece que el técnico está de vacaciones. Entonces, le recomiendo que lo lleve a otra ciudad para hacerse el examen.

—Entiendo, doctor.

—Por lo demás, necesita reposo para que el hueso roto se vuelva a calcificar.

—Voy a estar pendiente de mi hijo. —Acarició la cabeza del niño.

Llené una receta a mano, porque ni siquiera había impresora en la computadora, y se la entregué al padre.

—En caso de dolor, use este medicamento cada doce horas.

—Muchas gracias, doctor. —El padre ayudó al niño a bajar de la camilla y los dos salieron de mi consultorio.

Pasó un rato hasta que alguien golpeó la puerta y entró. Pensé que sería otro paciente, pero para mi sorpresa, era la enfermera cargando una bandeja.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que querías un café.

—No quiero.

—¿Estás seguro? —Se acercó más con la bandeja y pude ver el vapor blanco ascendiendo. —Acabo de hacerlo.

No respondí, pero tampoco rechacé. Entonces, ella se detuvo frente a mí con la bandeja. Antes de que pudiera tomar la taza, terminó volcando la bebida, empapando todo mi pantalón y haciendo que me quejara del líquido caliente que se deslizaba hasta mi ropa interior.

—¡Maldita sea! —No pude evitar gritar cuando el dolor del café quemando mis partes más íntimas se hizo insoportable.

—¡Ay, doctor! —Retrocedió unos pasos. —Lo siento mucho.

—¿Qué demonios crees que estabas haciendo?

—Fue sin querer.

La empujé fuera de mi camino y pasé junto a ella, dirigiéndome al consultorio más cercano. Cerré la puerta y me quité el pantalón lo más rápido que pude. El líquido no estaba hirviendo y no causaría una quemadura grave, pero el calor fue suficiente para incomodarme. Además, sabía que no podría quitar la mancha de café de mi pantalón blanco.

Podría haber sido un accidente, pero solo sirvió para hacerme sentir aún más furioso con este pueblo de mierda.

Vuelve a casa...

Mi subconsciente resonaba en mi mente y, por más que quisiera, imaginaba que el sufrimiento podría ser aún peor.

Me había mudado a este pueblo perdido en el fin del mundo justamente para huir de todo lo que me perturbaba y me robaba el control. Quería que las cosas mejoraran, que finalmente encontrara un nuevo propósito, pero cada vez era más evidente que eso no iba a suceder.

La puerta se abrió y me giré por reflejo, viendo a la auxiliar de enfermería entrar al baño y verme desnudo de la cintura para abajo.

—¡Vaya! —Soltó una risita.

—¿Qué haces aquí? —Gruñí.

—Lo que tienes ahí abajo yo también lo tengo, querido. —Me guiñó el ojo. —Estoy aquí porque Cora pensó que ibas a necesitar esto. —Me extendió un pantalón limpio del uniforme de los enfermeros.

—¡Lárgate de aquí! —Le quité la mano.

—Si necesitas ayuda, solo llámame. —Me hizo un adiós con la mano y me dejó solo en el baño.

Me limpié lo mejor que pude con algunas toallas de papel y me apuré a ponerme el pantalón para no ser pillado en esa situación otra vez.

Si lo que quería era ir al infierno, parecía que ya lo había conseguido.



Cora
Collins

Capítulo siete

Estaba dentro del cuarto de suministros cuando Melissa entró con una sonrisa tonta.

—¿Él estaba muy enojado? —Solté una risita al recordar la expresión de furia del hombre cuando le derramé café encima.

—Bastante.

Mi risa se intensificó aún más. Mi madre seguramente no aprobaría lo que había hecho y diría que ya estaba demasiado vieja para estar haciendo bromas de mal gusto, pero ese idiota no iba a llegar a mi hospital tratando a la gente como si fuera el dueño del mundo.

—Dios, amiga, tenías que verlo...

—¡Concéntrate, Melissa!

—Mirar no perjudica nuestro plan. —Se encogió de hombros.

—Vamos a hacer que este tipo se dé por vencido antes de que termine el período de prueba.

—Eres cruel.

—¿Yo? ¿Estás hablando en serio?

—Tal vez solo necesite un poco de amor y cariño.

—Vamos a trabajar. —Puse mi mano sobre su hombro, arrastrándola conmigo. —Hay pacientes esperándonos.

Cuando llegamos a la recepción, me sorprendió ver al menos unas veinte personas sentadas allí con caras largas. Un hospital en un pueblo pequeño como el nuestro usualmente no tenía tantos pacientes en un solo día, y algo de esa magnitud definitivamente llamó mi atención.

—¡Ah, Cora! —La recepcionista corrió hacia mí. —No dejan de llegar. Ni sé dónde voy a poner a toda esta gente.

—¿Qué sienten?

—No sé.

Negué con la cabeza y resoplé.

—Vamos a tomar unos formularios y entrevistar a todos para hacer un triaje. —Le avisé a Melissa, quien asintió con la cabeza.

Primero me acerqué a una señora mayor que estaba sentada en un banco retorciéndose. Su expresión reflejaba total incomodidad, y eso dejaba aún más claro su estado.

—¿Qué está sintiendo, señora? —Me arrodillé cerca de ella.

—Me duele la cabeza, mi estómago me molesta y también tengo diarrea... —dijo en voz baja, avergonzada de terminar la frase.

—¿Comió algo diferente en los últimos días?

Negó con la cabeza.

—¿Tomó algún medicamento?

Tampoco.

—Espere un momento, el médico la atenderá.

Asintió y me fui al siguiente paciente. Pronto pude hacerme una idea general de la situación, ya que Melissa y yo habíamos entrevistado brevemente a todas las personas. Todos presentaban los mismos síntomas, lo que indicaba que algo había ocurrido. Estaba segura de que se trataba de una infección alimentaria, pero dejé que el doctor pedante diera su diagnóstico.



Brandon
Hanks

Capítulo ocho

El pantalón que me prestaron era al menos dos tallas más pequeño que el mío y me apretó e incomodó todo el día. Estaba casi seguro de que lo habían hecho a propósito, pero sería prácticamente imposible probarlo.

Para empeorar aún más mi día, parecía que había estallado un brote en el pueblo y todos presentaban síntomas similares. Mi experiencia me hizo darme cuenta de que se trataba de una infección alimentaria, pero como no contábamos con un laboratorio adecuado para hacer análisis, no podía identificar la causa. Mandé a algunos de los pacientes que ya se sentían mejor a casa y dejé a otros en observación para poder intervenir si algo sucedía.

Sería mucho más fácil tratarlos si pudiera identificar qué los estaba afectando.

—Necesito que se quede en reposo e ingiera mucho líquido. —Abrí la puerta para que el hombre pudiera salir.

—Muchas gracias, doctor.

Tan pronto como él salió por el pasillo, yo seguí detrás, esperando a más pacientes. De repente, me topé con la enfermera.

—Puede mandar al siguiente paciente a entrar.

—Ese era el último.

—¡Ah, qué bien!

—Si quieres, vete a casa, yo me hago cargo de todo aquí.

—¿No deberías irte tú también?

—Estoy acostumbrada a cuidar de la gente de este pueblo, doctor —dijo la última palabra con cierto tono sarcástico.

Volví a recordar el café que me había derramado por la mañana. Bien, si ella quería guerra, eso era exactamente lo que iba a tener.

—Yo también estoy aquí para cuidar de ellos.

—No sé si es exactamente lo que quieres. —Cruzó los brazos.

—Menos mal que quien decide eso soy yo. —Me encogí de hombros y ella apretó los dientes aún más. No dejaría que me desafiara de esa manera sin devolverle el golpe.

—Está bien, doctor. Entonces prepárese para una noche larga. —Me dio la espalda y siguió por el pasillo sin decir nada más.

Esa mujer estaba poniendo a prueba mi paciencia y fastidiándome, pero iba a descubrir que no entraba en un juego para perder.

Ajusté el pantalón apretado y la seguí hasta llegar a una sala donde estaban los pacientes que había dejado en observación. El olor horroroso provenía de algunas camas, ya que tenían diarrea, y esa era una de las partes más incómodas de cuidar a alguien con intoxicación. Aunque era común, el cuerpo trataba por todos los medios de eliminar lo que le estaba haciendo daño.

Cora conversaba con ellos y les prestaba toda su atención. No sabía cuánto tiempo llevaba trabajando allí, pero parecía ser suficiente para que confiaran en ella.

—Necesita tomar un poco más de líquido o tendré que ponerle suero —dijo, mientras se sentaba al borde de la cama de una anciana.

—Ya no aguanto más beber agua, señorita.

—Va a poder, solo un poquito más. —Levantó el vaso y lo acercó a la boca de la señora.

Cuando notó que la estaba observando, se giró hacia mí.

—¿Vas a quedarte ahí solo mirando, doctor?

Hice un gesto negativo y me acerqué a otro paciente.

Sin duda fue una noche larga, pero permanecer despierto realmente me ayudó a liberar mi mente de mis pesadillas.



Cora
Collins

Capítulo nueve

Estaba bostezando y medio dormida cuando el caballo se detuvo cerca del establo en el rancho Collins. Él había cabalgado solo de vuelta a casa mientras yo prácticamente dormía sobre su lomo después de una noche muy larga. ¿Quién necesitaba piloto automático cuando se podía contar con la inteligencia de esos animales?

—¡Eh! —Liam, mi hermano, se acercó a nosotros y sujetó al caballo antes de atarlo cerca de un pesebre. —¿Estás bien? —Me levantó en brazos y me puso en el suelo.

—Solo agotada. —Sonreí de forma forzada.

—¿Fue una noche larga?

—Ni te imaginas.

—Vamos a casa. Tengo pastel recién hecho.

—Acabas de decir la frase mágica.

Liam sonrió.

Mi hermano me guió hasta la entrada de nuestra casa. En cuanto entramos, mi mamá se acercó a mí.

—Te llamé cinco veces, pero no me contestaste.

—Perdón, mamá, parece que todo el pueblo decidió enfermarse el mismo día.

—¡Ay, Dios mío!

—Ya están bien ahora.

—Qué buena noticia.

—Así es. ¿Dónde está el pastel?

—Voy por él. —Rió mi mamá.

—Muchas gracias. —Me tiré en el sofá, con la espalda dolorida, quería hundirme en él, pero solo pensaba en darme un baño, meterme en mi cama y dormir hasta el mes que viene. Me encantaba mi trabajo, pero había momentos en que era mucho más agotador que otros.

Después de comer un delicioso trozo de pastel, subí a mi cuarto, pero estaba en la mitad de las escaleras cuando mi celular comenzó a vibrar dentro de mi bolsa.

—¡Hola!

—¿Cora? —Era la recepcionista de la clínica.

—¿Qué pasó?

—Llegaron más pacientes.

—¿Con el mismo síntoma?

—Sí.

—¡Maldita sea! Ya voy para allá.

—Haré saber que estás en camino.

—Gracias. —Suspiré mientras guardaba el celular en la bolsa.

—¿Necesitas un aventón? —Levanté la cabeza y vi a Malcon pasando junto a mí al bajar.

—Me encantaría. —Suspiré. —Aún siento como si un rebaño hubiera pasado por encima de mí.

—Eso pasa. ¿Vamos? —Hizo un gesto con la cabeza.

Asentí y seguí a mi hermano hasta afuera de la casa, donde estaba estacionado el coche del sheriff. Malcon siempre fue el más rudo y autoritario de nosotros, y no sorprendió a nadie cuando decidió convertirse en sheriff. Todos en el pueblo estaban contentos de tenerlo en ese puesto, y yo notaba que se sentía bien garantizando la seguridad de la gente.

Me senté en el asiento del copiloto y me puse el cinturón antes de que él arrancara el vehículo.

—Parece que estás enfrentando un problemón —comentó, mientras conducía hacia la carretera.

—Ni te imaginas.

—¿Qué crees que pudo haber pasado?

—No lo sé. De repente, fue como si todo el pueblo se hubiera enfermado. Son personas diferentes, de edades y hogares distintos.

—¿Un brote?

—Es posible.

—Cuando algo así sucede, siempre hay un factor común, incluso uno que no podíamos imaginar.

—Tienes razón. —El comentario de mi hermano encendió una luz en mi cabeza. —Algo debió haber pasado.

—Si necesitas mi ayuda...

—Te avisaré, pero espero que no sea algo criminal.

—Las personas están enfermas, puedo ayudar a investigar si quieres.

—¿No tienes compromisos en la comisaría?

—Comer donas, como diría Jackson.

Nos reímos juntos al recordar a nuestro hermano mayor.

—Entonces, acompáñame a la clínica. Tal vez puedas hacer algunas preguntas y ayudarme a identificar qué pudo haber pasado.

—Sería genial.

Malcon manejó la patrulla hasta allí y estacionó en un lugar más alejado. Por lo general, el estacionamiento frente al edificio no era muy solicitado, pero ese día parecía que absolutamente todo estaba fuera de control.

—Parece que tienes mucho trabajo por aquí.

—Ni me lo digas. —Solté un largo suspiro. —¿Qué crees que pudo ser?

—No tengo idea. La enfermera aquí eres tú, pero haremos algunas preguntas para llegar al fondo de esto.

—Está bien.

Caminamos hasta la recepción, que estaba llena, y los pocos profesionales que había parecían estar completamente abrumados. La clínica médica no funcionaba las 24 horas; generalmente atendíamos

solo en horario comercial, pero cuando alguien necesitaba ayuda, siempre hacíamos una excepción. Pero esa sería una excepción gigantesca.

—¡Ay, Dios! —exclamó Malcon al ver a todas esas personas.

—No son ni los primeros. —Me encogí de hombros, lista para comenzar.

—¿Hablas en serio?

Asentí.

—Caramba.

—Tenemos que averiguar qué está pasando, sheriff.

—Espero que no sea contagioso.

—Voy a conseguir una mascarilla para que puedas hacer preguntas a los pacientes.

—Ok. Mientras tanto, voy a llamar a la comisaría para pedir que más policías vengan a ayudarme.

—¡Perfecto!

Salí de la recepción y caminé hasta el armario de suministros, cruzándome con Melissa en el camino, quien estaba agitada.

—¿Qué pasa? —Me preocupé.

—Quiero de vuelta los días tranquilos.

—Mi hermano está aquí, nos va a ayudar a descubrir qué está pasando con la gente.

—¿El sheriff guapo? —Sonrió ampliamente al pensarlo.

—¡Cálmate! —Le di un golpecito en el hombro.

—¡Ey! ¿Qué pasa? Mirar no arranca pedazos. ¿Te he dicho que me encantan los hombres con uniforme? Esa estrella en el pecho les da un toque extra.

—Malcon ya tiene suficientes problemas.

—¿Y si yo soy la solución? Voy a ser la madre perfecta para Judy.

—Vamos a trabajar.

—Eres muy celosa, ¿sabías?

No respondí, pasé por su lado y entré al armario de suministros, tomé la mascarilla para mi hermano y algunas más para los policías que pudieran venir de la comisaría a ayudarlo en la investigación. Aunque podría ser solo un virus, aún era muy extraño ver a tantas personas del pueblo enfermas al mismo tiempo.



Brandon
Hanks

Capítulo diez

Pasé todo el día dentro del consultorio. Los síntomas eran los mismos, al igual que los tratamientos, pero la mayoría quería hablar conmigo, especialmente los pacientes con cuadros un poco más graves.

Era evidente que todos tenían una infección, y considerando que en el pueblo solo había un técnico trabajando en el laboratorio de análisis, tuvimos que esperar bastante para saber la causa, que resultó ser una bacteria.

Lo que no esperaba era ver a la policía cruzando la recepción cuando salí para llamar a otro paciente. *Y yo que pensaba que mi vida en este pequeño pueblo sería tranquila y sin agitación...*

—¿Qué está pasando aquí? —dije, agarrando el brazo de la enfermera cuando pasó junto a mí. La obligué a detenerse y mirarme.

—Las personas están enfermas, ¿no lo ves? —respondió, de mala gana, mirándome entre dientes.

—Eso lo estoy viendo.

—Qué bueno, porque no me dijeron que el nuevo médico fuera ciego, pero si necesitas instrucciones especiales, solo dime.

—¿Siempre eres así? —Apreté los dientes ante su respuesta grosera.

—Solo con los que se lo merecen.

—¡Qué pesada! —resoplé.

—Si me das permiso, estoy ocupada. —Intentó pasar, pero no la dejé.

—No me respondiste a mi pregunta. —La sujeté nuevamente por las muñecas y la obligué a mirarme.

En el momento en que sus ojos se encontraron con los míos, el verde intenso y primaveral de sus ojos me desconcertó. Sentí como si fuera una serpiente, y el contacto piel a piel me estaba inyectando veneno en las venas, desestabilizándome por completo, dejándome paralizado.

—Las personas están enfermas... —susurró, después de un largo rato, como si ella también hubiera sentido el efecto de ese contacto.

Sus pupilas se dilataron y su boca quedó entreabierta, dejando escapar un suspiro.

Quería escapar de esa sensación extraña, pero al mismo tiempo, sentía el impulso de inmovilizarla contra la pared y borrar la mirada provocativa que siempre tenía cuando me miraba. Había llegado a este fin del mundo buscando paz, y lo último que quería era una mujer que me alterara el juicio.

—¡Suéltame! —Tiró el brazo con furia, dando un paso atrás, tambaleándose. —Seguramente de donde vienes no te enseñaron modales.

—Solo quiero entender qué hacen estos policías aquí.

—Tal vez vinieron a arrestarte. —Se encogió de hombros.

—Qué graciosa. —Apreté los dientes, haciendo una mueca. —Olvídalo. —Intenté pasar, pero antes de alejarme demasiado, Cora terminó hablando.

—Mi hermano es el sheriff...

Me giré sobre los talones para volver a mirarla.

—¿Y?

—Vino hasta aquí para hacer algunas preguntas a los pacientes y encontrar la causa de la infección.

—¿Ya sabe algo?

—Acaba de llegar.

—Mmm...

—Ahora déjame trabajar, que tengo pacientes por atender, y tú también, doctor de la gran ciudad.

—¿Doctor qué?

Cora pasó junto a mí, chocando mi hombro, y siguió por el pasillo sin decir nada más. Me molesté, pero era evidente que esa era su intención.

Me había ilusionado pensando que mi estadía provisional de tres meses en este pueblo sería tranquila, sin trabajo ni problemas con los compañeros. Estaba buscando un purgatorio para lidiar con lo que había pasado, y parecía haberlo encontrado.

—Hola, doctor... —Escuché una voz melosa y me asusté al girarme y encontrarme con Melissa.

—¿Qué pasa?

—Llevé a un señor a tu consultorio, ¿necesitas ayuda? —Se acercó más.

—No, gracias.

—Solo dejo pasar tu destrato porque es proporcional a lo que tienes ahí abajo.

Me quedé completamente incómodo al recordar la escena en la que ella me había visto desnudo de cintura para abajo.

—Olvidemos eso.

—Es difícil. —Humedeció sus labios.

—Tengo que trabajar. —Pasé junto a ella y me dirigí a mi consultorio.

Las personas de este pueblo iban a volverme loco.



Cora
Collins

Capítulo once

Ya había administrado medicación y distribuido suero fisiológico a los pacientes cuando me acerqué a mi hermano, quien estaba conversando con otros dos policías que habían llegado de la comisaría para ayudarlo en la investigación.

—¿Cree que hayan envenenado la comida? —preguntó uno de ellos, dejándome en alerta total.

—¿Envenenado?

—No estamos seguros de eso, Cora —corrigió mi hermano, lanzando una mirada seria al subordinado.

—¿Pero es lo que piensan? —Me acerqué más y susurré.

—¿Podrías salir conmigo ahora o todavía te necesitan mucho aquí?

—Avisaré a Melissa.

—Está bien, te espero aquí.

Me aparté de mi hermano y busqué a mi mejor amiga, quien parecía bastante distraída mirando al doctor mientras acomodaba sus

cosas.

—Sabes que él es un idiota, ¿no?

—¿Por qué los imbéciles siempre son los más atractivos? —suspiró.

—Contrólate.

—¿Por qué nunca me dejas soñar?

—Creo que es mejor que nos quedemos en la realidad.

—¿Nunca has pensado que es por eso que sigues soltera?

—Voy a hacer como que no escuché eso. —Torció los labios. —Saldré con mi hermano, creo que ya puedes irte a casa.

—¿Crees que me lleve? —Miró de nuevo al médico y terminó atrayendo mi mirada también.

Me quedé observando sus anchos hombros mientras se quitaba el delantal y lo guardaba en un maletín. Tuve que parpadear y cambiar el enfoque para no quedarme boquiabierta. Lo último que quería era sentir atracción por ese hombre.

—Tengo que irme, Melissa.

—Hasta mañana, amiga. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Chau.

Volví lo más rápido posible hacia mi hermano.

—¿Vamos?

Asintió con un gesto de cabeza y nos dirigimos hacia la patrulla estacionada en el mismo lugar de antes. Me subí al asiento del copiloto, y los otros dos policías nos siguieron en sus motocicletas.

—¿Qué hacemos en el bar de Billy? —Me giré hacia mi hermano cuando estacionó nuevamente.

—Lo único que encontré en común entre los pacientes que pasaron por la clínica es que todos estuvieron en este bar la noche anterior.

—Malcon, es Billy, lo conocemos desde que éramos niños. No envenenaría a sus propios clientes.

—No creo que sea un envenenamiento, hermana, pero tenemos que investigar qué está pasando para que las personas se enfermen.

—Entiendo.

Fui la primera en bajar de la patrulla y mi hermano y los demás policías nos siguieron. Entramos al bar y todos nos miraron. El lugar era rústico, pero bien organizado y ordenado. Todos en el pueblo conocían ese bar, era el principal punto de encuentro para el happy hour. Cuando

no hay muchas opciones en el pueblo, todos se reunían en el mismo lugar.

Conocía bien el bar de Billy porque los viernes solían tener música en vivo e incluso venían cantantes de música country de otras ciudades. A Melissa le encantaba y siempre me arrastraba después del trabajo. Nos sentábamos en una esquina, tomábamos cerveza negra y yo siempre me quedaba callada mientras ella bailaba y coqueteaba con los chicos.

—¡Hola, sheriff Collins! —Billy salió del otro lado del mostrador y vino a recibirnos personalmente. —Doctora, policías...

Yo era enfermera, no médica, pero no teníamos un médico desde que se jubiló el anterior y me había convertido en una referencia en el pueblo. Siempre que había un problema de salud, venían a buscarme a mí o a mi padre. Él era veterinario, pero al final el ser humano no era más que otro tipo de animal.

—¿A qué debo esta visita?

—Desafortunadamente, no es por un buen motivo —dijo mi hermano en un tono serio, dejando al dueño del bar incómodo.

—¿Pasó algo, sheriff?

—Lamentablemente, sí.

—Mire, he estado pagando mis impuestos y mis licencias de bebidas están todas en orden...

—No es sobre eso, Billy —cortó mi hermano.

—¿Entonces, qué es? —El hombre se veía pálido.

—Sospecho que hay algo en la comida o bebida que está haciendo mal a la gente.

—¿Mal? —Abrió los ojos sorprendido.

—Creo que es más probable que sea en la comida —comenté.

—Hemos tenido pacientes de todas las edades, incluso algunos que ni siquiera consumen alcohol.

—Todo está muy bien preparado aquí, sheriff.

—Imagino que sí, Billy, pero el denominador común entre las personas que han llegado enfermas y que están llenando la clínica del pueblo es este bar.

—No tengo idea, señor.

Cuando el dueño del bar dejó de hablar, nos volteamos al escuchar un ruido y vimos a alguien detrás del mostrador inclinarse para vomitar

en un balde.

—¿Qué pasa, Michael?

—No me siento bien hoy, señor. —Era un joven, probablemente entre dieciocho o veinte años, y su trabajo en el bar debía ser su primer empleo.

Su expresión y el tono pálido de su piel me indicaban que podría estar sintiéndose igual que los demás pacientes que ya había atendido ese mismo día.

—Es mejor que él no esté en contacto con los productos o las personas —alerté al dueño del bar.

—C-claro... —balbuceó, sorprendido. —Michael, puedes retirarte por hoy.

—Pero, señor... —El chico quedó completamente desconcertado.

—Vete, muchacho.

—Está bien. —Finalmente asintió y se alejó del bar.

—¿Crees que él pueda ser la causa? —Malcon se giró hacia mí, esperando una opinión médica sobre la situación.

—No lo sé, dame un momento. —Fui en dirección al chico antes de que se alejara demasiado y lo llamé. —¡Ey!

—Doctora...

—Michael, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento?

—Sí. Solo que no me siento muy bien. —Hizo una mueca y me dio la impresión de que iba a vomitar de nuevo, pero pronto se recompuso.

—Sí, atendí a muchas personas en ese estado hoy en la clínica.

—¿Atendiste?

Asentí.

—¿Sabes qué les pasaba?

—Eso es lo que estoy tratando de entender, pero para eso necesitaré tu ayuda. ¿Podrías sentarte conmigo en una de esas mesas?

—Le señalé y el chico asintió, acompañándome hasta que nos sentamos frente a frente.

Observé el lugar y noté que estaba extrañamente vacío ese día, probablemente porque la mayoría de los clientes estaban enfermos.

—Michael, ¿desde cuándo te sientes mal?

—Desde anoche.

—¿Crees que pueda ser algo con la comida?

—No sé, doctora.

—¿No sabes o no estás seguro?

—No estoy seguro.

—¿Hubo algo diferente en la preparación de la comida ayer?
¿Notaste algún cambio en los proveedores o en la manera de prepararla?

Negó con la cabeza.

—¿Crees que algo podría haber contaminado la comida?

—No entiendo nada de eso.

—No se trata de entender, solo de haber notado algo fuera de lo común, algo con lo que no estés acostumbrado.

Siguió negando con la cabeza.

—Nadie va a salir perjudicado por esto —dije, suponiendo que ese podría ser su temor. —Solo estamos tratando de entender qué pudo haber pasado aquí que dejó enfermas a muchas personas del pueblo, incluso a ti.

—Te juro que no sé.

—Está bien. —Meforcé a sonreírle, aunque no me había ayudado en nada.

—Tenemos que arreglar ese escape de agua allá atrás. —En ese momento entró otro empleado al bar y se sorprendió al vernos a mí y a los policías en el establecimiento. —Tenemos visita importante hoy. —Sonrió nervioso. —Galer, el sheriff está aquí para investigar lo que pueda haber pasado con las personas del pueblo. Parece que todos se están enfermando y sospechan que podría ser algo aquí en el bar.

—¿Aquí en el bar? —El hombre entrecerró los ojos, sin entender. —Nosotros cuidamos todo bien aquí, sheriff.

—No dije lo contrario. —Mi hermano mantuvo su postura. —Solo necesito entender qué pudo haber pasado con las personas del pueblo. Estamos investigando y todos los relatos apuntan a este lugar. ¿Creen que algo pudo haber sucedido entre ayer y hoy que haya afectado la salud de las personas?

—No lo sé.

—¿Y ese escape de agua? —Incliné la cabeza para observarlo y, aunque no parecía tener relación, me llamó la atención. Cuando se

cuida a tantas personas que generalmente no pueden expresar con claridad todos sus síntomas, observar cada detalle es crucial.

—Ah, es solo uno de los tubos del baño que tiene una fuga, doctora, no tiene que preocuparse por eso. Un trabajo de fontanero, ya sabe.

—Vamos a llamar a Jerry para que vea esto —dijo Billy rápidamente.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—¿A un tubo roto? —Galer frunció el ceño.

—¿Cora? —Hasta mi hermano encontró rara mi actitud.

—Será rápido.

—Está bien. —Galer hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera, y mi hermano vino detrás, probablemente curioso por lo que estaba buscando.

Fuimos hasta la parte trasera del bar, donde había un agujero en la tierra donde podía ver la fuga de agua. No parecía muy intensa, pero fluía lo suficiente como para infiltrarse en el suelo.

—Como dije, es solo un tubo. —Insistió el hombre.

—Sí, solo un tubo.

—¿En qué estás pensando? —Mi hermano se acercó, intentando leer mi expresión.

—¿Eso es un pozo artesanal? —Señalé un poco más abajo, pero no tan lejos del tubo como debería.

—Sí, señora —confirmó Galer.

—¿Es de donde sacan el agua que usan en el bar, verdad?

Asintió, pero todavía parecía confundido, tratando de entender hacia dónde quería llegar.

—Cora... —insistió mi hermano, pidiéndome que compartiera mis pensamientos con él.

—Creo que ya sé de dónde viene el problema.

—¿Cómo?

—El agua está contaminada.

—¿Qué? —El empleado se asustó. —Pero el agua sale toda limpia en los grifos, doctora. Estoy seguro de que no hay nada.

—No siempre el agua contaminada sale con un color diferente.

—Necesitan arreglar esa fuga de inmediato y tratar la contaminación del pozo. Hasta que lo hagan, voy a tener que cerrar el

bar para evitar que más personas se enfermen —dijo mi hermano, con firmeza.

—Pero, sheriff...

—Le avisaré a tu jefe.

—Ah, está bien...

Fui detrás de mi hermano y hablamos con Billy sobre el posible problema y la contaminación del agua en el establecimiento. Tendrían que resolver ese asunto lo más rápido posible.

Esperaba que esa fuera realmente la causa, para que el número de pacientes en la clínica volviera a ser el mismo que antes.



Brandon
Banks

Capítulo doce

Me tiré sobre la cama de la pensión, exhausto después de un día mucho más largo de lo que imaginaba. Desde mi tiempo de residencia no atendía a tantas personas en un mismo día. Generalmente, las cirugías neurológicas duraban varias horas, pero no realizaba tantas en un solo día.

Allí me trataban como si fuera un médico cualquiera que terminó en ese lugar porque no tenía otras opciones, especialmente Cora...

Si esa enfermera que me hervía la sangre supiera al menos todo lo que está en mi currículum y la fortuna que había hecho como neurocirujano, probablemente bajaría la guardia antes de provocarme tanto.

Mi celular comenzó a vibrar sobre la mesa de noche y me tomé varios minutos antes de levantarlo para ver quién era. No me sorprendió cuando vi algunos mensajes de mi hermano.

Carlton:

Mamá está quejándose porque no contestas sus llamadas.

Brandon:

Fue un día agitado.

Carlton:

¿En el campo?

Brandon:

Las personas se contagiaron con alguna bacteria y todos
están con infección.

Carlton:

No debería reírme, pero pasaste de cerebros a vómitos y
heces, realmente estamos en el fondo del pozo.

Brandon:

¡Dame un respiro!

Carlton:

Hermano, vuelve a casa.

Brandon:

Estoy bien aquí.

Carlton:

No lo estás, pero no necesito seguir repitiendo lo obvio.

Brandon:

Necesito estar lejos de Dallas por un tiempo.

Carlton:

Tómate unas vacaciones, vete a las Maldivas, pero no
necesitas estar ahí cuidando a unos campesinos.

Brandon:

Ser médico es todo lo que soy.

Si pierdo eso, no sé qué va a pasar conmigo.

Carlton:

Eres un neurocirujano renombrado, no un médico de clínica
en un pueblo perdido.

Brandon:

Es solo por un tiempo.

Carlton:

Espero que sí.

Tengo la llave de tu departamento, puedo ir a recoger lo que necesites.

Brandon:

No puedo tirar todo.

Carlton:

¿Y vas a seguir huyendo?

Brandon:

Por ahora, lo prefiero así.

Carlton:

Te extraño, hermano.

Sería mucho más fácil lidiar con mamá si estuvieras aquí.

Brandon:

Otro motivo para no volver ahora. Jajaja.

Carlton:

No eres gracioso.

Brandon:

Tal vez este sea el momento para reencontrarme.

Carlton:

Sabes que puedes regresar cuando quieras.

Brandon:

Tengo un contrato de tres meses.

Carlton:

Para eso tienes un hermano abogado.

Brandon:

Estoy bien.

Carlton:

Ok. Llámame si necesitas algo y atiende a nuestra mamá antes de que me vuelva loco.

Brandon:

Como si yo fuera el único con problemas.

Carlton:

Mi ex cree que puede romper el acuerdo prenupcial y quedarse con la mitad de todo lo que tengo, pero eso no va a pasar. Al menos tú no tuviste que lidiar con eso.

Brandon:

No sé qué preferiría.

Carlton:

Lo siento, hermano.

Brandon:

Tranquilo. Ya te dije que estoy bien. Tienes tus propios problemas y eres el menor, no te preocupes por mí.

Carlton:

Tenemos unos minutos de diferencia.

Brandon:

Eso todavía te hace más joven.

Carlton:

Cuando empiezas a decir que soy el más joven es porque te quedaste sin argumentos.

Brandon:

Solo necesito descansar.

Carlton:

Ok, solo asegúrate de no desaparecer.

Brandon:

Tranquilo.

Carlton:

Hasta luego, hermano.

Brandon:

Adiós.

Dejé el teléfono a un lado y pude respirar un poco hasta que mi mamá me llamó. Necesité intercambiar algunos minutos de una conversación vacía con ella antes de finalmente despedirla y poder estar solo.

Aunque Carlton, como mi gemelo, era la persona que mejor me entendía en el mundo, para él seguía siendo difícil comprender el momento que estaba viviendo. No era solo una crisis profesional la que ponía todas mis habilidades en juego, sino también toda mi vida personal. No podía simplemente regresar a casa y pretender que nada había pasado.

En ese fin del mundo, al menos podría dejar de lado todo el dolor, la frustración y la decepción conmigo mismo.



Cora *Collins*

Capítulo trece

Me desperté con el sonido del gallo cantando bajo mi ventana. El animal debía haber escapado del corral y terminó ahí. Me di vuelta en la cama y tomé mi celular del mueble de la cabecera. Faltaban solo unos minutos para que mi despertador sonara. Me estiré, extendiendo mis músculos, y me levanté de la cama.

Esperaba que ese día fuera menos agitado, deseando que no hubiera nuevas contaminaciones con el agua del bar. Billy tendría que cerrar el lugar por unos días, pero era muy importante para la salud de todo el pueblo.

Me di una ducha aún medio somnolienta, pero me ayudó a despertar, y cuando bajé para tomar el café con el resto de la familia, tuve una agradable sorpresa al ver que dos sillas, que usualmente estaban vacías, ahora estaban ocupadas.

—¡Jackson! ¡Tatiana! —grité, mientras me acercaba a mi hermano y mi cuñada, que habían llegado de sorpresa. —No sabía que ustedes

estaban aquí.

—Acabamos de llegar —respondió ella.

—Ah, ¿cómo estás? —Hice un puchero al mirar a mi sobrina en el regazo de su madre, girando de un lado a otro para poder fijarme bien en todo.

Ella me miró, parpadeó y sonrió cuando comencé a hacer caras graciosas. Estiré los brazos y, enseguida, vino a mi regazo.

—Qué niña más adorable.

—Se parece al padre. —Mi hermano hinchó el pecho, completamente convencido.

—Más bien se parece a la madre. Mira ese cabello rojizo.

—A veces se pone amarillo. —Jackson cruzó los brazos, y Tatiana y yo nos reímos juntas.

—Él sabe que se parece más a ti —susurré a mi cuñada.

—Lo sabe. —Ella asintió.

—¡Buenos días, familia! —Malcon entró cargando a su hija en brazos, y Judy se emocionó al ver a la prima más pequeña.

—¡Bella!

—Parece que hoy vas a tener compañía —dijo el sheriff a su hija.

—*Copiaña...* —ella intentó repetir la palabra, pero terminó enredándose con su pequeña lengua.

—Qué bueno verlos aquí. —Malcon puso a la pequeña en el suelo para poder abrazar a nuestro hermano y a la cuñada.

—Extrañábamos la casa.

—Es bueno que así nunca olviden dónde está el hogar —comentó mamá, al traer una hermosa ensalada de frutas y ponerla sobre la mesa del comedor.

—El rancho Collins es inolvidable, mamá. —Jackson se acercó a ella y le dio un beso en la cabeza.

—¿Te estás preparando para las elecciones, hermano? —Malcon inició la conversación.

—Claro. Voy a ir por un segundo mandato, y después, quién sabe, tal vez la presidencia.

—Ambicioso.

—Con mi hermosa esposa, sé que es posible. —Jackson se inclinó a besar a Tatiana, y ella se sonrojó tanto como su cabello.

—¿Cómo va todo en la clínica, Cora? —El sheriff se giró hacia mí, cambiando de tema mientras tomaba una silla y ponía a su hija de nuevo en su regazo, sirviéndole un poco de ensalada de frutas.

—No me llamaron en medio de la madrugada, así que supongo que no pasó nada urgente, pero lo sabré cuando llegue allí.

—Espero que ahora todo se normalice.

—Gracias por ayudarme ayer.

—Solo hice mi trabajo. —Sonrió y tomó una servilleta para limpiar la cara de la hija, que ya se había embadurnado toda.

—¿Qué pasó? —preguntó Jackson, y les hice un breve resumen a todos sobre el agua contaminada del bar y la infección que causó entre los habitantes del pueblo.

—¿Todo esto por un tubo que se rompió?

—Por eso es tan importante que el agua potable y las aguas residuales estén bien separadas. La contaminación puede ser muy seria.

—Espero que Billy pueda resolverlo y abrir el bar nuevamente.

—Tatiana parecía preocupada.

—Yo también. —Tomé un pequeño plato y me serví algunas tostadas con huevos revueltos.

Con Jackson en casa, sentía que el hogar se llenaba aún más de lo habitual, aunque los otros cuatro hijos todavía vivieran en el rancho. Estábamos acostumbrados a una familia grande y unida.

Mis padres parecían más felices cuando estábamos todos reunidos, conversando sobre nuestras vidas y ayudándonos a resolver problemas, fueran grandes o pequeños.

Judy e Isabela representaban la nueva generación, y aunque las primas tenían una diferencia de edad, jugaban juntas y mostraban que también serían muy unidas.

Aunque éramos la familia más rica e influyente del pueblo, nuestros momentos no se basaban solo en dinero o propiedades. Cada uno de nosotros daba lo mejor de sí mismo por ese lugar.

—Malcon, cuando vayas a la comisaría, ¿me puedes dar un aventón hasta la iglesia? —pidió el abuelo, mientras se acercaba a mi hermano.

—¡Claro! —Mi hermano se giró hacia mí. —¿También quieres un aventón, Cora?

—Iré a caballo.

—¿Aún no sacaste tu licencia? —intervino Jackson.

—¿Para qué, si los caballos emiten menos carbono?

—Tiene buen argumento. —Mi cuñada se encogió de hombros.

Mis hermanos se miraron, pero no dijeron nada más.

—Voy a ver cómo está todo en la clínica. —Me despedí de ellos y les di un beso a mi madre y mis sobrinas antes de salir de la casa.

Caminé hasta el establo y busqué a mi yegua, que estaba en su cubículo habitual.

—Hola, niña. —Ella movió la cabeza, y yo acaricié su cara, dándole un beso entre los ojos. —¿Lograste descansar? Espero que sí, porque yo aún estoy bastante cansada.

Estuve un momento en silencio, como si esperara una respuesta de ella.

—¿Sabes cuál fue lo mejor de todo esto? Ver al doctor insoportable lidiando con vómito y heces. —Contuve la risa, y mi yegua hizo un ruido como si también se estuviera riendo de la situación conmigo. —¿Vamos a trabajar?

Fui por la silla de montar y abrí la puerta del cubículo. Ella se inclinó, bajándose para que pudiera ponerla sobre su lomo y ajustar las correas.

—Bien, niña. —Tomé algunos bocadillos para caballos que había en un recipiente afuera y se los di.

Subí al animal, tomé las riendas y ella comenzó a caminar sola. La ventaja de ir a caballo era que ella ya sabía el camino hasta la clínica y podía ir sola. Además, la sensación de sentir el viento en mi rostro mientras cabalgábamos por el camino hacia el pueblo era deliciosa.

Toda mi vida había pasado en ese lugar y había aprendido a amar cada pedazo de tierra y a cada persona que vivía allí. No teníamos grandes centros comerciales, ni gran cantidad de gente o atracciones, pero conocíamos a todos, entendíamos sus necesidades y siempre nos ayudábamos.

Siempre era extraño cuando alguien nuevo llegaba, y especialmente cuando no se llevaba bien con la forma en que todo funcionaba. Si hablara con mi madre, seguramente me recomendaría tener paciencia, pero al ver al doctor llegar a la misma hora que yo esa mañana, solo pensaba en mi plan de hacer todo lo posible para que se fuera cuanto

antes y desistiera del contrato de prueba que había firmado con el municipio.

Nos miramos fijamente cuando bajé del caballo. Él se quedó allí un momento, pero entró al edificio sin decir una palabra, como si no me hubiera visto.

—Idiota, maleducado —murmuré para mí misma.

Sería lo mejor para todos que se fuera pronto. Nuestro pueblo merecía un mejor médico.



Brandon
Banks

Capítulo catorce

Cuando llegué a ese rincón perdido del mundo, ya tenía suficientes problemas como para querer involucrarme en nuevos. Quería escapar, relajarme y, sobre todo, no tener que pensar en nada que me molestara, pero cada vez que la miraba, estaba seguro de que la paz era lo último que Cora Collins me brindaría.

Recordaba perfectamente el incidente con el café, el pantalón apretado que me habían conseguido y la situación incómoda en el baño con Melissa. Esa era otra que no quería darme paz, aunque fuera más receptiva a mi presencia que su compañera de trabajo.

No sabía qué tenía Cora contra mí, pero no era precisamente el tipo de persona que hacía muchas amistades por donde pasaba. No me importaba ni un poco lo que pensara, siempre y cuando no dificultara mi trabajo.

Al pasar por la recepción, noté que el lugar estaba más tranquilo y vacío que el día anterior. Las víctimas de la infección debían estar en

sus casas tratando los síntomas y tomando los medicamentos que yo les había recetado. Ojalá ese lugar no se llenara nuevamente de gente con vómitos y diarrea.

Venía de una familia tradicional, rica, y tuve todas las oportunidades para convertirme en lo mejor que podía ser. Probablemente por eso todos estaban tan indignados con mi repentina decisión de asumir una clínica municipal en un pueblito del interior.

—¡Buenos días, doctor! —Melissa pasó a mi lado, meneando el cabello.

—Buenos días.

—¿Sigues de mal humor?

—No.

—No parece. Tal vez necesites algo para distraerte. —Me guiñó un ojo. —¿Qué tal si nos enfocamos en el trabajo?

—Claro —respondí firme, cuando mis ojos se cruzaron con los de Cora, quien entró justo después de mí.

Ella simplemente me miró, se acercó a su amiga, le dio un beso en la mejilla y ni siquiera me dijo un "buenos días". Tampoco me molesté en iniciar una conversación; si era eso lo que esperaba, se iba a quedar esperando.

—Puedes pedirle al primer paciente que entre en cinco minutos —le dije a la persona de la recepción y seguí por el pasillo.

Puse mi portafolio en una esquina y tomé mi bata.

Solo eran tres meses. ¿Qué cosa terrible podría pasar en este corto periodo?



Cora
Collins

Capítulo quince

—Sería lindo si no fuera tan gracioso.

—¿De qué estás hablando? —Levanté la vista del armario de medicamentos que estaba organizando y me giré hacia Melissa, que estaba detrás de mí.

—De ti y del doctor.

—¿Y qué pasa con él?

—Ustedes dos actuando como dos adolescentes peleoneros. ¿Todo esto es para ocultar el deseo?

—¿Qué deseo, Melissa? —Bufé. —Inventas cada cosa. Tal vez cuando dejes de ver cosas donde no las hay consigas un novio.

—Es más una cuestión de esquivar el interés y los prejuicios que de estar equivocada, amiga. Cuando se miran, hasta yo me estremezco.

—Estás delirando.

—¿Lo estoy?

—Con toda seguridad.

—Entonces está bien. —Me sorprendió que ella aceptara tan rápido, pero ese definitivamente no era un tema que quisiera seguir discutiendo.

Mi único objetivo era hacer que ese imbécil se fuera de mi pueblo lo antes posible.

—¡Cora! —Alguien gritó desde la recepción y entregué la caja con los medicamentos a Melissa, antes de correr hacia el sonido.

—¿Qué pasó?

Mis ojos encontraron a Hope, una agricultora local, entrando con su hijo, quien tenía el brazo extendido y un pedazo de madera atravesado en el chico. La tela que lo rodeaba estaba empapada en sangre, aunque parecía que había algo peor.

—¿Intentaron sacarlo?

—Tal vez. —La mujer hizo una mueca de desesperación.

—Vamos a llevarlo al médico.

—Yo puedo ayudar...

—No, Hope, quédate aquí. —Hice un gesto para intentar detenerla mientras guiaba al niño conmigo.

La mujer trató de seguirme, pero fue detenida por la recepcionista.

—Me duele, doctora —gimoteó el niño.

—Vamos a cuidarte, ¿está bien?

Asintió con la cabeza, tratando de disimular el dolor en su rostro.

Abrí la puerta del consultorio de Brandon, quien estaba conversando con una paciente sentada frente a él. Se sorprendió mucho con mi entrada repentina.

—¿No enseñan modales en este lugar?

—¡Es una emergencia!

Fue entonces cuando notó la rama que atravesaba el brazo del niño.

—Terminaremos la consulta después.

La paciente asintió y salió de la sala, dejándonos solos.

—¿Cómo terminaste así, niño?

—Estaba cortando un árbol y me caí.

—Tenemos que sacártelo. —Mi tono era firme.

—Vamos a hacerlo con calma. ¿Te duele mucho?

El niño asintió.

Vi que el médico estaba examinando la rama atravesada en el brazo del niño. Aunque no era común, no era la primera vez que veía algo

así. La peor de todas fue cuando un peón recibió una cornada justo en el culo. Supongo que todavía tiene que lidiar con la cicatriz.

—Estira el brazo —pidió el médico.

El niño lo estiró y Brandon sostuvo la rama en la base, rompiendo casi toda la parte que estaba bajo la piel del niño.

Brandon me miró con firmeza y sentí un escalofrío recorrer mi columna, haciéndome poner la piel de gallina.

—Yo lo sostengo y tú lo sacas, pero tiene que ser de una vez.

Asentí.

—¿Lista?

Hice un gesto afirmativo.

—Será en tres, ¿está bien? —Le dijo al niño.

—Está bien, doctor. —El niño seguía gimoteando.

Él me miró nuevamente y sus labios se movieron de forma que solo yo pudiera ver. *En dos...*

—Uno... Dos...

Jalé la rama y el niño gritó.

—Listo. —Sonreí hacia él.

Tiré la rama ensangrentada al suelo cuando Brandon acercó el brazo del niño.

—Ahora vamos a cuidar esa herida. Necesitamos limpiar las astillas lo mejor posible para evitar la inflamación, y tendrás que tomar medicina durante unos días.

—Está bien.

—Puedes irte ahora, enfermera. —Señaló hacia la puerta.

¿Me estaba echando? ¿En serio?

Me había olvidado de que el médico era un completo idiota por unos segundos, pero él pronto se encargó de recordarme por qué quería a ese tipo fuera de mi pueblo.

Le di la espalda, apreté los dientes cuando ya no me miraba y salí conteniendo las ganas de estrellar la puerta, preferentemente, directo en la cara de ese imbécil.

Podría ser un dios en su lugar de origen, pero no lo sería en mi clínica.



Brandon
Hanks

Capítulo dieciséis

Abrí mi maletín para guardar mi bata cuando el turno finalmente terminó. Afortunadamente, con excepción del chico que se había atravesado el brazo con una rama, fue un día tranquilo. Algunas personas que habían tenido una infección por el agua del bar vinieron para una breve consulta, pero todos se estaban recuperando bien y pronto los síntomas desaparecerían por completo.

Era momento de regresar a la pensión, poner los pies en alto, leer un libro o quizás investigar artículos médicos que me mantuvieran actualizado sobre mi área. No había abandonado completamente la idea de ser neurocirujano, pero necesitaba un tiempo para recuperarme del golpe y, quién sabe, tal vez lograr aceptar que no era mi culpa, aunque eso parecía completamente imposible en ese momento.

—¡Putra madre! —grité, dejando caer mi maletín cuando me encontré con una serpiente dentro de él.

—¿Qué pasa, doctor? —Cora apareció en la puerta de mi consultorio, y por la sonrisita en la esquina de sus labios, ya sospechaba que tenía algo que ver con eso.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Yo qué? —Puso cara de desentendida.

—La que puso esta serpiente dentro de mi maletín.

—¿Serpiente? —Entró y vio al reptil saliendo del objeto y escondiéndose debajo de la camilla. —Ah, es solo una serpiente amigable. No hace daño, a diferencia de otras personas... —La tomó como si no le tuviera miedo y la puso en la ventana para que saliera.

—Debe haberse escondido en tu maletín porque está cálido.

—O fuiste tú la que la puso ahí. —Apreté los dientes.

—¿Estás insinuando algo? —Hinchó el pecho al acercarse a mí.

—No estoy insinuando nada. Estoy afirmando.

—¡Ah, claro! Sujeto arrogante como tú diciendo tonterías.

—¿Con quién crees que estás hablando? —Estaba bufando y no pude detenerme. No pude evitar tomar sus muñecas y acercar mi pecho al suyo.

—Con un médico cobarde que tiene miedo de una serpiente.

—No dije que tenía miedo.

—No hace falta que digas nada. —Levantó la cabeza, y esa mirada desafiante y provocativa me sacó aún más de quicio.

Resoplaba, mi corazón se aceleró y no podía entender exactamente lo que pasaba en mi cuerpo. Ella me miraba y yo la miraba de vuelta, esperando que Cora cediera, retrocediera unos pasos y demostrara que yo al menos había ganado esa. Pero no dudó ni un segundo, me miró a los ojos con una intensidad tal como si estuviera decidida a aterrorizarme.

Mi boca se secó, como si estuviéramos en el desierto bajo un cielo de cincuenta grados, en lugar de en un consultorio con aire acondicionado.

Ella humedeció sus labios y perdí el control. Definitivamente, no había una sola neurona en mi cuerpo que pudiera explicarme el impulso que me llevó a soltar una de sus muñecas y sujetar su nuca. La jalé hacia mí y hundí mi lengua en su boca.

Fue como si hubiera encontrado un oasis, y el beso se intensificó aún más, en una necesidad desenfrenada y extremadamente intensa.

Cora me golpeó en el pecho con una mano, pero en lugar de empujarme, enredó sus dedos en mi camisa, apretándola.

Jalé de su cabello, mordí su labio inferior y estaba a punto de volver a meter mi lengua en su boca, buscando la suya, cuando ella me empujó y me dio una bofetada. El impacto resonó por todo el cuarto y me hizo retroceder, masajeándome la mejilla.

—Además de estúpido, ¿estás loco? —gruñó, antes de salir del consultorio, dando un portazo tan fuerte que casi arranca la puerta de las bisagras.

Su pregunta era la misma que me hacía a mí mismo.

¿Había perdido mi cordura?

Miré hacia abajo y vi el bulto que se había formado en mis pantalones. No había ninguna razón por la cual me hubiera excitado por esa colega de trabajo que había dejado claro que me odiaba desde el primer momento en que nos cruzamos.

Además de ser una completa locura, no besaba ni tocaba a ninguna otra mujer desde que...

Sacudí la cabeza, tratando de alejar mis pensamientos lo más rápido posible. Había llegado a ese pueblo precisamente para no seguir dándole vueltas a todo eso.

Comencé a pensar que mi familia tenía razón, que había perdido el juicio.



Cora
Collins

Capítulo diecisiete

Salí del consultorio de Brandon jadeando, descontrolada y completamente sorprendida.

Esperaba muchas reacciones del médico por el hecho de haber metido una serpiente en sus cosas cuando las había dejado solas y se había ido al baño.

Pero, ¿besarme...?

Estaba furiosa, mi impulso era golpearlo por la falta de respeto, la ofensa y su actitud nada profesional.

Está bien que derramarle café y ponerle una serpiente no era el mejor ejemplo de profesionalismo, pero tenía mis razones. Quería sacar a ese idiota de mi pueblo.

¿Para qué besarme?

Solo si quería desestabilizarme, y por la forma en que mi corazón estaba acelerado, mis piernas temblorosas y mi boca dulce, parecía que

lo había logrado.

—¿Cora?

Me asusté, dando un salto, y me tomó un momento darme cuenta de que Melissa estaba detrás de mí.

—¿Estás bien, amiga?

Solo asentí con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Claro. —Me pasé las manos por el cabello, tratando de recomponerme. Aunque ella era mi mejor amiga, pensé que era mejor no decirle nada sobre el beso, porque conociéndola bien, seguro inventaría teorías donde no las había.

Ese cretino solo quería fastidiarme, y lo había conseguido.

Pero ese imbécil de Dallas no sabía lo que era patear un avispero. Tendría que prepararse para mis picaduras.



Brandon
Banks

Capítulo dieciocho

Ni siquiera volvió a cruzarse en mi camino ese día. Cuando llegamos a trabajar al día siguiente, nos volvimos a mirar, pero como siempre, no nos dirigimos la palabra.

Entré al consultorio y cerré la puerta. Dejé mi carpeta en su lugar de siempre y revisé cada rincón, abrí los cajones y chequeé la camilla, buscando otro animal venenoso o trampa que pudiera haber puesto para asustarme.

Esa zorra necesitaría más que una serpiente para asustarme. Ya había enfrentado desafíos mucho más grandes como para renunciar solo porque ella quería asustarme.

Pasé la noche pensando en el beso y tratando de entender qué me impulsó a hacer eso, pero no pude encontrar ninguna justificación razonable. La única explicación que encontré fue la necesidad racional de alguien que no había sentido el contacto de una mujer en meses.

Aunque estaba solo, besar a una mujer que se estaba esforzando para hacerme odiarla a ella y todo ese lugar, definitivamente no era la mejor respuesta. Sin embargo, me aseguraba a mí mismo que eso no iba a repetirse.

Escuché un golpe en la puerta y enderecé mi cuerpo, mirándola.

—¿Quién es?

Esperaba que fuera ella, pero contuve mi frustración cuando vi a Melissa.

—Hola, doctor.

—¡Hola!

—¿Durmió bien?

—Sí —mentí, pero no iba a confesarle los motivos.

Me preguntaba si Cora le había contado a su amiga sobre el beso. Pero era una respuesta que no estaba dispuesto a arriesgarme a obtener.

—Hay algunos pacientes esperando para entrar, ¿puedo mandarlos pasar?

—En orden de llegada, a menos que haya alguna urgencia.

—Déjemelo a mí. —Me guiñó un ojo y cerró la puerta.

Bufé, soltando una larga inspiración y me incliné contra el respaldo de mi silla, pero pronto un paciente entró al consultorio y me recompuse.

—Buenos días, doctor.

—¡Buenos días! —Indiqué la silla frente a mí para que el señor se sentara. —¿Qué siente?

—Me desperté con una palpitación extraña en el pecho.

—¿Tiene algún historial de enfermedades cardíacas?

—Tengo salud de hierro.

—Siempre decían eso... —murmuré para mí mismo, mientras me levantaba a buscar una de las carpetas en un enorme armario con los registros de los pacientes. Lamentablemente, el médico anterior no había registrado nada de forma digital.

Pregunté el nombre del paciente y no tardé mucho en encontrar su ficha y leer brevemente su historial.

—¿Presión alta?

—Solo un poquito.

—¿Está tomando la medicación, señor Smith?

—Son demasiados medicamentos, doctor, siempre me pierdo.

—Necesita hacer una lista y seguir la prescripción médica, si no, podrían aparecer síntomas aún peores que los que está sintiendo.

—Pero...

—Haré una lista actualizada con sus medicamentos para que los siga correctamente, ¿está bien?

—Cora dijo que no debo descuidarme con la medicación.

—Ella tiene razón. —Sonreí ligeramente. No esperaba decir eso ni estar de acuerdo con esa enfermera en nada, pero en lo que respecta a los pacientes de ese lugar, parecía que había hecho un buen trabajo en ausencia de un médico.

Revisé toda la prescripción del paciente y recordé mi época de residencia, cuando trataba más directamente con las necesidades de las personas.

—Aquí tiene. —Le entregué una hoja. —No puede olvidarse de tomar ninguno de estos.

—Muchas gracias, doctor.

—No es nada.

Se levantó y salió de mi consultorio.

La mañana siguió de esa manera, con casos más tranquilos de personas con síntomas leves o que necesitaban medicamentos. Fue solo una de ellas, una señora de sesenta años, la que presentó algunos síntomas más preocupantes, pero necesitaría algunos exámenes para un diagnóstico más preciso. Como no teníamos muchos recursos en ese pueblo, tendría que hacerlo en otro lugar y luego traerme los resultados para que los analizara.

Cuando mi estómago rugió, me di cuenta de que ya era hora de almorzar y me levanté, pasando por la recepción y dirigiéndome al pequeño comedor del lugar, donde servían comida con pocas opciones, pero era mejor que en muchos otros hospitales en los que había estado. Tenía un aire hogareño y rural, igual que todo el lugar.

En el momento en que me senté a comer, mis ojos se cruzaron con los de ella.

Recordé el impulso, el beso y todo mi descontrol. Mi boca se llenó con su sabor y metí el tenedor con la comida para calmar esa sensación. Solo alguien capaz de alterarme tanto podría provocar todo ese desequilibrio en mí.

Pensaba que lo mejor era ignorar a esa mujer, aunque no parecía tan fácil.



Cora
Collins

Capítulo diecinueve

—Te está mirando —susurró Melissa, mientras me tocaba por debajo de la mesa.

—No, no es cierto. —Apreté los ojos al mirarla, esperando que cambiara de tema.

Le había ocultado el beso que él me había robado el día anterior porque sabía que ella lo convertiría en algo mucho más grande de lo que realmente era y acabaría volviéndome completamente loco. No necesitaba que ella me desquiciara con eso y, sobre todo, que empezara a inventar teorías que no existían.

Solo había una cosa que quería de ese médico: que dejara mi pueblo lo más rápido posible.

—¿Está buena la comida? —Se acercó Jenna a nosotras.

—Está buenísima —dijo Melissa, riendo.

—¡Cálmate! —Le di un codazo.

—¡Ey!

—¿Qué pasa? —La cocinera quería saber.

—Nada. —Fruncí el ceño hacia Melissa para que no continuara con el tema.

No quería ni imaginar la posibilidad de que ese médico hubiera escuchado algo que no debía y que toda esa situación se volviera aún más incómoda.

Me concentré en terminar mi almuerzo. Aunque el día estaba siendo más tranquilo, aún había algunos pacientes que necesitaban de mí y no quería perder tiempo con distracciones innecesarias.

Me levanté y fui a la habitación de una paciente que estaba bajo observación después de un principio de infarto. Estábamos atentos por si necesitábamos intervenir.

—¡Buenas tardes, Joan!

—¡Buenas tardes, querida! —Sonrió, mientras se acomodaba en la cama.

—Déjame ayudarte. —Me acerqué y ajusté la cabecera de la cama para hacerla más cómoda. —¿Cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor.

—Eso es una excelente noticia.

—¿Cuándo podré regresar a casa? Sabes que vivo con mi nieto y él está muy preocupado...

—Necesitamos asegurarnos de que te encuentres bien antes de darte el alta, pero tu nieto puede venir a visitarte.

—Está bien. —Suspiró.

—¿Te trajo ya el almuerzo Jenna?

—Sí, lo trajo, estaba delicioso. Cocina muy bien.

—Le transmitiré tus elogios.

—Gracias.

—No olvides el botón de emergencia, si necesitas algo, solo presiónalo y vendremos de inmediato.

—Está bien.

Me despedí de ella y salí al pasillo, con la mente en otro lugar, el pensamiento perdido en el beso del día anterior. Mi cuerpo chocó contra una especie de pared. La inercia me hizo dar un paso tambaleante hacia atrás.

Levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con los de él.

—Tenía que ser tú —dije, apretando los dientes, molesta.

—La culpa fue tuya.
—¿Mía? —Apreté los dientes.
—No miraste por dónde ibas.
—¡Tú apareciste de la nada en medio del pasillo!
—Hasta donde sé, no me han prohibido caminar por los pasillos de la clínica donde trabajo.
Bufé, girando los ojos.
—Parece que estás un poco irritada hoy. ¿Será que tienes síndrome premenstrual?
—El síndrome premenstrual es el tuyo... —Apreté los labios para evitar soltar un insulto.
—¿El mío? —Se inclinó hacia mí, burlándose.
—Parece que te gusta, ¿verdad?
—¿A qué te refieres? —Su mirada arrogante solo me molestaba más.
—A que te gusta hacerme perder el control.
—Tú eres la que te irritas fácilmente.
—¡Solo sal de mi camino! —Intenté empujarlo para pasar por él en el pasillo, pero antes de que pudiera avanzar mucho, me agarró de las muñecas y me detuvo.
Sus manos firmes me hicieron mirarlo de nuevo, y mi cuerpo entero tembló. Esas sensaciones me dejaban completamente desconcertada y me hacían perder el control. Al mismo tiempo que quería que me soltara, ansiaba más de su sujeción.
—¿Crees que te vas a librar de mí? —Su agarre se hizo aún más fuerte, y apreté los dientes.
—Estoy segura —gruñí. Si estuviera un poco más cerca, lo habría mordido en la cara y quizás le arrancado un trozo.
—Yo no soy de rendirme fácilmente.
—Lo veremos. —Levanté aún más el mentón, desafiándolo. —Para mí no eres más que un médico engreído de la gran ciudad.
—¿Engreído? —repitió.
—Sí. —Intenté esquivarlo, dando un paso atrás, pero Brandon no estaba dispuesto a soltarme tan fácilmente. Vino conmigo, y cuando me di cuenta, ya estábamos dentro de una habitación vacía en el área de los pacientes.

Finalmente logré soltarme de él y, al dar un paso hacia atrás, golpeé un carrito de suministros médicos, sobresaltándome y cayendo hacia adelante nuevamente.

Volvió a sujetarme, pero esta vez fue en la cintura, y sentí cómo sus dedos se clavaban en mi piel como si fueran brasas ardientes. Levanté los ojos para mirarlo de nuevo, pero fue mi mayor error, porque mi respiración se volvió más difícil y me desconcerté por completo.

Abrí la boca, intentando gritar para que me soltara, pero no salió ningún sonido.

Quería escapar de él, pero al mismo tiempo sentía como si estuviera atrapada en una telaraña, cada vez más involucrada mientras luchaba por liberarme.

¿Por qué ese maldito tenía que tener una boca tan atractiva?

Apreté los dientes, bufando, y mi respiración se hizo más urgente. Mis dedos subieron por su pecho, recorriendo su bata hasta llegar a sus hombros anchos. Lo apreté, en una tonta tentación de apartarlo, pero todo mi cuerpo me traicionaba, en una necesidad incontrolable.

Cuando clavé las uñas en su nuca, Brandon cerró la poca distancia que quedaba entre nosotros y su boca presionó la mía de nuevo, mostrándome cuánto mis instintos podían traicionar mi ira.

Presioné sus hombros, intentando apartarlo, pero luego mis dedos se enredaron en su bata, tirando de él hacia mí cuando su lengua entrelazó la mía. Una de sus manos subió de mi cintura hasta mi cabello, tirando de él y manteniendo mi rostro aún más cerca del suyo.

El brazo que seguía en mi cintura era firme como el acero, y me inmovilizaba contra su pecho sólido. El maldito había encontrado una excelente forma de mantenerme quieta y completamente inerte.

Una pequeña parte racional de mi mente gritaba desde el fondo: *suéltame...* Pero esa voz era completamente ahogada por el resto de mi ser, que gritaba: *agárrame.*

Inclinó la cabeza, buscando un mejor ángulo para nuestras bocas, y yo solo me dejé llevar, haciendo que el beso fuera cada vez más intenso y voraz.

Subí las uñas por su nuca, enterrando mis dedos en su cabello oscuro y suave, tirando de él mientras él mordisqueaba mi labio inferior, comenzando a deslizar besos por mi mandíbula y cuello, trazando un camino provocador al que no podía resistirme. Incliné la

cabeza hacia atrás y permití que mordiera y dejara varios chupetones en mi piel mientras sus manos recorrían mi cuerpo.

Un gemido escapó cuando sus palmas contornearon mi cuerpo, dibujando mis curvas y llegando hasta mis glúteos, apretándolos bajo el uniforme de enfermera sin pudor alguno. Brandon metió una pierna entre mis muslos y me acercó más a él, mientras sus dedos se hundían en mi culo. No pude evitar el impulso de frotarme contra él cuando el deseo comenzó a arder de forma incontrolable.

Quería un miligramo de sensatez disuelto en una dosis de juicio para poder alejarme de ese médico que tanto alteraba mi sangre, pero estaba perdiendo esa batalla contra el deseo que él provocaba en mí.

Una de sus manos subió un poco más, y cuando me di cuenta, ya estaba dentro de mis pantalones.

Tenía que apartarlo, eso era lo que una buena profesional debería hacer, en lugar de estar metida en un lío tan intenso en medio del turno. Aunque no lo odiara y quisiera hacer todo lo posible para que dejara el pueblo, lo que estaba sucediendo entre nosotros era completamente inconcebible.

Él tocó directamente mi culo en el momento en que mordió la base de mi cuello, y tuve que apretar los labios para que nadie descubriera lo absurdo que estaba pasando allí. Brandon rodeó mi ropa interior y pronto sentí sus dedos apartando el elástico y adentrándose en ella.

Si ya me costaba resistirme a él antes, fue aún peor cuando lo sentí abrir mis labios vaginales y buscar mi clítoris.

Clavé las uñas en él y busqué sus labios para no gemir.

Sentía que no iba a poder resistir. Dejaría que él avanzara mucho más allá de la racionalidad, y probablemente terminaríamos sobre esa cama...

Mi alarma comenzó a vibrar y el destino colaboró para evitar que cometiera esa locura.

—¡Suéltame! —Finalmente logré decir.

—¿Vas a decir que no te estaba gustando? —Sonrió con cinismo.

Levanté la mano para darle otro golpe en la cara, pero antes de que pudiera hacerlo, Brandon me sujetó la muñeca y me detuvo.

—Tenemos un paciente que nos necesita.

Salí bufando del cuarto y corrí a la habitación de la paciente con la que había hablado antes. Joan parecía estar muy bien cuando la dejé.

No podría haber anticipado que ocurriría una emergencia.

—¿Qué está pasando? —Empujé a Melissa para acercarme a la paciente.

—Está teniendo un infarto.

—Permiso. —Brandon tomó la delantera y quise gruñir, pero en ese momento no había espacio para una pelea de egos entre nosotros.

—Enfermera, un miligramo de epinefrina.

—Sí, doctor.

—Tráiganme el carrito de paro —ordenó.

Melissa asintió.

Todos nos pusimos a trabajar lo más rápido posible, tratando de hacer todo lo posible para ayudar a la paciente.

—¡Despejen! —ordenó Brandon, mientras ponía las placas en el pecho de Joan.

Esperamos... nada...

—¡Suban a trescientos!

Observé el aparato que monitoreaba los latidos de su corazón, pero Joan no reaccionó, todas los intentos fueron inútiles, y días como ese siempre se volvían los peores.



Brandon
Banks

Capítulo veinte

Cuando declaré la hora de la muerte, todos se apartaron y nadie se atrevió a decir nada.

Por mucho que mi tasa de éxito como neurocirujano fuera alta, la muerte siempre rondaba mi trabajo y, la mayoría de las veces, iba a la sala de cirugía para enfrentarme a ella. Muchas veces la vencía, pero en otras...

Nadie más apareció en la clínica durante el resto de la tarde y pensé que era mejor así.

Cuando llegó el fin de mi turno, recogí mis cosas, me quité la bata y la guardé en mi maletín; afortunadamente, esta vez no había ninguna serpiente.

Salí de mi consultorio y caminé por el pasillo hasta que escuché un suspiro. Alguien parecía estar llorando y mi curiosidad me hizo abrir la puerta para ver quién estaba dentro.

—¿Cora?

Ella se frotó los ojos rojos, tratando de ocultar las lágrimas, y apretó los dientes en cuanto me miró.

—¿Qué haces aquí?

—Escuché...

—¿Además de maleducado y pervertido, también eres un chismoso?

—Solo me extrañó que estés llorando.

—No es por ti, te lo aseguro.

—Ni lo pensé.

—Entonces vete. —Tiró de la puerta, intentando golpearme con ella, pero la sostuve, evitando que se cerrara.

—¡Espera!

—¡Déjame en paz!

—¿Estás llorando por la paciente que murió?

—Eso no es asunto tuyo. —La forma en que respondió fue suficiente para interpretarlo como un sí.

—Eso pasa. A veces mueren.

—¿Por qué no esperaba una reacción diferente de ti? —Cruzó los brazos.

—¿Cómo?

—Solo alguien tan cruel y frío podría decir eso.

—No soy frío.

—Voy a agregar mentiroso a tus cualidades.

—Basta, Cora. —Me estaba molestando. —No es como si no me importaran los pacientes.

—Dudo que alguna vez te haya importado.

—Estás equivocada.

—¡Ah, claro! —Torció los labios, dejando claro que no me creía.

—Sé lo terrible que es perder a alguien importante, aunque hayas hecho todo lo posible para salvarlo.

—Apuesto a que lo sabes.

Las reacciones de ella me estaban descontrolando y, aunque no quería hablar de esto con nadie, al final se me escapó.

—Lo sé. Y fue como si me arrancaran el corazón del pecho mientras aún latía.

Ella abrió los ojos sorprendida y vi que por fin había captado su atención.

—¿Cuándo?

—El día en que murió mi esposa.

—¿Esposa? —Estaba aún más sorprendida.

Solo asentí.

—¿Cómo?

—En mis manos, durante una cirugía. Tenía un tumor en una zona muy sensible del cerebro, le quedaban como máximo dos meses de vida. La cirugía era la única forma de intentar salvarla, pero las posibilidades de éxito eran menos del cinco por ciento, y fallé...

Su postura cambió por completo, dejándola boquiabierta.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

—No quiero que me tengan lástima.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde eso?

—Algunos meses.

—Lo siento mucho...

—Quítate esa cara de pena y no se lo digas a nadie. Precisamente por eso dejé las salas de cirugía. No me ayuda que la gente me mire como si fuera un pobre tipo.

—La gente solo quiere demostrar que le importas.

—Eso no va a traer a Nicolý de vuelta. No quiero que se pongan a fingir que entienden lo que siento, porque nadie sabe lo que es perder a la persona que amas porque no fuiste lo suficientemente bueno.

—Una cirugía cerebral es muy complicada.

—¡Pero yo era el mejor de Dallas! —grité, indignado, sintiendo toda la dolorosa carga que había guardado en lo más profundo de mi pecho resurgir con fuerza.

Día tras día fingía que podía ignorarla, pero cada lágrima no derramada seguía en lo más profundo de mi alma, luchando por salir en la primera oportunidad.

—Lo intentaste. —Ella puso su mano en mi hombro para consolarme, pero me aparté, molesto por haber tocado ese tema.

—¡Olvídalo!

—Brandon...

—Hasta mañana. —Pasé la mano por mi maletín y le di la espalda.

Cora me llamó una vez más, pero fingí no escucharla. Dejé que sus palabras se perdieran en el viento mientras me alejaba.

Al caminar hacia la pensión sencilla donde me alojaba, mi mente se llenaba de imágenes que había luchado mucho para intentar alejar.

Había huido de Dallas porque pensaba que mi familia, amigos y todo mi círculo social dejarían de preguntarme por mi esposa o de decir que lo sentían por lo que había sucedido. En el fondo, nadie sabía lo que estaba sufriendo.

La amaba, era mi buen humor, mi sentido común y la razón por la que aún me consideraban humano. Ninguna noticia había sido tan terrible como el descubrimiento de su tumor. Fue todo tan rápido, tan cruel...

La cirugía fue decisión de ella. Nicolý confiaba en mí y pensaba que podía salvarla. No solo fracasé, sino que perdí los dos meses que podríamos haber disfrutado juntos.

La muerte era algo común en mi trabajo, pero nada se comparaba con perder al amor de mi vida.

—¡Buenas noches, doctor! —La dueña de la pensión me saludó con una sonrisa y yo pasé a su lado sin decir una sola palabra.

Fui a mi cuarto y me encerré allí, sin salir ni siquiera para cenar. Me había ido a ese fin del mundo para huir del dolor, pero estaba equivocado, no podía borrar ese tormento y fingir que solo era una pesadilla terrible.



Cora
Collins

Capítulo veintiuno

—Hola, hija —dijo mi padre, sonriendo mientras abría la puerta de la camioneta y esperaba a que subiera al asiento del copiloto.

—Gracias por venir a buscarme —le dije, esbozando una sonrisa algo torcida.

—No hay de qué, querida. —Acarició mi rostro en un gesto cariñoso, como hacía cuando era una niña.

—Mi yegua...

—Liam vino conmigo, él la llevará de vuelta a casa.

—Muchas gracias. —Dejé caer los hombros en un largo y profundo suspiro.

—Parece que tuviste un día difícil.

—Ni sé por dónde empezar.

—Tal vez por la parte que te sea más fácil.

—¿Puedo darte un abrazo?

—Claro, mi niña. —Mi papá se inclinó hacia mí y me envolvió en sus brazos. Permití que ese momento me calmara, igual que cuando era pequeña y me despertaba de alguna pesadilla.

Nos quedamos así un buen rato y él no se apartó, dejando que fuera yo quien me separara.

—Joan ha muerto.

—Qué noticia tan terrible. Pobre Mitt, perdió a sus padres en un accidente y ahora a su abuela.

—Pensé que se iba a recuperar, imaginé que la darían de alta pronto y volvería a casa. Debería haberla enviado a un hospital con más recursos, tal vez ahí...

—¿De verdad crees que un poco más de tecnología y equipo la habrían salvado?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces ella estaba en buenas manos.

—Pero es tan terrible, papá.

—Lo sé, Cora, pero también conozco a mi hija y sé que elegiste esta profesión por las vidas que podrías salvar, no por las que perderías.

—Tienes razón. —Intenté recomponerme, limpiando las lágrimas que se deslizaban por mi rostro.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos antes de que te fueras a la universidad y te pregunté por qué elegiste enfermería y no medicina?

—Porque quería estar más cerca de las personas. Los médicos se llevan el crédito, pero es la enfermería quien cuida a los pacientes las veinticuatro horas.

—Eso es lo que has estado haciendo. Cuidando a este pueblo desde que te graduaste.

—Solo que a veces no es suficiente.

—No siempre podemos con todo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Vamos a casa?

—Vamos. —Forcé una sonrisa. —¿Jackson sigue ahí?

—Tu madre no dejaría que se fuera antes de la cena.

Me reí y mi padre arrancó la camioneta, conduciendo hacia el rancho de nuestra familia.

En el camino, me quedé pensando en lo que Brandon me había confesado. Nunca podría haber imaginado que un hombre como él fuera viudo y hubiera pasado por algo así. Pensaba que no era más que un rico consentido que había recibido alguna reprimenda que lo había llevado a terminar en mi pueblo.

Después de asimilar esa información, aún no sabía muy bien cómo reaccionaría con él a partir de ese momento.



Brandon
Hanks

Capítulo veintidós

Salí de la ducha secándome el cabello con una de las pequeñas toallas blancas que la dueña del lugar había dejado para mí. Al menos tenía ropa limpia y comidas decentes, debería ser suficiente para estar bien durante tres meses, olvidando todo, pero Cora se cruzó mi camino, dispuesta a robarme la calma y perturbar mi mente.

No estaba pensando en involucrarme con ninguna mujer ahí después de perder a Nicolý de esa forma, sin embargo, ese mismo día mi mano estaba en la entrepierna de la enfermera, sintiendo cómo se mojaban mis dedos mientras la masturbaba.

Si le contara esto a mi gemelo, Carlton probablemente diría que era solo un deseo reprimido, pero era mucho más que eso. Ella me perturbaba.

Mi celular comenzó a sonar y resoplé, estaba tan irritado que no quería hablar con nadie.

Quienquiera que fuera, insistió, y atendí en la tercera llamada.

—Mamá...

—¡No puedes desaparecer así, Brandon! —empezó a exclamar del otro lado de la línea, y alejé el teléfono de mi oído.

—No es un buen momento, mamá.

—Sé que estás sufriendo, hijo. Sé que ha sido muy difícil para ti, para todos nosotros, pero no puedes olvidar que estamos aquí. Tienes familia.

—Todavía me acuerdo de eso, mamá.

—¡Parece que no! Si te llamo, no contestas. Si mando un mensaje, no respondes.

—Sabes cómo es la vida de un médico.

—No en el interior, apuesto.

—Hoy murió una paciente.

—Vaya... —Se quedó sin palabras y perdió el argumento.

—Solo quiero tiempo para mí, ¿está bien?

—Sabes que estoy aquí para hablar. Tu padre, tu hermano...

—Carlton también está lidiando con su propio martirio.

—Pronto podrá solucionar ese problema del divorcio.

—Mamá, regresaré a casa en menos de tres meses. Solo te pido que me dejes ordenar mis pensamientos por ahora. Necesito este tiempo para mí.

—Alejarte no es la solución.

—Por ahora, siento que es todo lo que más necesito.

—Está bien —cedió finalmente. —Debes estar cansado ahora y necesitas descansar.

—Sí, lo necesito.

—Lláname si puedo ayudarte en algo.

—Lo haré.

Finalmente, colgó la llamada y pude dejar el celular a un lado mientras me dejaba caer en la cama, mirando al techo. Pensaba que sería más fácil dejar todo atrás, pero siempre había alguien que venía a revolver mi herida y recordarme cuánto dolía.

Nicolý...

Su nombre seguía resonando en mi mente hasta perderse en algún rincón oscuro. Reviví recuerdos de nuestra vida juntos como si fueran destellos de una película. Cuando nos conocimos en una fila de cine,

los dos años de noviazgo, mi propuesta de matrimonio, nuestro apartamento, los viajes juntos...

Parte de mi vida de repente se transformó en solo recuerdos con la sentencia de su muerte.



Cora
Collins

Capítulo veintitrés

La despedida de mi hermano y la distracción con mis sobrinas, hizo que pudiera dejar de pensar en el incidente con Brandon, al menos por un rato, porque al día siguiente en el trabajo, todo volvió como un torbellino cuando nuestros ojos se cruzaron en el pasillo de la clínica.

Intenté acercarme a él, pero se esquivó de mí como si fuera una serpiente escurridiza. Quería no insistir demasiado, mientras que solo deseaba mostrarle que lo sentía mucho por su pérdida.

Solo después de su revelación pude entender por qué un hombre tan capacitado como él decidía venir a un pueblo en medio de la nada a cuidar de campesinos. Brandon solo quería huir...

—¡Amiga! —Melissa se acercó a mí e interrumpió mis pensamientos.

—Hola...

—¿Aún mal por lo de ayer?

Asentí con la cabeza.

—Creo que todos lo estamos. El pueblo entero va a extrañar a Joan.

—Estoy segura de que sí.

—Todos están en la iglesia, creo que sería bueno si pasamos por ahí más tarde. Tal vez podamos decir algunas palabras.

—Sí, sería bueno.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Solo negué con la cabeza.

—Va a ser un día tranquilo.

—Está bien. —Acarició mi rostro antes de seguir por el pasillo, como si alguien la estuviera llamando, dejándome nuevamente sola.

Solo aparecieron dos pacientes por la mañana y los atendí yo misma, uno necesitaba cambiarse el vendaje y el otro era un señor que quería asegurarse de que estaba manteniendo la presión arterial controlada. Cuando el último salió de la consulta, Brandon entró bufando.

—¿Crees que no soy capaz de cuidar de los pacientes? —Se inclinó hacia mí, mostrando aún más su irritación.

—Nunca dije eso.

—Están pasando por ti y se van.

—¿Has pensado que tal vez es porque son casos simples que pueden resolverse en el triaje?

—Yo puedo trabajar.

—Claro que puedes, doctor arrogante.

Brandon bufó.

—¡Genial! Pensé que estabas actuando como si me tuvieras lástima.

—Tal vez solo seas tú el que tiene lástima de sí mismo.

—No tengo lástima de mí.

—Mejor así.

—¿Qué quieres al final? —Se acercó más y me levanté por reflejo, haciendo que nuestros ojos se encontraran.

Que me beses de nuevo... ¡Cora!

—Que hagas tu trabajo, porque yo estoy haciendo el mío.

—Es difícil cuando no me pasas pacientes.

—¿No puedes lidiar con la monotonía del campo?

—¿Todavía estás decidida a hacer que me vaya?

—Fuiste tú quien dijo que no quería que actuara con pena.

—¡Muy bien!

Me incliné hacia él y nos quedamos completamente en silencio mientras nos mirábamos como dos perros feroces. Sin embargo, en ese momento ya ni siquiera sabía por qué quería irritarlo tanto.

—Debe haber algún paciente esperando por ti.

—La recepción está vacía.

—Entonces ve a jugar pacman en tu celular.

—Qué graciosa.

—¿Qué quieres, Brandon?

—Me estoy preguntando lo mismo, Cora.

Moje mis labios y mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras miraba esos profundos ojos azules que me hacían perder el control.

Sabía lo que quería, mi cuerpo lo gritaba en un nivel descontrolado, pero estaba segura de lo insano que era.

—Vete a tu consultorio.

—¿Y si no quiero? —Estiró el brazo, cerrando la puerta del pequeño cuarto donde estábamos, y cuando volvió a mirarme, todo mi cuerpo fue invadido por un escalofrío.

—¿Quieres darme un motivo para denunciarte al alcalde?

—¿Eso es lo que quieres?

—Quiero que te vayas.

—Está bien. —Brandon asintió, y volvió su atención hacia la puerta, pero en cuanto puso la mano sobre la manija, sujeté su muñeca.

—¡Espera!

¿Qué demonios estaba haciendo?

—¿Qué pasa? —Volvió a mirarme y sentí mi corazón latir más rápido, mi boca se puso terriblemente seca.

Estábamos en un ambiente de trabajo, no había justificación alguna para que estuviéramos mirándonos de esa manera tan erótica. Él era viudo y yo... Bueno, había tenido algunos romances fugaces, pero nunca me preocupé por llevar algo más allá que la clínica.

—Es mejor que te vayas —dije, soltándolo en un arranque de cordura.

—¿Sabías que me vuelves loco?

—La sensación es mutua.

—¿Crees que todavía tenemos pacientes para atender hoy?

—Es muy probable que no. Todo el pueblo está despidiéndose de Joan.

—¡Genial!

—¿Qué quieres decir con eso? —No entendí adónde quería llegar, ese hombre parecía estar fuera de sí.

—Podemos terminar lo que comenzamos ayer.

—Solo si hablamos de mi deseo de que te vayas de aquí —bufé.

—Como quieras —dijo, girando la perilla de la puerta, haciendo que mi corazón se disparara de nuevo.

Lo tomé del hombro y lo jalé, haciendo que se volteara hacia mí. Brandon me miró de nuevo y todo mi ser se derritió. Lo odiaba, sentía un poco de lástima por lo que había pasado, pero al mismo tiempo, una necesidad incontrolable de saltar sobre él en cualquier momento.

Lo tomé de los hombros y él rodeó mi cuello con sus manos, jalando mi cara hacia la suya con tal rapidez que me dejó sin aliento. Su lengua se entrelazó con la mía y me dejé llevar por el beso, que se intensificaba mientras apretaba su pecho y mis dedos deslizaban por las solapas de su bata.

Me empujó, haciendo que retrocediera unos pasos, y cuando me di cuenta, estaba contra la pared de la camilla al fondo de la habitación.

No deberíamos estar haciendo esto. Era completamente insano y podíamos ser atrapados si alguien entraba. Conociendo a Melissa, no dudaba que podría ser ella.

Arrojé la cabeza hacia atrás cuando mordió mi cuello, y mi racionalidad se deshizo en una ola intensa de deseo.

—¿Es común que te estés acostando con las enfermeras?

—No solían volverme loco como tú —dijo, mientras subía las manos hasta mis pechos y los apretaba sobre el uniforme de enfermería.

Mordí el labio, tratando de detener el gemido mientras mi cuerpo me traicionaba, demostrando lo que realmente quería.

—Alguien podría vernos aquí...

—¿Y quieres que pare? —Esa era la pregunta más estúpida que me podía hacer.

Solo moví la cabeza en señal de que no y jale su rostro hacia el mío, volviendo a besarlo.

Me levantó en brazos y se sentó en la camilla, el metal rechinó, indicándonos que no era el mejor lugar, a menos que quisiéramos que la clínica entera supiera lo que estábamos haciendo.

—Aquí no...

Me volvió a jalar y me presionó contra la pared. Suspiré contra sus labios, sosteniendo su rostro antes de que él acertara la distancia y volviera a entrelazar su lengua con la mía. Sus manos volvieron a recorrerme y me tiró por la cintura hacia él, colocando una pierna entre las mías.

Sentía la pulsación acelerada. El deseo era latente y peligroso, mientras la rabia y el odio se disolvían en pura excitación. Brandon volvió a agarrarme el culo, apretándolo, presionándolo... Después fue a mis pechos, como si no hubiera parte de mi cuerpo que no pudiera tocar.

Me froté contra él, correspondiendo al beso y pidiendo más.

Ojalá mi alarma sonara, o cualquier emergencia que interrumpiera esta locura. Sin embargo, en vez de eso, Brandon bajó mis pantalones hasta la mitad de mis muslos y sus dedos se hundieron en la piel expuesta de mis nalgas. Fue casi imposible contener el gemido.

¡Qué locura!

Mordí su labio inferior, subiendo las manos por su pecho, sintiendo los músculos bajo la ropa, y justo antes de llegar a sus hombros, Brandon me giró y me obligó a poner las manos en la pared.

Su lengua subió por mi cuello, rodeó mi oreja y me hizo estremecer por completo mientras sus manos se colaban debajo de mi blusa, superando el sujetador para acariciar mis tetas.

Empujé mi culo hacia él, sintiendo todo el volumen en su pantalón.

Su verga parecía palpar, al igual que mi vulva, ansiosa por recibirla.

Escuché un golpe en la puerta y, como si un rayo nos hubiera alcanzado, nos separamos de inmediato.

—¿Cora?

Me subí los pantalones lo más rápido que pude y traté de recomponerme, pero era casi imposible con mi vagina palpitando de esa forma.

—Sí, ¿Melissa?

Brandon parecía a punto de hablar, pero solo hice un gesto con la cabeza para que guardara silencio. No quería que absolutamente nadie siquiera pensara en lo que había pasado entre nosotros allí.

Aunque no habíamos tenido relaciones sexuales en sí, aquel arrumaco era más que suficiente para que nos despidieran.

Puede que no necesitara ese trabajo debido a la fortuna de mi familia, pero ser enfermera en el pueblo donde nací siempre había sido mi propósito, y no quería perder algo tan importante.

—¿Hay algún paciente contigo?

—No. —Abrí la puerta lo justo para que no viera al hombre que me acompañaba y salí de la habitación.

—Vamos a cambiarnos y dar nuestro pésame a Joan. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —Me hice la que no entendía.

—Estás sudando y respirando con dificultad.

—Debe ser solo tu impresión.

—Okay.

Intenté concentrarme en ese momento triste, en mostrarle al nieto de Joan cuánto lo sentía, sin pensar en lo que había sucedido entre Brandon y yo, especialmente en los efectos que él causaba en mi cuerpo.



Brandon
Hanks

Capítulo veinticuatro

Fui al velorio. Aunque no conocía a la paciente ni a su familia, considerando que el pueblo era pequeño y todos se trataban como parte de una gran familia, pensé que era mejor no dar más razones para que me vieran mal. Aunque no tenía ninguna intención de mudarme definitivamente, pensaba quedarme los tres meses, y no sería nada bueno que me echaran antes de eso.

Durante la ceremonia, mis ojos se cruzaron con los de Cora, pero ninguno de los dos se atrevió a comentar nada sobre lo que había pasado.

Nunca me había involucrado con nadie en el ámbito laboral desde que salí de la universidad, pero la extraña reacción que tenía cuando estaba cerca de ella me dejaba fuera de control. Era como si no solo quisiéramos arrancarnos la ropa, sino la piel, dependiendo de cuán intensos nos provocáramos.

Después volví a la pensión donde estaba viviendo. Ya me estaba acostumbrando a aquel pequeño cuarto. Al menos allí no había recuerdos del hombre que era antes de que esa tragedia ocurriera en mi vida.

Tomé mi celular y le mandé un mensaje a mi hermano, iniciando una conversación por primera vez en mucho tiempo.

Brandon:

Casi tuve sexo con una enfermera hoy.

Carlton:

¿Cómo?

Brandon:

Así como lo lees.

Carlton:

¡Vaya! Retiro completamente lo que dije, este lugar te está haciendo mejor de lo que imaginaba.

Brandon:

No sé si meterle la verga a ella es una buena idea,
hermano.

Carlton:

¿Fue por eso que no lo hiciste?

Brandon:

Nos interrumpieron, dos veces. Debe ser una señal.

Carlton:

La única señal que veo es que aún no te estás permitiendo nada. ¿Con cuántas mujeres has estado desde que Nic se fue?

Brandon:

Con ninguna.

Carlton:

Eso sí es una señal.

Yo he tenido algunos encuentros desde que decidí divorciarme.

Brandon:

Tu ex todavía está viva.

Carlton:

A veces preferiría que fuera al revés.

Brandon:

Si pudiera tenerla a Nic aquí...

Carlton:

Sabes que no puedes.

Brandon:

Lo sé.

Carlton:

Pensé que pronto dejarías de sentirte así.

Brandon:

Ojalá fuera tan sencillo.

Carlton:

Puede ser. Acuéstate con la enfermera y vive un día a la vez.

Brandon:

Eso no es tan simple.

Carlton:

No entiendo.

Brandon:

Ella me odia.

Carlton:

Juraría que entendí que estaban a punto de tener sexo.

Brandon:

Me irrita, me hace perder el control, y cuando me doy
cuenta, ya tengo la mano dentro de su ropa.

Carlton:

Esos son los mejores momentos.

Brandon:

No quiero meterme en un lío, mucho menos perder mi licencia por conducta inapropiada en el trabajo.

Carlton:

Para tu suerte, puedes contar con mis servicios como abogado.

Brandon:

No pretendo necesitarlo.

Carlton:

Entonces, ¿por qué no la invitas a salir?

Brandon:

¿No entiendes la parte de que me odia?

Carlton:

Apostaría a que no has olvidado cómo funciona el encanto de los Hanks.

Brandon:

No sé si quiero involucrarme con ella.

Carlton:

Eres tú el que lo está complicando. Puede ser solo un polvo. Lo necesitas.

Brandon:

Este pueblo no es tan imparcial como estamos acostumbrados.

Carlton:

Entonces, vuelve a Dallas.

Brandon:

¿Volvemos a cero?

Carlton:

Está bien. Mis consejos siguen en pie, aunque no los quieras.

Brandon:

Gracias por solo escucharme.

Carlton:

Siempre.

Brandon:

Hasta luego.

Tiré el celular sobre un mueble en el rincón de la habitación y me fui a la cama, abriendo mi laptop para leer las actualizaciones de los artículos que habían salido en las revistas de medicina. Algunas investigaciones en el área neurológica me interesaban mucho, y una parte de mí incluso tenía esperanzas de volver a trabajar como neurocirujano, aunque sentía mucho temor.

Intenté concentrarme en temas de trabajo, pero, cuando me di cuenta, mi mente estaba vagando por las imágenes y sensaciones que tenía de los contornos de Cora. Desde la muerte de mi esposa, no me había involucrado con ninguna otra mujer; todos respetaban eso, creían que era mi período de luto, pero para mí era mucho más complicado. Tenía miedo de que volviera a suceder lo mismo, de perder a alguien de esa forma. Estaba la culpa. Además de muchas otras sensaciones que me perturbaban.

Pero con Cora no pensaba, solo reaccionaba. Mi lado racional estaba seguro de que involucrarme con una mujer que me descontrolaba de esa manera era el colmo, pero cuando me daba cuenta, ya estaba besándola, tocándola...

Miré hacia abajo y me di cuenta de que mi verga estaba dura. Podría haberme convertido en viudo, pero estaba claro que aún me excitaba. La necesidad por ella latía en cada una de mis venas, pero no sabía si eso era bueno, ni siquiera si podríamos sostenerlo, porque ella dejaba claro que me destrozaría en la primera oportunidad que tuviera.

Aunque era una locura, el deseo solo se volvía más intenso.



Cora
Collins

Capítulo veinticinco

Evité quedarme sola con Brandon el resto de la semana. Era muy probable que si nos cruzábamos de esa manera otra vez, alguien nos vería y eso no sería bueno para ninguno de los dos.

Los fines de semana la clínica no abría. Era obvio que si surgía una emergencia, corría a la casa de alguien en el pueblo, pero no era algo tan común y podíamos contar con la ayuda de la ambulancia de los bomberos.

Melissa me había enviado un mensaje por la mañana, invitándome a tomar un helado en la plaza del pueblo, uno de los principales puntos de encuentro. Sabía que cuando ella me invitaba así, era porque quería llenarme de preguntas, pero no tenía muchas opciones para escapar.

Puse un poco de salsa de chocolate y algunas nueces, y me senté frente a ella. Ese helado con receta alemana era muy famoso en el pueblo.

—Qué bueno que el cielo está despejado hoy —dije, dando una cucharada y poniéndome un poco en la boca, tratando de parecer relajada.

—Sí, es verdad —respondió ella, sacando una silla y esperando que me sentara frente a ella.

Me acomodé como si no estuviera esperando que me acribillara de preguntas.

—¿Qué te pasó esta semana?

—Fue difícil, perdimos a Joan...

—Me refiero más a la llegada de cierto médico.

—Eso tiene más que ver contigo que conmigo.

—No empieces a evadir el tema.

—Hasta donde sé, fuiste tú quien se mostró interesada en el tipo.

—Me encogí de hombros y me callé, poniéndome más helado en la boca.

—Me intereso por cualquier hombre guapo.

—¡Exactamente!

—Estás evitando hablar del tema, Cora.

Hice un gesto negativo y mi cuerpo se estremeció cuando lo vi caminando por la plaza al otro lado, casi como si fuera un fantasma. Melissa estaba de espaldas a la calle y, afortunadamente, no lo vio, porque mi situación con ella podría complicarse aún más.

—Estabas decidida a hacerlo regresar a Dallas.

—¡Y todavía lo estoy!

—Es un buen médico.

—¡Y un imbécil!

—¿No has pensado que tal vez solo necesita adaptarse? Es un pueblo nuevo, con un equipo nuevo...

—Lo que no le da derecho a tratar a las personas así.

—Pero...

—¿Lo ves? —la interrumpí. —Eres tú quien está defendiendo al tipo.

Si Melissa ya actuaba así sin conocer la triste historia detrás de su cambio, podía imaginar cómo defendería a ese hombre si supiera sobre la esposa que murió en la mesa de operaciones y los recuerdos de los que él intentaba escapar. Como no era un secreto mío, no me correspondía contárselo a nadie.

—Lo siento. Él toca mi punto débil. ¿Te imaginas cómo son sus manos?

Tragué en seco, metí más helado en la boca y casi me atraganté. Si tan solo supiera por dónde habían pasado esas manos...

—Cora, ¿estás bien?

—Estoy genial. —Intenté recomponerme, pero mi garganta seguía irritada.

—Estás rara.

—Tal vez si dejaras de insistir con un tema que no tiene nada que ver.

—Está bien, dejemos al médico guapo.

—¡Perfecto!

—¿Y el sheriff?

—Melissa, come tu helado.

Hizo una mueca y luego empezó a reír.

—No podía perder la oportunidad. ¿Y si funciona?

Reí también y tomé otro poco de helado.

Pasamos un rato más juntas y, afortunadamente, no tuve que responder otra pregunta incómoda sobre el médico, pero Melissa tuvo que volver a casa para encontrarse con su abuela para hacer alguna tarea.

Estaba sola en la plaza, caminando hacia el lugar donde había atado mi yegua para regresar al rancho, cuando sentí que alguien me tocaba el hombro y me obligaba a girar.

—¿Qué haces aquí? —Me sobresalté mucho al encontrarme con Brandon.

—Hasta donde sé, la plaza es un lugar público.

—Pero eso no significa que puedas salir dando sustos por ahí.

—No te di un susto.

—Claro. —Crucé los brazos.

—¿A dónde vas ahora?

—Eso no es asunto tuyo, doctor...

Él sonrió de manera forzada e inhaló profundamente.

—Si bajo mis armas, ¿tú también bajas las tuyas para que podamos hablar como personas civilizadas?

—Fuiste tú quien empezó.

—Lo sé... ¿Podemos hablar?

—¿Ya no estamos hablando? —Mantuve la postura firme con los brazos cruzados.

—Creo que sería mejor en un lugar más tranquilo. —Miró de un lado a otro y vio a la gente caminar. Ese era uno de los días más concurridos en el centro del pueblo.

—¿Para que me agarres de nuevo?

—Como si no quisieras.

—No quiero.

—Entonces tienes razón. No tenemos de qué hablar. —Dio la vuelta y fue mi turno de impedir que se fuera.

—Solo unos minutos, porque no quiero llegar tarde a casa para el almuerzo. ¿A dónde quieres ir?

—La pensión donde estoy hospedado parece un lugar tranquilo.

—¿La pensión? —Levanté las cejas. *¿Qué quería conmigo?*

Sabía lo que quería, aunque no lo aceptara, pero si íbamos a la pensión, al día siguiente todo el pueblo estaría comentando sobre ello, y Melissa me mataría por no contarle lo que pasaba entre Brandon y yo.

—Es una pésima idea —dijo él.

—Terrible.

—¿Otra sugerencia?

—¿Tienes miedo de los caballos? —Miré a mi yegua.

—No.

—Entonces ven conmigo. —Le indiqué que me siguiera y caminamos hasta donde tenía atada a mi yegua.

Primero me subí al animal y luego extendí la mano para que él se subiera a mi espalda. Brandon tomó impulso y se acomodó detrás de mí, rodeando mi cintura con sus fuertes brazos.

Me estremecí cuando su respiración caliente tocó la piel sensible de mi nuca, pero traté de mantenerme firme y no mostrar más los efectos que él causaba en mi cuerpo. Parecía que, mientras más tiempo pasábamos cerca uno del otro, más fuerte se volvía la atracción que él despertaba en mí.

—¿Por qué un caballo? —preguntó con curiosidad, mientras hacía caminar al animal por un camino que nos llevaba fuera del pueblo.

—¿Por qué no un caballo?

—Es un medio de transporte algo rudimentario.

—Me gusta mi yegua. —Acaricié su melena y Epona reaccionó, porque sabía que me refería a ella.

—Sé que los presupuestos de los pueblos pequeños son pequeños, pero tal vez podrías comprarte una moto.

Empecé a reír y él se extrañó.

—¿Qué pasa?

—El dinero no es el problema, doctor exitoso. —Giré la cabeza para mirarlo.

—Ah, claro...

—¿El apellido Collins te dice algo?

—Aparte de ser el del gobernador... no.

—¿De dónde es el gobernador, genio?

—De Frederi... ¡De este pueblo! —Fue como si una luz se encendiera en su mente. —¿Es tu pariente?

—Mi hermano mayor.

—Eres una Collins... —Estaba aún más sorprendido. —¿Eres rica?

—Sí —respondí con neutralidad.

—Entonces, ¿por qué eres enfermera?

—¿Por qué el neurocirujano más famoso de Dallas dejó los millones que ganaba por años para trabajar en una clínica municipal en el campo?

—Tengo mis razones, ya sabes cuáles.

—Todos tenemos razones para tomar nuestras decisiones.

—¿Por qué enfermera y no médica? Eres muy buena, podrías tener más...

—¿Méritos? ¿Visibilidad? El pavo real de la familia ya está sentado en la silla del gobernador. Yo quería cuidar de la gente de verdad, estar cerca de ellos, entender las necesidades, en lugar de solo hacer una consulta rápida y analizar los exámenes. Los médicos hablan con los pacientes por cinco minutos, pero son los enfermeros los que están todo el tiempo allí.

Me di cuenta de que él tragó en seco, pero no insistió más.

Aceleré el paso de la yegua y pronto estábamos lejos de las casas y las calles. Continuamos por una carretera hasta llegar a un camino sin pavimentar, subiendo hasta lo alto de una colina donde podíamos ver todo el pueblo abajo.

Brandon fue el primero en bajar, y yo me bajé de Epona poco después, dejándola pastar cerca de nosotros. Confiaba tanto en mi yegua que sabía que no saldría corriendo a la primera oportunidad.

—Qué bonita vista.

—Este pueblo también tiene sus puntos atractivos.

—¿Aparte de la arquitectura alemana?

—Aparte de eso.

Me acerqué a un árbol viejo y vi unas iniciales grabadas en su tronco. Sabía lo que significaban, pero no dije nada.

—¿Un viejo novio? —preguntó Brandon, cuando notó hacia dónde miraba.

—Es una L y una F. —Me giré hacia él.

—Tal vez sean apodos.

Negué con la cabeza.

—Son mis padres...

—¿Algo les pasó?

—¡Por Dios, no! Están en casa. Solo creo que su amor es muy bonito. La forma en que se enamoraron y él volvió a ella incluso cuando nadie pensaba que lo haría.

—Entiendo. ¿Y por qué me trajiste hasta aquí?

—Está lo suficientemente lejos como para que nadie escuche nuestra conversación o discusión. Lo que empiece primero.

—¿No quieres que nadie nos vea?

—¡Claro que no!

—¿Tienes miedo de lo que puedan pensar? —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí dos más.

—No tienen que pensar nada.

—¿Ah, no? —Levantó las cejas, como si estuviera sorprendido.

—No pasa absolutamente nada.

—¿Cómo puedes decir eso? —Mostró una expresión indignada.

—Es la verdad.

—Después de casi haber tenido sexo dos veces.

—Corrección... Después de que tú me hayas agarrado dos veces.

—¡Ah, por favor!

—No sé a dónde quieres llegar con esto, doctor. —Di otro paso atrás, pero no estaba mirando cuán lejos me había alejado y mi talón terminó fallando.

Giré un poco la cabeza hacia un lado y vi que estaba al borde del precipicio. Solté un pequeño grito y casi me caigo ladera abajo, pero Brandon fue más rápido y rodeó mi cintura con sus brazos.

—Cuidado.

—Gracias. —Agarré su camisa y mi corazón latía rápido. No estaba segura si era solo por el susto o por la cercanía de nuestros cuerpos.

—El pueblo va a extrañar a la enfermera si caes.

—De eso estoy segura.

—Luego soy yo el presumido.

—¡Ah, cállate! —Agarré el cuello de su camisa y lo jalé hacia mí.

Incliné la cabeza y nuestros labios se encontraron en un beso casi perfecto. Me cortaba la respiración, me desestabilizaba, pero era uno de los mejores besos que había probado.

Brandon dio algunos pasos atrás, alejándonos del precipicio, y volvió el contacto de nuestras lenguas aún más salvaje.

Cualquier buena intención que él pudiera haber tenido de hablar conmigo se fue al carajo cuando una de sus manos subió por mi nuca y agarró mi cabello, tirando de los hilos con firmeza mientras el otro brazo me apretaba más contra él.

Le mordí el labio inferior, tirando de él hasta que sonó el chasquido, mientras mis uñas subían por su espalda levantando su camisa.

Brandon se escapó de mis labios, chupó mi cuello y bajó hasta mi oreja, poniéndome la piel de gallina.

—¿Corremos el riesgo de ser vistos?

—Casi nadie pasa por aquí —respondí sin pensar, y cuando me di cuenta de lo que había dicho ya era demasiado tarde.

—Entonces, hoy no escapas. —Giró mi cintura, poniéndome de espaldas a él, mirando el precipicio.

Brandon tiró de mi cabello con una mano y dejó mi nuca desprotegida para explorarla con su lengua y rasparla con los dientes, provocando olas de escalofríos que me hacían temblar y estirarme con cada sensación.

Aunque ni pensaba en escapar de su agarre, Brandon tenía una fuerza irresistible que me mantenía atrapada, pidiendo más.

Reviré los ojos cuando mordió mi nuca, subiendo con la otra mano por debajo de mi blusa hasta que sus dedos llegaron a mi sujetador y apretaron mi pecho. Dejé escapar un gemido al frotar mi cuerpo contra

el suyo, pidiendo más mientras la intimidad entre mis muslos pulsaba con cada vez más fuerza. Sentía el calor subiendo y un deseo intenso creciendo en mí.

No debería acostarme con el enemigo, pero no podía decir que fue una estupidez mía ir a un lugar apartado y quedarme sola con él.

—Brandon... —gemí su nombre, cuando volvió a morder mi cuello.

Cerré los ojos, dejando que mi cuerpo se llenara de sensaciones cada vez más alocadas e intensas. Apreté mis párpados, hundiéndome en esa niebla intensa que hacía latir mi corazón con fuerza y derramaba lava en mis venas, haciendo que mi cuerpo ardiera como si estuviera expuesto al fuego.

Brandon bajó la mano de mi pecho a mi vientre, trazando un camino de escalofríos por mi piel hasta que tiró de la base de mi blusa. Levanté los brazos y dejé que la quitara, colocándola en una rama del árbol donde estaban grabadas las iniciales de mis padres. Ellos nunca hablaron de eso, pero yo estaba segura de que al menos yo o uno de mis hermanos habíamos sido hechos allí.

Giré mi cuerpo, quedando frente a él y fue mi turno de quitarle la camisa polo. Volvimos a besarnos, mordernos, arañarnos en caricias cada vez más intensas.

Abrió la cremallera de mi pantalón y lo bajó hasta mis rodillas. Me incliné para terminar de quitármelo pasándolo por las botas.

Brandon me miró, recorriendo mis curvas sin ningún pudor.

—¿Te gustó?

—Mucho. —Sonrió aún más de forma lasciva. —Pero no quiero quedarme solo mirando.

—Entonces deja de mirar.

Brandon me tiró de nuevo hacia él y abrió mi sujetador por detrás con una destreza que me sorprendió mientras su boca recorría mis hombros y tetas de una forma que me excitaba más.

Podía ser un completo idiota, pero sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Fue mi turno de bajar su pantalón y se quitó toda la parte inferior de la ropa. Mi ropa interior no duró mucho en mi cuerpo.

Volví cerca de él y mi piel rozó la suya. Curiosa, llevé la mano a su miembro, sintiéndolo latir entre mis dedos, mientras recorría toda su longitud.

Brandon volvió a tirar de mi nuca y me besó locamente mientras yo lo tocaba sin ningún reparo. Mi otra mano recorría los músculos de su pecho, siguiendo cada contorno y poniéndome aún más excitada por lo que sentía.

Movió su mano de mi nuca, rodeó mi rostro y sostuvo mi mentón, obligándome a mirarlo.

—¡Arrodíllate!

—¿Crees que puedes mandarme?

—Hazlo ya. —Agarró mi cabello, sujetándolo como si fuera un rabo de caballo y yo estremecí, sintiendo mi boca salivar, llena de ganas de sentirlo.

Mi ego no estaba de acuerdo en verme de rodillas entre sus piernas y poniéndome su verga en mi boca, pero en ese momento ya no había salida, porque el deseo rugió dentro de mí. Me arrodillé en la hierba verde y suave, sosteniendo su verga con las dos manos.

—Ten cuidado con los dientes —me advirtió, como si fuera una niña.

—Sé muy bien lo que hago.

—Solo estoy... ¡Oh! —Dejó de hablar cuando puse su verga sobre mi lengua y la envolví con la presión de mis labios, succionándola completamente.

Siguió sosteniéndome el cabello con más firmeza, pero me dejó moverme con libertad, guiando el movimiento como me sentía más cómoda. Mientras lo chupaba, mi excitación crecía aún más. Podía sentir la humedad resbalando entre mis muslos mientras mi vulva entera palpitaba, pidiendo atención.



Brandon
Banks

Capítulo veintiséis

Era intratable, ponía a prueba mi control y mi paciencia, pero era una mujer terriblemente excitante. Verla de rodillas, con su pelo negro suelto, voluminoso y salvaje, sus tetas redondas y turgentes y su boca hinchada de tanto besarme, envolviendo mi verga, fue el mejor resultado que podía esperar para mi sábado.

Pero ese día no me iba a conformar con una chupada de verga.

—Ven aquí. —Volví a tirar de ella por el pelo.

—¿No podías aguantar más? —Se pasó la lengua por los labios de una forma que solo me provocó aún más.

—Tal vez seas tú quien no pueda aguantar.

—No presumas demasiado porque podrías acabar frustrándote.

—Eso lo vamos a ver. —Tiré de su cintura y la llevé hasta el árbol

La hice inclinarse hacia delante, apoyando las manos en la corteza, y la sujeté por la cintura. Su culo redondo y desnudo me ponía aún

más caliente. Me moría de ganas de penetrarla y sentir su roce contra mi piel.

La agarré, la apreté y la abofeteé, haciendo vibrar sus nalgas y provocando en ella un grito de placer más que de dolor. Me deslicé detrás de ella y froté mi verga contra su entrada, sin penetrarla, y gemimos juntos mientras podía ver toda su humedad rezumando por su canal. No era el único que tenía muchas ganas de hacerlo.

—Vamos... —gimió, tratando de ocultar su súplica.

Pensé en jugar con ella, en hacerla suplicar por mí, pero estaba tan loco de deseo que la tortura no solo se aplicaría a ella.

Agarré su cintura con más fuerza y la penetré con un fuerte tirón, sintiendo cómo las paredes de su canal se abrían para recibirme. Estaba tan mojada que me deslicé con facilidad, pegando mi cuerpo al suyo.

Un gemido ronco escapó de mi garganta mientras tiraba de aquella esbelta cintura contra mi cuerpo, introduciendo mi verga en ella con cada embestida. Su piel crepitaba al chocar con la mía. La visión de sus tetas balanceándose y su culo sobre mí me puso aún más excitado, y cuando giró ligeramente la cabeza hacia un lado, poniendo los ojos en blanco mientras me miraba, me costó contenerme.

Salí de ella y eyaculé sobre la hierba. Me estremecí y jadeé. Hacía tanto tiempo que no tenía sexo así que todo mi cuerpo había olvidado cómo se sentían la presión y los efectos.

—¿Ya está? —Se burló de mí con su habitual tono libertino.

—Eso no significa que hayamos terminado.

—Espero que no, porque me debes unos cuantos orgasmos.

—No te preocupes. —Volví a girarla, me puse de cara a ella, y la levanté, sentándola sobre una gran roca no muy lejos de donde estábamos y me tocó arrodillarme. Le separé los muslos y ladeé la cabeza. —Intenta no gritar.

—Me parece que... —Interrumpí su discurso cuando bajé la lengua y di un largo lametón desde su canal hasta su clítoris.

La vi clavar las uñas en la piedra e inclinarse hacia delante.

Solté una pequeña carcajada.

—¡No pares! —Me agarró del pelo y me hizo inclinarme hacia atrás.

Llené mi boca con su sabor, saboreando sus grandes labios vaginales, burlándome y chupando su clítoris y haciéndola rodar contra

la piedra, demostrando que cada vez estaba más cerca de hacerla acabar.

Levanté la cabeza y la miré fijamente, poniendo los ojos en blanco, muy cerca del clímax.

—¿De verdad vas a hacerme esto? —Ella jadeaba y yo me relamí los labios, disfrutando aún más del sabor que había dejado en ellos.

—Me dijiste que te debía unos orgasmos, pero no me dijiste cómo ni cuándo.

—Gracioso. —Me clavó las uñas en el brazo, intentando acercarme de nuevo.

Agarré una de sus piernas y volví a meterle la verga dentro de ella. El oral había sido suficiente para que se me pusiera dura de nuevo.

Me rodeó la cintura con los muslos y yo le agarré el culo, levantándolo en el aire y moviéndolo dentro y fuera de mí. En esos momentos, todos los años de entrenamiento en el gimnasio estaban resultando muy eficaces.

Sus brazos también me rodearon el cuello y restregó sus pechos contra el mío, su cuerpo pegado, mientras yo la hacía moverse arriba y abajo. Las contracciones de su sexo sobre el mío, que indicaban que estaba cada vez más cerca del clímax, también me incitaron aún más.

Estaba a punto de acabar de nuevo cuando ella se estremeció, cayendo sobre mi hombro y desplomándose por completo.

La moví un poco más mientras ella experimentaba el pico de placer y yo disfrutaba al máximo de su cuerpo hasta casi acabar, entonces la apoyé en la roca, poniéndola en el suelo y alejándome para no eyacular dentro de ella.

Mi cuerpo vibraba. El éxtasis era tan intenso que me sentía como si me hubieran transportado a otra dimensión. Ese contacto con una mujer después de tanto tiempo me estaba haciendo tanto bien que me costaba admitirlo.

—Sí... no ha estado tan mal —murmuró.

—¿Por qué no admites que te gustó?

—¿Y darte ese gusto?

—¿Tienes que ser tan orgullosa?

—¿Yo, orgullosa? Tú eres el que vino a mi pueblo todo arrogante, pensando que estabas al mando de algo y que podías tratar a la gente como quisieras.

—Soy el mejor neurocirujano de Dallas.

—De Dallas. —Se encogió de hombros como si no le importara.

Nos quedamos mirándonos unos instantes hasta que ella recogió su ropa y empezó a vestirse.

—Será mejor que nos vayamos.

Sentí que las palabras me ahogaban. Debería haber dicho algo, pero ninguna de ellas llegó a mi cerebro. Cuando Cora me agarró la camisa y me la tiró, me di cuenta de que no estaba de humor para conversar, o simplemente estaba esperando a que yo dijera la palabra adecuada que no salió de mi boca en ningún momento.

Nos vestimos y ella se dirigió a la yegua, subiéndose al animal.

—Has dicho que mi medio de transporte es anticuado, ¿qué te parece utilizar uno aún más antiguo para llegar al pueblo?

—No, Cora... —Apreté los dientes. —No estarás pensando en dejarme aquí.

—Mi casa está al otro lado, doctor.

—¡No me dejes aquí! —Intenté acercarme a la yegua, pero fue más rápida y se apartó de mi camino.

—Nos vemos el lunes.

—¡Cora!

Silbó al animal, que agarró velocidad y se dirigió carretera abajo, dejándome en medio de la nada.

—¡Putra madre!

Por suerte tenía buena memoria, pero tardaría casi una hora en volver caminando a la pensión. Eso debería haber sido tiempo suficiente para pensar qué mierda estaba haciendo con mi vida en aquel pueblecito, involucrándome con una mujer demasiado temperamental.



Cora
Collins

Capítulo veintisiete

Dejé a Epona en el establo y fui a casa, encontrándome con mi padre sentado en el balcón, leyendo un libro.

—Hola, hija.

—¡Hola! —dije, pasando la mano por mi frente, quitando un mechón de cabello que se había pegado a la piel por el sudor. Afortunadamente, tenía el paseo a caballo como excusa para el sudor que aún me caía. *¡Cielos! Necesitaba un buen baño.*

—¿Estabas con tu amiga?

—Sí.

—¿Cómo va el trabajo con el nuevo médico?

¿De verdad iba a hacerme esa pregunta después de que acababa de tener sexo con el tipo?

—Es un tipo de la gran ciudad.

—Dicen que tiene un buen currículum. El alcalde habló mucho sobre su contratación.

—No es el tipo de hombre que se va a quedar aquí, papá —dije sin pensar mucho, pero luego sentí una incomodidad en el pecho.

¿Qué te pasa, Cora?

Me había esforzado tanto, decidida a sacar a ese tipo arrogante de mi pueblo lo más rápido posible. No podía cambiar de opinión solo porque habíamos tenido sexo.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Es una pena que el pueblo se quede sin médico otra vez.

—Me las arreglo bien, papá. De vez en cuando hasta tú me ayudas.

—Me gradué para cuidar animales, Cora. No gente.

—Hacemos lo que podemos con lo que tenemos.

—Tienes razón. —Me sonrió.

—El pueblo estará bien, papá. —Me incliné y le di un beso en su mejilla. —Siempre lo está.

Pasé junto a él y me dirigí a mi cuarto. Necesitaba una ducha y no quería que nadie siquiera imaginara lo que acababa de hacer.

Había tenido sexo con el enemigo, y fue una de las mejores experiencias de mi vida. Solo de pensar en la sensación de sus manos sobre mi cuerpo, en sus dientes raspando mi piel... *¡Cora!*

¡Ducha! Tenía que concentrarme en eso y no en lo que acababa de hacer.

—Nos vemos mañana, después del rodeo. Puedes ser mi premio...

—Me topé con mi hermano grabando un audio en medio del pasillo.

—¡Liam!

—¿Qué? No dije nada malo.

—Tú y tus encuentros. —Resoplé.

—Solo me estoy divirtiendo, hermana. Tú también podrías hacerlo.

—Me guiñó el ojo, dejándome completamente desconcertada.

—No quiero meterme en esos líos.

—Podrías descubrir algo que te guste mucho.

—Adiós, Liam. —Entré al cuarto y cerré la puerta.

Me apoyé contra la madera, respirando con dificultad. Mi mente se llenó de imágenes de lo que había pasado entre Brandon y yo. Fue una locura, algo insano y, al mismo tiempo, no podía arrepentirme.

Solo fue una vez, Cora, me repetía una y otra vez.

Probablemente, no volvería a pasar, y no tenía que dejar que nadie se enterara. Con suerte, Brandon pronto se daría cuenta de que era mejor regresar a Dallas y ser el cirujano del que tanto se jactaba. Ese pueblo no era para él.



Brandon
Hanks

Capítulo veintiocho

Estaba empapado en sudor y muerto de hambre cuando llegué a la pensión, después de que Cora me dejara tirado en medio de la nada. La única razón por la que no estaba tan enojado era porque el sexo había merecido la pena. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo.

Era más que solo el contacto sexual, era la oportunidad de estar con otra mujer nuevamente y experimentar eso, las sensaciones, incluso la irritación.

—Hola, doctor —me saludó la dueña de la pensión, cuando pasé por la entrada.

—Hola.

—¿Está todo bien con usted?

—Sí.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

—Me muero de hambre. Un plato de comida sería bienvenido. Apuesto a que aquí no hacen entregas por aplicación.

—Ya serví el almuerzo hoy, pero prepararé algo para usted.

—Gracias —le dije, dándole una sonrisa a medias, mientras avanzaba hacia las escaleras que llevaban a un piso superior.

—Mientras tanto me voy a dar una ducha

—De acuerdo.

Asentí con la cabeza y subí los escalones.

Me di un buen baño, me cambié de ropa, la cual estaba empapada de sudor, y la guardé junto con otras prendas que tenía que llevar a la lavandería, que descubrí que estaba a dos calles de donde me hospedaba. Tomé mi celular y bajé al salón de la pensión, donde había algunas mesas y donde se servía la comida, principalmente el desayuno.

—Aquí tiene, doctor —me dijo la mujer, colocando un plato frente a mí después de que me acomodara en la silla.

—Gracias, Holly.

—De nada. —Su sonrisa se ensanchó un poco más.

Necesitaba estar de acuerdo con Cora, no solía ser un hombre muy amable, sobre todo después de la muerte de Nicolý, pero poco a poco estaba empezando a ver todo desde una nueva perspectiva.

No es como si hubiera olvidado a mi esposa fallecida ni lo que le pasó, pero aún seguía aquí. Aún estaba vivo.

Tomé un bocado de carne y lo metí en la boca mientras mi mente me llevaba a un recuerdo.

—Bran... —Nicolý se detuvo a mi lado cuando estábamos en un pasillo del supermercado, mirando una nevera de productos congelados, mientras trataba de decidir qué elegir. —¿Qué tal una tarta de pollo? —Me señaló una caja.

—Suená bien. —Abrí la puerta del refrigerador y la tomé para ponerla en el carrito de compras.

Ir al supermercado solía ser tarea de ella, pero desde que descubrimos el tumor, intentaba pasar cada minuto posible a su lado. Solo no había pedido una licencia en el trabajo porque ella insistió en que debía seguir pagando las cuentas y los altos costos de su tratamiento.

—¿Bran?
—¿Sí? —Me giré hacia ella.
—Cuando yo me vaya, quiero que encuentres a alguien que te haga sonreír. Y quiero que lo hagas rápido. Nada de quedarte años de luto.
—Nic...
—No vengas con que no debemos hablar de eso.
—No es un tema que quiero tratar ahora.
—Eres médico, amor, viste mis exámenes.
—Vamos a encontrar una solución.
—Solo si ocurre un milagro.
—Te amo, Nic.
—Yo también, y es por eso que quiero que sigas viviendo cuando yo me haya ido.
—Nic...
—Promételo.
—Lo prometo.

Dije esa frase solo para hacerla sonreír, pero Nicolý se fue, y todo lo que me quedaba era cumplir la promesa que le hice.

Pero Cora...

Cora y yo parecíamos más propensos a pelearnos que a dar una verdadera oportunidad a lo nuestro.

Mi celular vibró sobre la mesa y vi un mensaje de mi hermano.

Carlton:

¿Te puedes creer que mi ex haya venido a mi despacho a armar un escándalo?

Brandon:

¿Por qué fue?

Carlton:

Porque solo le ofrecí una décima parte de mi dinero y ella cree que es poco.

Brandon:

¿Unos dos millones de dólares?

Carlton:

Cuatro.

Brandon:

Es bastante dinero si considero lo que estoy ganando
ahora.

Carlton:

Ella quiere al menos diez. ¡Una locura!

Brandon:

Debiste pensarlo antes de casarte.

Carlton:

Si estás pensando en hacerlo de nuevo, no olvides firmar un
buen acuerdo prenupcial.

Brandon:

Aún estoy lejos de eso.

Carlton:

¿Lejos? ¿Quiere decir que hay alguna posibilidad?

Brandon:

No. No sé...

Carlton:

Explícalo mejor.

Brandon:

Solo tuve sexo con Cora.

Carlton:

¡Vaya! Ya estamos avanzando.

Brandon:

Y ella me dejó solo en medio de la nada.

Carlton:

¿Cómo?

Brandon:

Fuimos en su caballo a un lugar aislado y luego tuve que
regresar caminando.

Carlton:

Jajaja, me cae bien.

Brandon:

Me vuelve loco.

Carlton:

Estabas necesitando un desafío, hermano.

Brandon:

¿Y si solo acaba en un lío como el tuyo?

Carlton:

Me tendrás como abogado para defenderte en el divorcio.

Brandon:

¿Incluso si ella es la hermana del gobernador?

Carlton:

¡Espera! ¿Tu Cora es Cora Collins?

Brandon:

Sí.

Carlton:

Y yo pensando que era una simple enfermera.

Brandon:

Ella ama este pueblo y a la gente que vive aquí.

Carlton:

Te estás enamorando de ella.

Brandon:

No es para tanto.

Carlton:

Te conozco, hermano.

Brandon:

No va a funcionar.

Carlton:

Yo lo intentaría primero.

Brandon:

Me iré pronto.

Carlton:
¿Mañana?

Brandon:

Sabes que no.

Carlton:

Entonces aprovecha.

Fuiste hasta ahí buscando dejar atrás el dolor y los malos recuerdos, ¿no? Pues hazlo.

Brandon:

Tienes razón.

Carlton:

Siempre la tengo. Solo mi ex necesita entender eso.

Brandon:

Jaja.

Carlton:

Pero me voy a librar de ella.

Brandon:

Estoy seguro de que sí.

Seguí intercambiando mensajes con mi hermano durante el resto de la tarde. Disfrutaba esos momentos con él y su compañía era una de las cosas que más extrañaba. Sin embargo, la tecnología era suficiente para mantenernos cerca, aunque ya no viviéramos en la misma ciudad.

Todavía no sabía qué pasaría con mi relación con Cora, pero podría seguir el consejo de mi hermano y ver hasta dónde podíamos llegar.

Tal vez no fuera la respuesta a mi promesa con Nicolý, pero era mi oportunidad para volver a vivir.



Cora
Collins

Capítulo veintinueve

—¡Ven conmigo! —Melissa me agarró del brazo y me arrastró hacia un rincón de la clínica cuando llegué para trabajar la mañana del lunes.

—¿Qué pasó?

—John de la farmacia vino a traer un pedido y me dijo que te vio con el médico el sábado.

—¿El sábado? —Fingí no saber a qué se refería.

—¿Qué hacías con el médico guapo después de que tomamos el helado?

—No me acuerdo. —Fruncí el ceño, haciéndome la pensativa.

Sabía perfectamente de qué estaba hablando, pero aún no me sentía lista para contarle.

—¿En serio vas a seguir jugando conmigo?

—Fue algo sin importancia. Él me encontró después de que salimos de la heladería y vino a hacerme algunas preguntas sobre el pueblo.

—¿Y...?

—Eso fue todo, Mel.

—¿Solo eso?

Asentí.

Sabía que mi mejor amiga me mataría si pensaba que le estaba mintiendo, pero era mejor dejarlo así. No quería complicar más las cosas ni hacer que ella comenzara a imaginar algo que no existía. Si sospechaba que hubo algo sexual, probablemente empezaría a teorizar sobre cómo seríamos como pareja, y eso solo lo complicaría todo. Primero tenía que entender qué estaba pasando y qué podría surgir entre Brandon y yo antes de que todo el pueblo comenzara a comentarlo y a casarnos a mis espaldas.

Melissa era un amor de persona, pero tenía la fama de andar contando todo. De hecho, fue la primera en descubrir que mi ex había dejado el pueblo mucho antes de que me llegara esa noticia. Ya había lidiado con un corazón roto una vez y no quería repetirlo.

—Buenos días. —Brandon pasó por el pasillo y nos sonrió antes de entrar en su consultorio.

—¿Qué le hiciste a ese hombre?

—Nada. —Podría jurarlo.

—Él no solía ser tan amable.

—Tal vez se cayó de la cama y se dio en la cabeza. —Me encogí de hombros.

—Debe haber sido una caída bastante fuerte.

—¡Es posible!

—¿Vamos a trabajar?

—Claro...

Fui a la recepción y comencé a atender a algunos pacientes que estaban allí por orden de llegada. A algunos los atendí yo misma, midiendo la presión o verificando si estaban siguiendo correctamente las recetas, a otros los envié con Brandon para que el médico pudiera hacer una consulta más detallada.

El movimiento se calmó cerca de la hora del almuerzo. Me quedé en recepción un rato para que Margareth pudiera ir a comer, y cuando ella volvió, yo también me dirigía al comedor cuando la puerta del consultorio de Brandon se abrió y él me jaló hacia adentro, cerrándola con llave.

—Ey...

—¡Shh! —Me cubrió la boca para interrumpir mi protesta.

—Tienes que dejar de hacer eso —dije, en un tono mucho más bajo cuando dejó de silenciarme.

—¿Prefieres que te invite amablemente a mi consultorio?

—Ninguna de las dos. Si alguien nos ve...

—Soy viudo. No veo ningún anillo en tu mano, ¿acaso tienes novio o estás comprometida con alguien y prefieres no contármelo?

—¡No!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No está bien que nos vean juntos, somos compañeros de trabajo. Brandon comenzó a reír y yo lo empujé, sin entender su reacción.

—¿Qué haces?

—Es en serio, Cora, esto no tiene sentido. No somos los primeros ni seremos los últimos compañeros de trabajo en involucrarse.

—Es antiético. —Traté de alejarme, pero él me agarró del brazo y me tiró de vuelta.

—¿Esa es la mejor excusa que tienes?

—¿Qué quieres que te diga? —lo desafié, mirándolo directo a los ojos.

—Solo admite que quiere hacerlo.

—Yo no quiero nada.

Brandon bajó la boca hacia mi cuello y el estremecimiento de mi cuerpo, junto con los pelos de punta, me traicionaron.

—¿Estás segura?

—¿Este es tu nuevo juego? —Lo sujeté por los hombros y loforcé a mirarme.

—¿Juego? —Frunció el ceño, confundido.

—Quitarme la paz.

—Creo que es más que justo después de que pusieras una serpiente en mi maletín. Sin contar el café que ya me habías derramado.

—Eso fue un accidente. —Desvié la mirada.

—¿Accidente? ¿De verdad crees que voy a creer eso?

—¿Qué quieres, Brandon?

—Sabes lo que quiero. —Tomó mis muñecas y las presionó contra la pared, sorprendiéndome completamente.

—Brandon... —Su nombre escapó de mis labios en un susurro.

—¿No quieres nada? —Apoyó su frente contra la mía mientras aún me sostenía las muñecas, y un choque recorrió cada parte de mí.

Mi respiración se aceleró a medida que la suya se mezclaba con la mía, haciendo que todo mi cuerpo reaccionara, especialmente mi corazón.

—Yo... —Mi garganta se secó y me di cuenta de lo ansiosa que estaba por sus labios.

—¿Tú?

—Estoy retrasada. —Me zafé de su agarre y logré separarme, pero antes de que me alejara demasiado, Brandon rodeó mi cintura y me atrajo de vuelta.

—No vas a escapar tan fácil.

—No deben vernos juntos. No quiero que seamos responsables de un escándalo.

—Está bien...

—Genial, entonces suéltame.

—Solo si me dices que nos vamos a ver más tarde.

—¡Brandon!

—¿Qué tiene?

—Lo pensaré...

—Yo ni lo pensaría tanto. —Exhaló cerca de mi cuello, y fue imposible no cerrar los ojos y estremecerme.

—Ok. Después del trabajo. —Terminé cediendo.

—¿Vamos a salir juntos?

—No. Nos vamos a encontrar directamente afuera.

—¿Dónde? —Resopló, como si no le gustara ni un poco cómo estaba manejando la situación. Yo tenía todos los miedos del mundo para no involucrarme más de lo necesario.

—Pensaré en un lugar.

—Cora...

Corrí hacia fuera y salí del consultorio.

Por más que cada parte de mí deseaba desesperadamente sentir más de él, mis miedos me mantenían alerta para evitar meter la pata. Era una mujer adulta, tenía una buena familia y trataba de hacer lo mejor por las personas de ese pueblo. No quería que anduvieran diciendo que solo fui un juguete en las manos de un médico de la gran ciudad que jugó conmigo y luego me descartó. Sí quería involucrarme

con él, pero no necesitaba que nadie lo supiera, ni siquiera mi mejor amiga.



Brandon
Hanks

Capítulo treinta

Miré la hora en mi reloj de pulsera, golpeando los pies contra el suelo, impaciente, mientras esperaba en una calle poco transitada con un único poste de luz que parpadeaba frenéticamente, como si fuera a apagarse en cualquier momento.

Si ese lugar no fuera tan tranquilo y todos allí se conocieran, probablemente estaría preocupado por un posible asalto.

¡Qué mujer más terca!, murmuré pensando en Cora y en la idea absurda de encontrarnos ahí.

Ya éramos adultos, cada uno con su propio pasado, no estábamos en una relación prohibida ni éramos más adolescentes. ¿Cuál era el problema si nos veían juntos? No veía nada de malo en eso, al menos no lo entendía ni lo veía de esa forma.

Estaba perdiendo la paciencia con esa espera cuando me giré al escuchar un paso y la vi aparecer en el horizonte, casi como una

sombra, compuesta solo de una silueta, y poco a poco la luz del poste la fue revelando.

Era demasiado hermosa...

Verla me hizo entender cómo mi cuerpo reaccionaba cada vez que estábamos cerca, por más que ella hubiera hecho todo lo posible para probar mis límites, había una atracción tan intensa que era imposible ignorar.

—Cora...

—Estás aquí.

—Habíamos quedado en eso, ¿no?

—Pensé que no ibas a venir. —Metió las manos en los bolsillos de sus jeans, algo incómoda.

—¿Acaso cambiaste de idea?

—No.

—Menos mal. ¿A dónde vamos?

—¿Te gustan las estrellas?

—¿A quién no?

—Entonces ven conmigo. —Hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera.

—¿Vamos a la colina otra vez? Ya hasta me aprendí el camino.

—Hice una broma sobre el hecho de que ella me había dejado allí para que regresara solo.

—Pensé en un lugar más cerca.

—¿Dónde?

—Solo sígueme. —Hizo otro gesto con la cabeza y se adelantó en la calle, caminando unos metros hasta detenerse frente a una puerta metálica oxidada, que parecía que nadie la hubiera tocado en siglos.

—¿Qué es esto?

—Una casa. —Se encogió de hombros.

—Eso ya lo noté, pero no quiero que me metan en la cárcel por invasión o algo así.

—No nos van a arrestar. —Se rió.

—¿Solo porque tu hermano es el sheriff? Considerando lo que podría pasar por su cabeza si nos ve juntos, no creo que sea fácil para mí.

—Vaya, tienes sentido del humor. —Comenzó a reírse y se soltó a carcajadas.

—A veces lo intento.

—Esta es una casa abandonada. La señora que vivía aquí murió hace un par de años y no tenía familiares. Al parecer, el único hijo desapareció del mapa y ni la alcaldía lo encontró para notificarle.

—Suená trágico.

—¡Solo ven! —Pasó la mano por mi brazo y me tiró dentro del terreno cuando logró abrir el candado y mover la pesada cadena que cerraba la puerta.

Recorrimos un viejo jardín abandonado, completamente cubierto de maleza y pasto tan alto que llegaba hasta la parte superior de mis muslos. Me dio miedo toparme con alguna de esas serpientes hasta que llegamos a los escalones de una pequeña terraza de madera que crujió bajo nuestro peso.

Cora sacó una llave de un viejo macetero de barro y abrió la puerta, dejándonos entrar.

—¿Cómo sabías que la llave estaba ahí? —Fue una pregunta algo tonta, pues cada vez estaba más claro que esa no era la primera vez que entraba a ese lugar.

—Las enfermeras sabemos de todo. A veces somos un poco psicólogas.

—¿Cuidaste a la señora que vivía aquí?

—Hice lo que pude —respondió, aunque yo ya lo había supuesto.

Estaba a punto de preguntarle por qué me había hablado de las estrellas si su plan era que estuviéramos juntos en una casa abandonada. Sin embargo, pronto encontré la respuesta en el gran agujero en el techo de madera, dejando el cielo al descubierto, casi como si el techo fuera de vidrio.

—Solo espero que no llueva.

—Con todas estas estrellas, creo que es difícil. —No solo las personas de ese pueblo parecían ser conocidas de Cora.

Por más insano que pareciera estar en una casa abandonada con ella, me daba un cosquilleo en el estómago y me hacía sentir emocionado. Al final, no era tan terrible sentirme como un adolescente, porque era como si me estuviera dando la oportunidad de redescubrir mis propios sentimientos.

Cora era muy diferente a mi ex esposa, y justamente por eso me volvía loco y provocaba efectos completamente inesperados en mí.

—Creo que mejor no te acostumbres, pero yo me encargué de la cena.

—¿Te encargaste? —Me sorprendió.

—Sí. —Cora se fue hacia una habitación, desapareciendo en la oscuridad del lugar, y regresó con lo que parecía una cesta de picnic. La colocó en el suelo de madera de la sala, donde antes debería haber estado una alfombra, y la abrió. Sacó de ella una manta limpia, extendiéndola en el suelo, y un paquete de velas.

—¿Me ayudas a encenderlas? —Me las extendió.

—Claro.

Coloqué algunas en el suelo y otras sobre los pocos muebles viejos y polvorientos que quedaban en el ambiente, como si los mejores hubieran sido saqueados o, simplemente, devorados por las termitas.

Las velas podrían ser una simple excusa para enfrentar la oscuridad del lugar, y seguro esa habría sido la respuesta de Cora si la hubiera preguntado, pero de todos modos, le daban un aire muy romántico al lugar, como si estuviéramos teniendo el mejor encuentro posible.

Me senté en la manta frente a ella cuando Cora sacó un envoltorio plástico de la cesta y me lo entregó.

—Esta es la mejor tarta que vas a probar en tu vida.

—¿La hiciste tú?

—¿Después de un turno en la clínica? Por supuesto que no. Si te gusta mucho, puedes comprarla en la panadería de la plaza. Es Amber quien la hace.

—Lo recordaré. —Levanté la caja y la abrí. —Si no me gusta, ¿puedo culparte?

—No lo harías. —Torció los labios en una mueca y terminé riendo.

—Es solo una broma.

—Espero que sí. —Siguió seria, y casi no pude evitar jalarla hacia mí para darle un beso largo.

Le di unos mordiscos. El hojaldre era suave y se deshacía en la boca, al igual que el relleno de carne y queso, que era muy cremoso y sabroso.

—Tienes razón, está riquísima.

—Siempre tengo razón. —Me guiñó un ojo.

Dejé la tarta a un lado y la atraje hacia mí.

—¿Por qué no dejas de hacer eso?

—¿De qué hablas?

—De querer demostrar que tienes razón, incluso cuando ya no estamos compitiendo.

—Nunca imaginé que estábamos compitiendo.

—Siempre compites.

—No siempre.

—¿Cuándo no? —La atraje aún más cerca, acercando mi rostro al suyo y obligándola a mirarme.

—Ahora, por ejemplo. —Se inclinó para besarme y la atraje aún más hacia mí.

Aparté la comida y hundí mis labios en los suyos, más ansioso por eso que por cualquier cena que ella pudiera haber preparado para nosotros, aunque ya habían pasado varias horas desde mi última comida.

Bajé la mano por su costado, siguiendo su contorno hasta llegar a su culo, apretándolo con fuerza y atrayéndola aún más cerca de mí, haciendo que Cora gimiera contra mis labios.

Nuestra proximidad, su aroma, el perfume de su cuerpo me llenaban de deseo, como si despertara una bestia insaciable dentro de mí. Subí mi mano por su nuca, enterrando mis dedos en su cabello suave. Mordí su labio inferior, tirando de él hasta que sonó y luego volví a besarla.

Cora subió las manos y me agarró de los hombros, apretándolos para intensificar aún más el contacto. Era evidente que no solo yo estaba lleno de deseo cuando estábamos cerca.

Froté mi barba sin afeitar contra la piel sensible de su cuello y ella se estremeció por completo, dejando escapar un gemido aún más alto.

—Brandon... —Mi nombre salió susurrado por sus labios aterciopelados, y eso me excitó aún más.

Me encantaba ver cómo cada movimiento mío provocaba reacciones en su cuerpo y la hacía entregarse aún más. Cora podía decir lo que quisiera con palabras, pero su cuerpo traicionaba la atracción que compartíamos.

Aparté la cesta y la tumbé sobre la manta, subiéndome encima de ella y atrapándola con mi cuerpo.

—Ahora no te me escapas —dije, presionando mi boca en su oído y luego mordisqueando el lóbulo, incitándola aún más.

—¿Quién dijo que quiero escapar? —Envolvió mi cuello con las manos y tiró de mi cabello, acercando mi boca a la suya.

Mi lengua se entrelazaba con la de ella en un beso cada vez más voraz y no pude contener ninguno de mis impulsos, porque ella parecía responder muy bien a cada uno de ellos. Rodeé su cintura con las palmas de mis manos, sintiendo bien la forma de su cuerpo mientras levantaba su blusa y la hacía despegar la espalda del suelo, levantando los brazos para que pudiera quitársela.

Vi sus ojos brillar, iluminados por las velas, y sonreí antes de bajar mi boca, embriagándome con el perfume de su piel hasta llegar a sus tetas. Lamí el valle entre ellas y Cora tembló.

Mi verga latía frenética dentro de mis pantalones y subí un poco más, frotando mi volumen en la zona entre sus muslos. Aunque aún estábamos vestidos, ni el espesor de la tela era suficiente para calmar el calor cada vez más intenso en nuestros cuerpos.

Estaba tan desesperado por estar dentro de ella nuevamente que ya no podía pensar con claridad.

Puse la mano bajo su cuello, sujetando su nuca y tirando de su cabello. Mordí la parte lateral, subiendo de vuelta hasta su oído. Su piel estaba perfumada, con un aroma leve de crema hidratante floral y quizás un perfume aún más dulce. Un aire femenino para una mujer de carácter tan fuerte.

Había un león rugiendo dentro de mí, cada vez más feroz, luchando por devorarla cuanto antes, pero necesitaba contener el impulso de abrir mis pantalones, arrancarle los suyos y hundirme en ella lo más rápido posible. Quería aprovechar el tiempo a solas para saborearla, como a un buen vino.

Le quité el sostén, tirándolo en un rincón de la habitación, sin preocuparme por dónde caería, y tracé la forma de sus senos firmes y redondos con las palmas de mis manos. Eran suaves y caían con su propio peso. Los sujeté con firmeza y curvé mi cuerpo como un felino, mientras la miraba y lamía uno de sus pezones, viendo cómo el placer cruzaba sus ojos.

—¿Es así como pretendes hacerme llegar al orgasmo? —Volvió a provocarme, como si no pudiera quedarse quieta.

—Aún no he comenzado.

Me arrodillé, sujetando su cadera entre mis piernas para que no escapara y me quité la camisa, inclinándome nuevamente sobre ella, sujetando sus muñecas y atándolas por encima de su cabeza con mi camisa.

—¿Qué estás haciendo? —protestó, cuando ya era demasiado tarde.

—Te estoy sujetando.

—No...

Me incliné, volviendo a lamer sus tetas y esta vez contorneándolas con la lengua, dejando un rastro húmedo que la hizo estremecer por completo.

Detuve mi boca entre ellas, notando cómo su respiración se volvía más urgente, su pecho subiendo y bajando cada vez más rápido. Luego, abrí la boca, fingí que iba a morder uno de sus pezones, pero en lugar de eso, pasé los dientes por la parte lateral, raspando su piel. Los vellos se erizaron aún más, dejando una sensación áspera de pequeñas bolitas.

Mientras mi boca atendía sus tetas, con los pezones cada vez más duros, mis manos descendían un poco más, avanzando hasta su cadera. Abrí la cremallera de sus pantalones e iba a avanzar dentro de ella, pero la tela estaba tan ajustada a sus curvas que resultaba aún más difícil.

Volví a alejarme de ella y moví las piernas para quitarle los pantalones. Cora se movió un poco para ayudarme.

—Podría hacerlo si no me hubieras atado las manos.

—No te preocupes, yo lo hago. —Levanté sus piernas y tiré de la prenda hasta que salió por la punta de su pie.

Disfruté de la visión de su hermoso cuerpo bajo la luz amarillenta de las velas antes de quitarle la tanga y finalmente dejarla completamente desnuda.

Mi verga volvió a latir incontrolable dentro de mis pantalones, el deseo de estar dentro de ella era muy intenso.

Volví a inclinarme y raspé mi pecho contra sus tetas, oyéndola jadear y gemir mientras ambos sentíamos esa atracción insana que nos empujaba a conectarnos lo más rápido posible.

Volví a besar y lamer su cuerpo, descendiendo un poco más, avanzando hacia su abdomen hasta acomodar mi cabeza entre sus

piernas. Soplé un aire caliente y ella se retorció, demostrando lo mucho que deseaba.

—¡Hazlo! —Intentó mover sus manos para empujar mi cabeza, pero estando atadas, era difícil.

—¿Y si no quiero?

—No seas tan idiota.

—¿Segura? —Besé la cara interna de su muslo cerca de la ingle, solo para provocarla aún más.

—¡Brandon!

—¿Qué te parece? —Soplé y pude ver cómo se estremecía por el deseo.

Giré la cabeza y la provoqué en el otro muslo, mordisqueando y besando.

—¡Ah! —Se arqueó por completo, levantando la cadera para acercarla más a mi boca.

La seguí provocando un poco más, jugando con ella hasta llevarla al límite de la necesidad.

Cuando finalmente bajé mi lengua por sus labios mayores y busqué su clítoris, su gemido fue tan intenso que llenó toda la habitación, y tal vez podría haberse oído en otras partes del pueblo.

Mientras hacía presión con la lengua, bailando sobre su punto de mayor placer, solté una de sus piernas e introduje un dedo en su canal.

Estaba tan mojadita...

Aumenté la intensidad de los movimientos y su canal se contrajo alrededor de mi dedo, mostrando su placer desde adentro.

—¡Ah!

Sus gemidos eran mi referencia para saber que iba por el buen camino y mientras más respondía, más intensificaba los movimientos de mi boca y dedo, hasta que sentí que su humedad aumentaba y Cora se derrumbó, como si hubiera perdido por completo las fuerzas.

Volví a quedarme de rodillas y finalmente me deshice del resto de mis ropas. Observándola recuperarse del placer que le había dado, mi deseo de estar dentro de ella era aún mayor.

Me incliné, cubriendo su cuerpo nuevamente con el mío, y le metí la verga adentro lo más que pude, presionándola lo más posible contra el suelo.

Cora envolvió mi espalda con las manos y sus uñas se clavaron en mi piel mientras yo entraba y salía de ella. Los movimientos se intensificaban a medida que me entregaba a la necesidad primaria de encontrar placer. Estar con ella era dejar que una parte de mí, que había estado dormida con la enfermedad de Nicolý, despertara con fuerza, como una bestia liberada.

Ella tiró de mi cabello, mordió mi boca y yo hice lo mismo, mientras presionaba mi cadera aún más contra la suya, empujando profundamente con cada embestida dictada por mi necesidad.

Cora clavó las uñas en mí con más fuerza y me miró antes de hacernos girar, empujando la cesta aún más hacia atrás. Ahora ella estaba sobre mí, apoyando sus manos en mi pecho, mientras tomaba el control del sexo. Con sus cabellos negros, brillosos y desordenados cayendo alrededor de su rostro de rasgos delicados, comenzó a cabalgar sobre mí. Su rostro se retorcía con cada movimiento, entregando el placer en sus expresiones.

No pude solo observar. Mis manos fueron hacia su suave culo, clavando los dedos en su piel y ayudándola a moverse más rápido sobre mí. No solo aumentó la velocidad, también la intensidad con la que ella apretaba mi verga.

Toda esa fricción, sumada a los movimientos urgentes, la deliciosa visión de sus tetas saltando con cada movimiento y los sonidos que ambos emitíamos me llevaron al borde del descontrol.

—¡Cora! —Intenté avisarle que saliera de mí, pero ya era tarde.

Cuando esa loca y deliciosa enfermera dejó de moverse sobre mí, yo ya había eyaculado dentro de ella hacía rato.

Ella se quedó un poco más, disfrutando los efectos de mi erección hasta que encontró su propio placer.

—¡Dios! —Se desplomó sudorosa y jadeante sobre mi pecho.

—Soy bueno —provoqué, acariciando su rostro.

—Baja un poco tu orgullo, vaquero.

—¿Por qué no admites que te está gustando esto?

—Nunca dije que no me gustara.

—Entonces...

—Entonces tengo hambre. —Rodó hacia un lado, saliendo de mí y tomando la cesta. —¡Maldita sea! —gruñó. —Eyaculaste dentro de mí.

—Intenté avisarte.

Hizo una mueca al tomar una servilleta para limpiarse.

—Espero que te guste el vino dulce. —Cambiano completamente de tema, sacó una botella de la cesta.

—Prefiero seco.

—Menos mal que fui yo quien lo elegí.

Su mueca me hizo reír.

—Está bien, suave está bien.

Me senté sobre la manta y me comí el resto de mi tarta.

Afortunadamente, esta vez ella no salió corriendo a la primera oportunidad que tuvo y me dejó solo.



Cora
Collins

Capítulo treinta y uno

Cuando el sol comenzó a salir, abrí los ojos y me di cuenta de que estábamos acostados en el mismo lugar donde habíamos caído dormidos después de una noche intensa de sexo. Además de dejarme completamente loca, Brandon era lo más delicioso que había probado en mi vida.

Tal vez nunca lo admitiera, sobre todo porque no tenía idea de cómo quedaría nuestra relación, pero estar con él me hacía sentir increíble. Su simple contacto era capaz de desencadenar una corriente eléctrica en mi piel que dejaba todas mis células vibrando.

Esperaba poder disfrutar más de eso, más de él.

—¡Ay, mierda! —Mi queja lo despertó.

—¿Qué pasa? —Frotó sus ojos, adaptándose a la luz antes de girarse hacia mí.

—¿Qué “qué pasa”? ¡Tenemos que ir a la clínica!

—¿Qué hora es? —Extendió la mano, buscando los pantalones hasta encontrar el celular en el bolsillo. —Aún es temprano. —Revisó la hora.

—Solo para ti. Hasta que vaya al rancho, me duche y vuelva, voy a llegar super tarde.

—¿Por qué no te bañas en la pensión? Estoy seguro de que la dueña no se va a molestar.

—Por el mismo motivo por el que dormimos aquí y no allá. —Me levanté y empecé a vestirme lo más rápido posible. —Es un pueblo pequeño, todo el mundo comenta.

—¿Y qué?

Solo torcí los labios para él y no me molesté en contestar.

—Tengo ropa en el armario de la clínica, creo que me voy a bañar allí.

—Qué bien.

—Al menos no voy a tener que dar explicaciones sobre mi retraso.

—Entonces tenemos algo de tiempo. —Intentó jalarme de nuevo, pero me escabullí.

—¡No! Tú te vas a la pensión y yo me voy a la clínica.

—Está bien. —Terminó por rendirse. —Vamos a trabajar, entonces.

—Eso.

—¿Y la cesta?

—Déjala en un rincón, luego regreso a buscar todo.

—Ok.

Salí de la casa y no esperé que me siguiera, igualmente nos encontraríamos más tarde, cuando comenzara el trabajo.



Brandon
Hanks

Capítulo treinta y dos

Creo que podría describir exactamente cuál era la sensación del príncipe de Cenicienta cuando daban las doce. Tener a la mujer que tanto me atraía escapándose de entre mis dedos como si esto fuera un juego de escondidas era frustrante. O tal vez había pasado tanto tiempo entre noviazgo, matrimonio y duelo que había perdido el tacto con las mujeres.

¿Eran todas siempre tan escurridizas como Cora?

—Doctor.

Me estaba haciendo esa pregunta en medio de la consulta y tardé un momento en darme cuenta de que la paciente me estaba hablando.

—Ah... —Esbocé una sonrisa forzada. —Como le decía, es mejor que se haga algunos estudios para que podamos revisar todo. Voy a hacerle una orden, ¿tiene disponibilidad para ir a un laboratorio en la ciudad vecina a realizarlos?

—Le diré a mi esposo que me lleve.

—Perfecto.

Llené la orden con todos los parámetros que debían analizarse y se la entregué.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias, doctor.

—Cuando tenga los resultados, no olvide venir para que pueda analizarlos y determinar el mejor tratamiento para usted, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Buenas tardes.

—Igualmente.

Cuando salió del consultorio y nadie más entró, consideré la posibilidad de que ya no hubiera más pacientes por atender esa tarde o que aún estuvieran en la evaluación inicial con Cora. Me levanté de la silla. Podría aprovechar la oportunidad para verla con la excusa de preguntarle algo sobre el trabajo.

Carlton me había dicho varias veces que debía aprovechar el momento con esa mujer. Lo estaba intentando, pero no era solo mi pasado lo que complicaba la situación. Ella podría tener sus propios motivos para alejarse de mí o, simplemente, no quería tomarse esto en serio. Pero era difícil saber con certeza cuál era la verdad.

Cora dejaba muy claro que quería estar conmigo cuando estábamos juntos, que disfrutaba del sexo, pero siempre se alejaba después. Por más intensa que fuera la atracción, después de lo que había vivido, preocuparme solo por eso podía llevarme a enfrentar otra oleada de dolor insoportable.

Justo cuando puse la mano en el picaporte de la puerta para ir a verla, mi celular empezó a sonar. No solía atender llamadas durante el trabajo, pero quien fuera insistió dos veces más, así que terminé yendo hasta mi maletín para sacarlo.

—¿Hola?

—¿Brandon? —La voz tensa de mi hermano al otro lado de la línea me puso completamente en alerta.

—Soy yo. ¿Qué pasó?

—Parece que mamá no está muy bien.

—¿Cómo que no está bien?

—Aún estamos esperando los resultados de algunos exámenes, pero el médico que la atendió dijo que su caso podría ser bastante

delicado.

—¿Delicado en qué sentido?

De repente sentí un escalofrío. Me quedé inmóvil. ¿Cómo que mamá estaba enferma? Era una mujer con una salud de hierro y una lengua afilada. Hasta sospechaba que yo me iría antes que ella.

—Déjame hablar con él... —Escuché su voz fallar al otro lado.

—Está bien.

Carlton debió pasarle el teléfono porque su voz sonó más clara.

—Hijo...

—¿Qué tienes ahora, mamá?

—No lo sé... Me duele el pecho, la cabeza... Es una señal de que deberías estar aquí con nosotros.

—No exageres, mamá.

—Hablo en serio. Necesito verte, hijo. Quiero que estés a mi lado hasta que todo esto pase.

—No puedo simplemente dejar todo aquí, mamá.

—Es solo un contrato de prueba.

—Ni siquiera han pasado los tres meses.

—Puedes cancelarlo. Decir que surgió una emergencia y que necesitas volver a Dallas lo antes posible.

—Veré qué puedo hacer.

—Tienes que volver.

—Mamá...

Fingió toser del otro lado de la línea.

—Por favor...

—Ya te dije que no es tan simple.

Empezó a toser de verdad, con tanta fuerza que me preocupé aún más. Ya había perdido a alguien importante por una enfermedad y no podía lidiar con la posibilidad de que eso volviera a suceder, al menos no tan rápido.

—¡Mamá, pásame con mi hermano!

—¿Brandon?

—Dime la verdad, ¿qué dicen los médicos?

—Aún estamos esperando.

—Pero...

—Tal vez, de verdad, sería mejor que vinieras.

—Saldré de aquí lo más rápido posible.

—De acuerdo. Te estaremos esperando.

—Lláname si pasa algo.

—Lo haré.

Antes de volver a guardar el celular en mi maletín, llamé al alcalde y le informé sobre la situación de mi madre. Sabía que tenía un contrato de prueba, pero, en comparación con su estado, me importaba poco la reacción que pudiera tener.

Guardé mis cosas y salí del consultorio. Busqué a Cora, que aún estaba atendiendo, y golpeé la puerta varias veces, impaciente, hasta que finalmente la abrió.

—¿Qué quieres? —Apretó los dientes al mirarme, molesta.

—Necesitamos hablar.

—¿No ves que ahora no puedo? —Señaló con la cabeza a la señora que tenía un tensiómetro en el brazo.

—Es urgente.

—Ahora no.

Me sujetó del pecho y me empujó de vuelta al pasillo.

—¡Cora!

Me cerró la puerta en la cara y solté un resoplido. Seguramente pensaba que quería repetir lo de anoche y no me dio la menor oportunidad de decirle lo que realmente importaba.

Quería insistir, hacer que me escuchara, al menos despedirme antes de irme. Pero el miedo, la sensación de pérdida, me dominaron.

Necesitaba estar con mi madre si algo llegaba a suceder.



Cora
Collins

Capítulo treinta y tres

—¿Qué hiciste? —preguntó Melissa, en cuanto puse un pie en el pasillo y nuestras miradas se cruzaron.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—El médico guapo se fue.

—¿En medio del turno? ¡Qué descarado!

—No entendiste. —Puso las manos en la cintura e inclinó el cuerpo hacia mí.

—¿Cómo que no entendí?

—Se fue de Fredericksburg.

—¿Qué? —Mi reacción de incredulidad fue completamente espontánea; no tenía idea de eso. —¿Cómo que se fue?

—Solo se despidió vagamente y dijo que tenía que irse.

—¿Por qué?

—No lo dijo. Pensé que tú habías hecho algo, estabas tan decidida a echarlo del pueblo que parece que funcionó.

Intenté esbozar una sonrisa mientras por dentro estaba completamente en shock. Pasamos la noche juntos y parecía decidido a no rendirse, pero se fue, igual que Oliver hace años.

—¿Estás bien, amiga? —Melissa puso una mano en mi hombro.

—Sí. —Apreté los labios.

No llores, Cora...

—Logré hacer que se fuera —mentí, fingiendo una celebración para convencer a Melissa de que la noticia no me había afectado.

—Punto para ti. —Hizo un bailecito. —Solo espero que el alcalde consiga un médico aún más guapo que él.

—No me molestaría si fuera una doctora.

—Eso te conviene solo a ti, ¿no? —Puso cara de fastidio. —En esta clínica ya hay demasiadas mujeres. Necesitamos algo de energía masculina.

—Voy al baño. ¿Puedes cubrirme un momento? Ahora que él saltó del barco, me toca volver a encargarme de todo.

—Ve tranquila.

—Gracias.

Pasé junto a ella y fui al baño del personal. Cerré la puerta y me apoyé contra ella, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo al fin rodaran por mi rostro, empapando mi uniforme.

Por supuesto que no debí haberme involucrado con él. Desde el principio estuvo claro que solo era una aventura. Creí que me estaba protegiendo al mantener nuestro asunto en secreto, que así no parecería la mujer abandonada cuando él se fuera, pero exactamente así era como me sentía ahora.

Mi llanto se intensificó y empecé a sollozar. ¿Sería esto algún tipo de karma? Todos los hombres con los que me involucraba terminaban yéndose.

—Cora —Melissa llamó a la puerta.

—Ya salgo. —Presioné la descarga para simular que había usado el inodoro.

Me incliné sobre el lavabo y me limpié el rostro, deshaciéndome de las lágrimas antes de abrir la puerta y forzar mi mejor sonrisa.

—¿Llegó alguien?

Melissa negó con la cabeza.

—Solo...

—Estoy feliz de que se haya ido.

—¿Segura?

—¿No era lo que quería?

—Sí, pero...

—Relájate, Mel.

—Está bien.

—Como no hay nadie, ¿qué te parece si vas a la cafetería y traes unos donuts para nosotras?

—Cora...

—¡Yo pago!

—Viéndolo así... —Terminó cediendo.

No tenía idea de qué se le había pasado por la cabeza a Brandon para irse de esa manera, pero ya había buscado respuestas una vez y solo me rompieron más el corazón. No volvería a hacerlo.



Brandon
Hanks

Capítulo treinta y cuatro

Un año después...

Brandon:

Hola, Cora. Tuve que irme, pero si atiendes mi llamada, puedo explicarlo.

Llevaba más de un año mirando ese mensaje, esperando que, de repente, el estado cambiara a "visto" y pudiera completar la llamada, pero era como si ella no quisiera hablar conmigo.

Creí que había surgido una conexión entre nosotros, que finalmente, después de la muerte de Nicolý, había encontrado a alguien que me despertara los mismos sentimientos. Pero ella no debió sentir

lo mismo, porque se esforzó demasiado en ocultar que estábamos juntos durante el poco tiempo que duró nuestra relación.

Mi hermano hizo todo lo posible por convencerme de que era mejor así. Al menos no tenía que unirme al club de los divorciados, como él. Después de poco más de un mes en una pensión de mala muerte en medio de la nada, dejé de preocuparme tanto por la fortuna que había construido en Dallas. Sin embargo, mientras acompañaba el tratamiento de bypass de mi madre, volví a trabajar como neurocirujano en el hospital de siempre, realizando las mejores cirugías y recibiendo reconocimiento por ello.

En el peor de los casos, el tiempo en Fredericksburg sirvió para demostrarme lo que buscaba al principio: que, aunque había perdido a mi esposa, mi vida podía seguir adelante y era perfectamente capaz de involucrarme con otra mujer otra vez, incluso con alguien tan difícil como Cora.

Mi celular vibró sobre el escritorio. Era un mensaje de Carlton.

Carlton:

¿Estás para ir al happy hour hoy?

Brandon:

Tengo una cirugía complicada.

Carlton:

Termina rápido y ven a encontrarme en el bar de Roland.

Brandon:

Sabes que no funciona así.

Carlton:

No has visto televisión hoy, ¿verdad?

Brandon:

No tuve tiempo.

Carlton:

Acabo de ganar el caso de Andrew Carrie contra el Estado de Texas.

Brandon:

¿El magnate del petróleo que mató a su esposa?

Carlton:
Él no la mató.

Brandon:
Eres el abogado del diablo.

Carlton:
Solo soy el mejor en lo que hago, igual que tú.
¿Vas a venir o no?

Brandon:
En cuanto pueda, te llamo.

Carlton:
Buena cirugía.

Brandon:
Gracias.

Guardé el celular en el cajón y salí de mi consultorio rumbo al área quirúrgica del hospital para prepararme para la operación. No era el mismo hombre que antes de la muerte de Nicolý, pero había recuperado la confianza en mi trabajo, y por ahora, eso me bastaba.

—Doctor Hanks —me llamó el presidente del hospital cuando pasé por el pasillo cercano a donde estaba.

Había un verdadero espectáculo montado frente a la nueva planta de oncología. Estaba tan inmerso en mi propio mundo que me olvidé por completo de que la inauguración era ese día.

—Señor. —Me acerqué con una sonrisa a medias.

—Quiero presentarle a alguien.

Un hombre de hombros anchos y cabello rubio se giró hacia mí, y sentí un impacto inmediato.

—Gobernador...

—Mucho gusto. Jackson...

—Collins —completé, aún más sorprendido por ese apellido.

No me impactaba el hecho de que el hombre frente a mí fuera el gobernador del Estado, sino que era el hermano mayor de Cora. Verlo ahí no tenía por qué significar nada, pero provocó que cada imagen de su hermana reviviera en mi mente.

—Eso es. —Rió. —Estoy aquí para la inauguración de la nueva planta, pero el presidente del hospital no deja de presumir a su neurocirujano estrella. Hanks...

—Brandon Hanks.

—Ese nombre me suena.

—El presidente debe haberlo repetido muchas veces.

—Seguro. —Rió mi jefe. —No sé si lo sabe, gobernador, pero Hanks pasó un tiempo como médico en su pueblo natal.

—¿Fredericksburg?

—Sí.

—¡Presidente! —Alguien lo llamó, y el hombre me dejó solo con el gobernador del Estado, que me miraba como si estuviera a punto de arrancarme la cabeza.

No sé qué se le cruzó por la mente, pero la expresión de Jackson cambió por completo.

—Por eso sé quién eres.

—Es un pueblo pequeño, seguramente escuchaste hablar de mí.

—Mantuve la compostura.

—Ojalá fuera solo eso y no que eres el hijo de puta que dejó embarazada a mi hermana.

Soltó un resoplido y, por un momento, pensé que era una broma.

—¿Qué?!

—¿Cómo tienes el descaro de poner esa cara?

—¿Esto es una broma?

—¿Broma? —Se indignó aún más. —Definitivamente, no la mereces.

—No sé de qué estás hablando.

—Gobernador, vamos a tomarnos unas fotos —lo llamó el presidente, y yo me quedé con un nudo en la garganta, justo antes de entrar a cirugía.



Cora
Collins

Capítulo treinta y cinco

—Oh, mi amor... —Tomé a mi hija en brazos cuando empezó a llorar. Gimoteaba bajito por el cólico, aunque ya le había dado un masaje y un poco de medicina para los gases. Sin embargo, eso no había sido suficiente para aliviarle el dolor.

La acomodé contra mi pecho, apoyándola en mi hombro, y finalmente se calmó. Desde su nacimiento, mis noches se habían vuelto más largas que nunca. Pero, en el fondo, la llegada de mi pequeña había sido lo más gratificante que me había pasado en mucho tiempo.

Admito que no esperaba quedar embarazada. La noticia cayó sobre mí como una bomba, sobre todo después de que Brandon regresara a la ciudad de donde vino. Estaba segura de que era de él porque hacía mucho que no estaba con otro hombre. Aunque nunca lo admití abiertamente, mi familia sabía quién era el padre de Lara. Y descubrí rápidamente la desventaja de tener un hermano sheriff cuando él ató los cabos demasiado rápido.

Mi padre quería que fuéramos a buscar a Brandon y le exigiéramos que se hiciera cargo como padre, pero yo nunca quise hacerlo. Con el tiempo, terminaron aceptando que jamás lo haría.

¿Orgullosa? Probablemente...

Aunque Brandon había dejado una parte de él en mí, su partida me había dolido mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Era una herida que todavía me incomodaba, y la revivía cada vez que miraba a mi hija. Lara tenía muchos rasgos de su padre, y en más de una ocasión me pregunté si Brandon había sido igual cuando era bebé.

Cuando finalmente se durmió, la acosté en la cuna que estaba en mi habitación y me alejé, dejándome caer en el sillón que usaba para amamantarla. Estaba agotada con esta doble jornada. A pesar de que mi madre me ayudaba mucho cuidándola mientras yo pasaba el día en la clínica atendiendo a la gente del pueblo, cuando volvía a casa, ese era mi momento para estar a solas con ella.

Aunque mi padre nunca lo dijo directamente, era evidente que tener hijos solteros criando niños no era lo que había imaginado para nosotros.

Resultaba curioso que Jackson, el más fiestero de todos, fuera el primero en casarse y formar una familia tradicional. La gran diferencia entre él y nosotros, Malcon y yo, era el amor que sentía por Tatiana. Siempre estuvo ahí desde que eran niños, pero parecían haber sido los últimos en darse cuenta.

Inspiré hondo, llenando mis pulmones, y luego me levanté para caminar hasta la ventana. Desde allí, observé el horizonte, donde la luna llena iluminaba la hierba verde. El rancho Collins siempre había sido mi hogar y no me imaginaba en otro lugar. Sin embargo, últimamente me preguntaba cómo sería mi vida si estuviera en Dallas.

Sentí el impulso de abrir internet y buscar noticias sobre él. ¿Cómo estaría Brandon? ¿Habría encontrado a otra mujer? ¿Tal vez incluso se habría vuelto a casar?

Cora...

Me acerqué a la cuna, donde Lara dormía plácidamente. Quizá mi hija nunca conocería a su padre, pero tenía el amor de sus tíos y de su abuelo.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Fui a abrir para ver quién era.

—Cora.
—¿Mamá?
—¿Estás bien, querida?
—Sí.
—¿Y mi nieta?
—Durmiendo como un ángel, ahora que los cólicos se le pasaron.
—Incliné la cabeza para mirarla.
—Los primeros meses siempre son difíciles. Me acuerdo cuando ustedes eran bebés.
—¿Dimos mucho trabajo?
—Algunos más que otros.
—Apuesto a que Liam sigue dando trabajo hasta hoy.
—Es un buen muchacho, pero necesita a una mujer firme que lo domine. Quién sabe, tal vez un día encuentre a la indicada.
—Ya veremos.
—¿Y tú?
—¿Qué pasa conmigo? —Me hice la desentendida.
—¿De verdad crees que no deberías buscar al padre de Lara? Ahora que la niña nació, podrían...
—Él nunca regresó, mamá. Solo fue un romance breve. Ahora volvió a ser el médico famoso y probablemente ni se acuerda de mí.
—¿Se lo preguntaste?
—No quiero pasar por eso, mamá.
—Ay, Cora...
—Déjalo así.
—Lara no es solo un amor pasajero, hija.
—Ahora entiendo cómo debe sentirse Malcon cuando todos le preguntan dónde está la madre de Judy. Es una mierda.
—La situación de tu hermano es diferente.
—Harper se fue, mamá. Igual que Brandon.
—La madre de Judy la abandonó, pero al menos sabía que tenía una hija. ¿Tú le contaste a Brandon?
—No quería arrastrarme detrás de él ni exigirle nada.
Mi madre suspiró hondo y apretó los labios, pero no pudo quedarse callada por mucho tiempo. Había preguntas dándole vueltas en la cabeza que no pudo contener.
—No es solo tu derecho, querida.

—Lo sé.

—Me alegra. —Se inclinó y me besó en la mejilla. —Siempre estaremos aquí para ustedes. Me encanta ver niños en esta casa. Cuando todos ustedes se fueron a la universidad, sentí que era el fin.

—Pero al final, todos volvimos.

—Menos mal. —Me acarició el rostro antes de cambiar de tema.

—Imagino que debes de tener hambre.

—Un poco.

—Entonces, bajemos a cenar.

—Está bien.

Eché un último vistazo a mi bebé para asegurarme de que todo estaba bien antes de seguir a mi madre fuera de la habitación.



Brandon
Banks

Capítulo treinta y seis

Todavía estaba tratando de procesar la bomba que el gobernador me había soltado sin darme ninguna explicación. Sentía como si todo fuera un sueño absurdo, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que podía haber algo de verdad en ello.

Embarazada...

No nos veíamos desde hacía más de un año. Si eso fuera cierto, el bebé probablemente ya habría nacido. *¿Tenía un hijo?*

Mi esposa fallecida y yo habíamos planeado formar una familia. Hicimos planes y nos preparamos para tener un hijo, pero después de su enfermedad y los tratamientos de quimioterapia, ese sueño se volvió cada vez más distante.

Si hubiera sobrevivido, tal vez habríamos adoptado un niño, pero, lamentablemente, nunca tuvimos esa oportunidad.

Me incliné hacia adelante, casi recostándome sobre la barra mientras giraba la botella de cerveza, que estaba casi vacía.

—¡Guau!

Me giré al escuchar la voz de mi hermano acercándose. Se desabrochó los botones del saco y se acomodó en el asiento vacío a mi lado.

—Pensé que íbamos a celebrar. ¿Cómo fue tu cirugía?

—Un éxito. Logré neutralizar el tumor y mi paciente va a sobrevivir.

—Esa es una gran noticia, pero entonces, ¿por qué tienes esa cara de perro abandonado?

—Creo que soy padre.

—¿Cómo?! —Frunció el ceño, tratando de entender lo que acababa de decir mientras hacía un gesto para que el barman le sirviera un trago.

—El gobernador estuvo hoy en el hospital para la inauguración de una nueva ala de oncología y el presidente del hospital me presentó directamente con él.

—Espera, ¿qué tiene que ver el gobernador con esto? ¿Te acostaste con alguna de sus asesoras? No me lo puedo creer... —Abrió la boca, sorprendido, dejando volar su imaginación. —¿Te acostaste con la primera dama? ¡Caray, es una pelirroja hermosa!

—Carlton, no digas estupideces.

—Solo intento entender.

—Es Cora.

—¿La enfermera? ¿Está trabajando en la nueva ala de oncología?

—No. Es la hermana del gobernador.

—Oh... —Se quedó boquiabierto otra vez. —¿Ella estaba ahí con él? —Agradeció con un leve movimiento de cabeza cuando el mesero le dejó su trago y bebió un sorbo.

—No, pero el gobernador dijo que la dejé embarazada.

—¿Eso es en serio?

—No lo sé. —Me incliné aún más hacia adelante, como si mi espalda pesara el doble.

—¿Ella en algún momento te dijo algo?

—No.

—Entonces, es probable que él se haya confundido.

—No es el tipo de cosa con la que uno se confunde, Carlton.

—Bueno, somos gemelos. En la escuela siempre nos confundían.

—¿Te acostaste con alguna de las hermanas del gobernador?

—Que yo sepa, no.

—Entonces...

—¿No crees que, si realmente estuviera embarazada, habría venido a buscarte? Los millones que ganas en el hospital le asegurarían una buena pensión a ese niño.

—No creo que Cora me buscaría por dinero.

—Yo tampoco pensaba eso de mi exesposa y ya viste cómo terminó mi divorcio...

—No sé... —Le pasé la botella de cerveza vacía al barman, esperando otra.

—¿De verdad crees que es posible?

—Tuvimos sexo...

—Yo me he acostado con cinco en las últimas dos semanas.

—No soy como tú, Carlton.

—Estar soltero tiene sus ventajas.

—Lo sé.

—Entonces, deja de preocuparte. Si esa mujer realmente estuviera embarazada, habría venido a decírtelo.

—Sí...

¿O tal vez no?

Convivir con Cora me había demostrado que podía ser terca en algunos aspectos y que no cedía fácilmente.

—Vamos a celebrar mi victoria en el tribunal hoy. —Mi hermano levantó su copa, esperando que brindara con él.

—¡Felicidades!

—Gracias.

Las preguntas no dejaban de dar vueltas en mi cabeza, pero no volví a hablar del tema con Carlton. Era probable que mi hermano nunca entendiera lo que todo eso significaba para mí.

Había dejado Fredericksburg con el miedo de que algo terrible le pasara a mi madre y no volver a verla con vida, pero eso no significaba que, al irme, hubiera dejado todo atrás.

Por breve que hubiera sido mi relación con Cora, fue intensa. Pero, ¿tanto como para haberla dejado embarazada? Esa duda me estaba carcomiendo por dentro.

Después de pasar algunas horas con mi hermano, por fin pude volver a mi apartamento y estar solo. Nunca tuve intención de vender

mi casa. Odiaba siquiera la idea de que pareciera que intentaba deshacerme de lo que viví con Nicolý, aunque a veces los recuerdos todavía dolían.

Además de ser mi esposa, ella fue una gran amiga, y casi podía escuchar su voz susurrándome al oído que no dejara esto así.

Necesitaba respuestas, y parecía haber una sola manera de encontrarlas.



Cora
Collins

Capítulo treinta y siete

—¿Cómo está mi bebita hermosa? —Melissa se acercó a mí por la mañana cuando llegué aquel viernes a trabajar.

—¿Tuya? —Fruncí los labios.

—Ya que no seré madre, estoy viviendo esa experiencia a través de ti.

—Nada te impide adoptar un niño.

—Excepto la burocracia y los prejuicios, pero ese es un tema para otro momento. —Se encogió de hombros.

—Aparte de los cólicos, Lara está bien.

—Ah, pobrecita... Podrías traerla más seguido, apuesto a que nadie se molestaría en cuidarla un rato.

—Aún es muy pequeña para que todos en el pueblo la carguen.

—¿Eso o no quieres que hablen?

—Un poco de ambas. —Tuve que admitirlo.

—Quiero estrangularte cada vez que recuerdo que estuviste enredada con el doctor guapo y no tuviste el valor de contármelo.

—Hablemos de otra cosa.

—Sí, huye como siempre.

—Melissa...

—¡Ay, vamos!

—Es complicado.

—¡Claro! —Torció los labios.

—Dejemos la charla y atendamos a los pacientes. Como no tenemos médico, tenemos que encargarnos de todo nosotras solas.

—Sería más fácil si no hubieras echado a Brandon.

—No lo eché.

—Mmm...

—Vamos a trabajar, Melissa. Hablaremos de esto en otro momento.

—Pasé junto a mi amiga y me dirigí al pasillo donde estaba el consultorio en el que atendía a los pacientes.

Me acomodé para empezar las consultas. Primero vino una señora de más de setenta años que se quejaba de dolores en la pierna. Le receté algunos medicamentos y le pedí que se hiciera unos estudios para confirmar el diagnóstico.

Después de ella, llamé al siguiente paciente y me distraje anotando en el expediente.

Estaba perdida en mis pensamientos hasta que giré hacia la puerta y me llevé un gran susto. Primero pensé que estaba soñando, luego que era una alucinación, pero cuando abrió más la puerta, me obligó a mirarlo fijamente.

—Brandon...

—Hola, Cora. —Sonrió, pero yo no correspondí.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte. —Apreté los dientes, completamente a la defensiva.

—Creo que sí.

—Después de que te fuiste, no hay nada más que decir entre nosotros. —Inspiré hondo, sintiendo una extraña sensación en el pecho, como si hubiera reprimido algo en mi corazón por demasiado tiempo.

—Tuve que irme.

—Por supuesto. —Mi tono estaba cargado de ironía.

—¿No era eso lo que querías?

—¡Sí! —Saqué pecho y lo miré con firmeza.

—Pues bien. —Bufó, como si mi respuesta lo hubiera irritado.

—Entonces no debiste volver. Como ves, este pueblo está muy bien sin ti. No necesitamos a un médico arrogante.

—No volví por el pueblo. —Su tono firme me desconcertó y mi corazón latió más rápido.

No quería alimentar ninguna esperanza, pero aquella sensación fue más intensa de lo esperado.

—¿Ah, no? —Intenté mantenerme firme.

—No.

—Entonces, ¿por qué volviste?

—¿Dónde está ella?

—¿Ella? —Mi mente se llenó de dudas aún más grandes.

Por un momento, todo lo que quería era escuchar que había vuelto por mí, que después de todo ese tiempo aún pensaba en mí. Pero ese pequeño castillo de ilusiones se derrumbó en un instante.

¡Ilusa! Todos son iguales...

—Sí.

—Melissa debe estar atendiendo a algún paciente...

—¡Deja de darme vueltas, puta madre! —Golpeó la mesa con la mano, irritado, tomándose completamente por sorpresa.

—¿Quién te crees para gritarme? —Apreté los dientes.

—¿Me ocultaste o no a una hija?

—¿Qué? —El impacto de su pregunta me dejó en shock. No tenía idea de cómo Brandon había llegado a esa información. Afortunadamente estaba sentada, porque de lo contrario habría tambaleado hacia atrás.

—Quiero la verdad, Cora.

—¿Qué verdad?

—¿De verdad estuviste embarazada de mí?

Tragué en seco y me pellizqué.

¿Qué clase de pesadilla era esta?

—¿Quién te dijo eso?

—No importa. Solo quiero saber la verdad. Porque parece que no solo las relaciones es lo que te gusta esconder.

—Solo estábamos teniendo sexo.

—¡Al diablo con eso! —Se mostró aún más furioso.

—¡Basta! —Me puse de pie y fui a cerrar la puerta. —Dentro de poco toda la clínica va a escuchar tus gritos.

—Me da igual, que se entere todo el pueblo.

—Pensé que te gustaba ser un poco más discreto.

—No me importa la discreción en este momento. —Apretó los dientes con más rabia. —¿Tengo que ir preguntando por todo el pueblo hasta que alguien me diga si estuviste embarazada este último año o no?

—¿Y quién dice que es tuyo? —Estaba harta de su actitud y terminé soltándolo sin pensar. Me arrepentí de inmediato.

—¿Vas a inventarte esto ahora?

—No tienes derecho a entrar aquí y exigirme explicaciones como si tuvieras toda la razón solo porque escuchaste algo en algún lado.

—¿Y quién tiene razón? ¿Tú?

—Te fuiste, Brandon.

—Ya te dije que tuve que hacerlo.

—Entonces, vuelve a Dallas. No hay nada para ti aquí. —Señalé la puerta, molesta.

—No es tan simple. —Negó con la cabeza, como si hubiera recibido un golpe que lo dejó aturdido.

—Vuelve allá.

—Esta conversación no ha terminado.

—Sí, sí terminó.

Me lanzó una última mirada de furia antes de salir del consultorio, cerrando la puerta con tanta fuerza que casi la arranca de las bisagras.

No pasó ni un minuto antes de que Melissa entrara con una expresión de asombro, revisando el lugar para asegurarse de que nada hubiera quedado destruido tras el huracán que acababa de pasar.

—¿Qué demonios acaba de pasar aquí?

—Yo... —Retrocedí unos pasos y me apoyé en la mesa. —Creo que se enteró.

—¿Se enteró de qué?

—De Lara.

—¡Por fin se lo dijiste!

—No fui yo.

—Entonces, ¿cómo...?

—Ni idea, pero este es un pueblo pequeño.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé todavía.

Mi amiga me observó en silencio por un momento, hasta que notó lo afectada que yo estaba.

—¿Quieres un vaso de agua? Creo que tengo un calmante en mi bolso.

—Solo el agua es suficiente.

—Está bien.

De todas las formas en las que imaginé el regreso de Brandon al pueblo, ninguna se acercó a esta.

Durante el último año había deseado verlo, pero no podía admitirlo ni ante él ni ante mí misma. Y con Lara en juego, todo se volvía aún más complicado.



Brandon
Hanks

Capítulo treinta y ocho

Salí de la clínica bufando como un perro rabioso. Tenía ganas de patear todo a mi paso, pero tuve que detenerme un momento y respirar varias veces para no cometer una estupidez. Definitivamente, no era así como esperaba encontrarme con Cora después de un año sin verla.

¿Por qué esa mujer tenía que poner a prueba todos mis límites?

Caminé varias cuadras hasta llegar a la cafetería del pueblo. Me senté en un banco rojo cerca de la pared y me incliné, cruzando los brazos sobre la mesa de madera.

—Hola. —Una mesera se acercó con un pequeño bloc de notas en la mano para tomar el pedido. —¿En qué puedo...? ¡Ah! Doctor Hanks, no sabía que había vuelto al pueblo.

No tenía la menor idea de quién era, pero ella sí me reconoció. Cosas de los pueblos pequeños, donde todos saben todo de todos, y eso era una verdadera molestia.

—Un café expreso.

—¿Algo para comer?

—Solo eso... —Estaba de mal humor y no tenía ganas de hablar, pero entonces recordé que el hecho de que el pueblo supiera todo de todos no era tan malo en ese momento. —¿Cómo te llamas?

—Summer, señor.

—Ah, claro. —Forcé una sonrisa. —Summer, imagino que sabes algo sobre los Collins.

—Son la familia más rica y famosa del pueblo.

—Por supuesto, ya había escuchado de ellos.

—Seguro sabe que el gobernador de Texas nació aquí y es un Collins.

—Imagino que deben estar muy orgullosos.

—La familia siempre ha sido muy generosa con la comunidad.

—Me lo imagino. Escuché que Cora Collins tuvo un bebé...

—Sí, Lara. La niña es adorable, al menos en la foto que vi. Cora es muy reservada. Pero, ¿ya vio a la hija del gobernador? Es pelirroja, igual que la madre. Hablando de eso, yo vivo en la misma calle que los padres de la primera dama, ¿puede creerlo? Hasta podríamos ser amigas...

La mesera siguió parloteando sobre los Collins, pero todo lo que dijo después dejó de interesarme.

—Solo el café —interrumpí su charla.

—Ah, claro, ahora se lo traigo.

—Espera un momento. —La llamé antes de que se alejara.

—Sí.

—¿Cora se casó? Perdón por la pregunta, pero trabajamos juntos y me dio curiosidad.

—No, doctor.

—Entonces, ¿quién es el padre de su hija?

—Nunca lo ha dicho. Es casi un secreto de Estado. —Se rió un poco y se inclinó hacia mí para susurrar, como si fuera a contarme un chisme. —Pero las malas lenguas dicen que el padre es usted y que se largó apenas supo que estaba embarazada para no hacerse cargo. Una locura, ¿no?

—Completamente.

—No tiene idea de cómo habla este pueblo.

—Ya lo creo.

—¿También quiere unas rosquillas? Acaban de salir del horno.

—Tráemelas.

—Enseguida.

La mesera finalmente se fue, y saqué mi celular del bolsillo.

Brandon:

Voy a necesitarte.

Carlton:

Aquí estoy. Dime qué pasa.

Brandon:

Como abogado.

Carlton:

Espera, ¿qué pasó? ¿Te está demandando la familia de algún paciente? Solo dime que tu seguro de mala praxis está en orden antes de que me meta en esto. No es que tenga miedo de perder, pero nunca se sabe.

Brandon:

No tiene nada que ver con eso.

Es Cora.

Carlton:

¿Al fin apareció pidiéndote la pensión alimenticia?

Mierda, lo siento. Puedo intentar negociar una cantidad, pero si la niña realmente es tuya, no hay manera de evitarlo. Es de las pocas cosas en las que los jueces no ceden.

Brandon:

Esa perra ni siquiera tuvo el valor de decirme que tenía una hija.

Me lo confirmó una mesera. La escondió de mí.

Carlton:

Eso cambia las cosas.

Si no quiere nada de ti, mejor aún. No es tu problema.

Brandon:

¿El divorcio te frió el cerebro, maldito estúpido?

Carlton:

Oye, tranquilo con el tono.

Brandon:

Me importa una mierda si tengo que pagar o no. Quiero a mi hija.

Carlton:

¿Estás seguro?

Brandon:

Por supuesto. ¿Por qué no la querría?

Carlton:

He tenido clientes que no estaban interesados.

Brandon:

¿Puedes ayudarme o no?

Carlton:

Puedo, pero tengo que analizar la situación.

Brandon:

Haz lo que sea necesario.

Carlton:

Será más fácil hacer valer tus derechos y convencer a cualquier juez si Cora admite que la niña es tuya.

Brandon:

¿Y si no lo admite?

Justo cuando envié la pregunta, la mesera regresó y dejó una taza de café frente a mí, junto con un plato lleno de galletas redondas que parecían realmente buenas.

—Si necesita algo más, solo dígamelo. —Me guiñó un ojo.

No le presté la menor atención y volví a concentrarme en mi celular. Esa conversación con mi hermano podría definir el resto de mi vida.

Carlton:

Ahí se complica la cosa.

Brandon:

Pedimos una prueba de ADN.

Carlton:

Ella podría negarse a hacerla. Según la ley, nadie está obligado a generar pruebas en su contra.

Brandon:

Pero estamos hablando de una bebé que aún no puede decidir por sí misma.

Carlton:

Ella es la madre y la responsable.

Brandon:

¿Y qué hacemos si no acepta la prueba de ADN?
Conociendo a Cora, es muy posible que hiciera todo lo posible para ponérmelo difícil.

Carlton:

Buscar testigos que confirmen que ustedes estuvieron juntos durante el tiempo en que ella pudo haber quedado embarazada.

Brandon:

Nadie nos vio.

Carlton:

¿En un pueblo pequeño como ese?

Brandon:

Ella no quería que nos vieran juntos.

Carlton:

Jajaja. Ya estás grande para tener sexo a escondidas.

Brandon:

No me lo recuerdes.

Carlton:

Eso solo empeora tu situación. Sin su palabra confirmando que la niña es tuya ni testigos que respalden la relación, no tienes ninguna posibilidad de obtener derechos sobre la niña.

Brandon:

¿No vives diciendo que eres el mejor? Ahora necesito que lo demuestres.

Carlton:

Tengo algunas opciones, pero este tipo de casos pueden alargarse durante años.

Brandon:

¿Años? ¿Hablas en serio?

Carlton:

Es un tema delicado, hermano.

Brandon:

Solo quiero poder estar en la vida de mi hija.

Carlton:

Veré qué puedo hacer.

Brandon:

Gracias.

Carlton:

Pero si aceptas mi consejo como abogado, lo mejor es llegar a un acuerdo con ella fuera de los tribunales.

Brandon:

Gracias por la información.

Carlton:

Cualquier cosa, aquí estoy.

—¡Mierda! —solté un insulto al guardar el celular.

Hablar civilizadamente era algo que Cora y yo parecíamos incapaces de hacer, pero eso no significaba que fuera a rendirme. No pensaba quedarme fuera de la vida de mi hija.



Cora
Collins

Capítulo treinta y nueve

—¿Dónde está ella?

Subí corriendo los escalones de la casa y atravesé el pasillo hasta la escalera que llevaba al segundo piso, donde estaba mi habitación.

Abrí la puerta de golpe, casi arrancándola, y mi corazón solo se calmó cuando encontré a mi hija dormida plácidamente en su cuna.

—¿Qué pasó, Cora? —Mi madre entró detrás de mí, queriendo saber el motivo de mi agitación.

—Solo quería asegurarme de que estaba bien. —Tomé a mi hija en brazos, acunándola contra mi pecho.

El movimiento repentino hizo que la bebé despertara y empezara a llorar.

—Oh, mi amor...

—¿Por qué tanto escándalo, Cora?

—Shhh... Está todo bien.

—Hija... —insistió mi madre, pero solo me giré para hablar con ella cuando mi hija dejó de llorar.

—Brandon...

—¿Su padre?

—¡Mamá! —gruñí, para que no dijera eso en voz alta.

—¿Qué pasa con él?

—Apareció hoy en la clínica.

—¡Qué buena noticia!

—No tiene nada de bueno.

—¿Cómo que no, Cora? Que haya vuelto es una gran señal.

—No lo es, mamá. —Me mordí el labio y estreché aún más a mi bebé contra mí.

El miedo de que algo pudiera suceder me carcomía.

—Alguien le dijo que estaba embarazada y apareció furioso, gritando y exigiendo saber dónde estaba ella.

—¿Y se lo dijiste?

—Por supuesto que no...

—Hija...

—Es mi bebé, mamá. ¿No entiendes que tengo miedo de que intente hacer algo? —Besé a Lara en la cabeza mientras dormía tranquilamente en mis brazos.

—¿Qué podría hacer?

—Intentar llevársela a Dallas.

—No va a salir de aquí, querida.

—¡Exacto! ¡No va a salir! —afirmé, con más fuerza.

—¿Quieres dejarla conmigo para que puedas cambiarte y darte un baño? —Extendió los brazos. —Relájate un poco, hija, todo está bien.

—Está bien... —Suspiré y terminé dejándole a mi hija en brazos. Mi madre la volvió a acostar en la cuna. —Cuídala.

—No te preocupes.

Fui al clóset y tomé ropa limpia antes de entrar al baño. Me di una ducha rápida; de todas formas, sería difícil que pudiera calmarme después de lo que había pasado.

Independientemente de cómo Lara hubiera llegado a este mundo, ella era lo más importante en mi vida, y ahora sería aún más feroz para protegerla.

Cuando salí del baño, me encontré con Liam apoyado en la pared del pasillo, mirándome como si me estuviera esperando.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien esperándote en la sala. Papá me pidió que te avisara.

—¿Quién es?

—Creo que el doctor ese con el que tú...

—Será mejor que no termines esa frase. —Levanté la mano y apreté los dientes.

—Okay... ¿Le digo que bajas?

—Échalo.

—¿No quieres hablar con él?

—No tengo nada que decirle a ese tipo.

—Si fue un imbécil contigo, puedo darle una paliza y luego Malcon me cubre.

—No... —Me sorprendió que mi hermano estuviera dispuesto a golpearlo. —Solo sácalo de aquí.

—Como quieras. —Se encogió de hombros.

—Gracias.

Mi hermano bajó de nuevo a la sala y yo volví al cuarto, donde mi madre seguía con mi hija.

—¿Subió a verla? —pregunté, preocupada.

—No.

—Mejor así.

—Cora...

—Gracias, mamá. —La interrumpí antes de que intentara convencerme de hacer algo distinto. —Ya me quedo con mi hija. Debe estar por despertarse para comer.

—¿Estás segura de que no quieres hablar con él?

—Segura.

Mi madre terminó asintiendo y salió del cuarto, dejándome a solas con Lara.

Independientemente del verdadero motivo por el que Brandon había vuelto al pueblo, eso era suficiente para traer una tormenta a mi vida.



Brandon
Banks

Capítulo cuarenta

El señor Collins estaba en un rincón de la sala, mirándome con una expresión seria mientras yo permanecía de pie en la entrada, esperando para hablar con Cora.

Sentía que mi hija debía estar en algún lugar de esa casa y mi primer instinto era salir a buscarla, pero la pared llena de escopetas me hizo pensarlo dos veces antes de empezar a revisar sin permiso.

Uno de sus hermanos bajó las escaleras y se acercó a mí.

—Es mejor que te vayas.

—¡No! No me iré de aquí sin hablar con ella.

—Ella no quiere hablar contigo.

—No me importa.

—Baja la voz. —Avanzó hacia mí y sacó el pecho. —Sal de mi casa.

—¡Liam! —El hombre mayor intentó calmar a su hijo.

—Cora ya dijo que no quiere hablar con él.

—Tienen que resolver esto.

—Sí, tenemos que hacerlo.

—Papá, ella no quiere hablar con este tipo.

—Quédate aquí. —El hombre se quedó donde yo estaba y subió por las escaleras, por donde había bajado su hijo.

El hecho de que fuera a buscarla me dio algo de esperanza de que al menos pudiera hablar con Cora. Esa situación me estaba sacando de quicio. Después de la conversación con mi hermano, estaba aún más preocupado hasta dónde podría llegar todo esto.

Esperé. Pasaron varios minutos que se sintieron como una eternidad hasta que el hombre bajó acompañado de su hija. Cora tenía los brazos cruzados y una expresión de mal humor. No tenía idea de lo que él le había dicho, pero al menos había bajado, y eso era suficiente para que me sintiera agradecido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó.

—Quiero ver a mi hija.

—No sé de dónde sacaste eso.

—Todo el pueblo está hablando de ello.

—Deberías aprender a creer menos en lo que dice la gente. —Siguió con los brazos cruzados y una postura rígida, inquebrantable.

—¿Incluso cuando lo dice tu hermano?

—¡Liam! —Se giró hacia el tipo que estaba en la sala, y él dio un paso atrás.

—¡Ey! —Levantó las manos en señal de que se calmara. —No tengo nada que ver con esto.

—Vi al gobernador en el hospital donde trabajo.

—Ah, Jackson... —Suspiró. —Solo estaba molesto.

—No puedes hacer esto, Cora.

—¿Hacer qué? Fuiste tú quien se fue.

—Tuve que irme.

—¡Ah, claro!

—No importa. Solo quiero ver a mi hija. ¿Puedo?

—Ya te dije que no tienes hija.

Di un paso hacia ella, apretando los dientes mientras la furia me consumía.

—¿Por qué no dices de una vez la maldita verdad?

—Como si pudieras venir aquí y exigir lo que se te antoje.

—¡Basta, los dos! —El señor Collins se interpuso entre nosotros, deteniendo la discusión al menos por unos instantes.

—Papá...

—¿Por qué te fuiste? —El hombre se giró hacia mí y exigió una respuesta. No quería hablar de eso porque no quería que mi argumento fuera la lástima, pero si estaba exigiéndole a ella la verdad, lo justo era hacer lo mismo.

—Mi madre se enfermó. Problemas del corazón.

—Y volviste...

—Por mi hija.

—¿Ves? Si no fuera por eso, nunca habría vuelto —arremetió Cora.

—¡Cora!

—¡Por favor, papá!

—Él tiene derecho, hija.

—Hemos cuidado de Lara todo este tiempo sin su ayuda.

¿Eso era una confesión?

—Porque tú quisiste —aseguré.

—Lárgate, doctor.

—No sabía que estabas embarazada. Pudiste haberme llamado, pero no. Eres asquerosamente orgullosa.

—En eso tengo que darle la razón —murmuró su hermano.

—¡Cállate, Liam!

—Vamos a dejarlos hablar. —El padre llamó a su hijo para que nos dejaran solos.

—Lo que van a hacer es matarse. —Se rió, pero su padre lo sujetó del brazo y lo obligó a subir con él al segundo piso.

Cuando quedamos cara a cara, respiré hondo e intenté calmarme para que nuestra conversación no se saliera de control otra vez. Siempre había sido un hombre de carácter fuerte, pero esa mujer tenía el don de hacerme perder el equilibrio en cuestión de segundos.

—Quiero verla.

—No.

¡Mierda! Me mordí el labio inferior para no gritarle.

—Es mi hija, Cora. No quiero tener que recurrir a una orden judicial para verla.

Ella retrocedió un paso y entrecerró los ojos aún más, haciéndome notar de inmediato que había dicho las palabras equivocadas.

—Cora...

—¿Así que para esto viniste? ¿Para arrancarme a mi hija? Vas a tener suerte si sales de aquí sin que los perros del rancho te muerdan ese culo flaco.

—No es lo que quise decir...

—Pues es exactamente lo que pareció.

—Solo quiero que me escuches.

—Te estoy oyendo, y no me gusta nada esto.

—Oír es una cosa, escuchar es otra.

—No te la vas a llevar a Dallas.

—Está bien, pero ¿puedo verla ahora?

Cora me sostuvo la mirada durante largos segundos. Podía ver en sus ojos verdes, los mismos que tanto me habían fascinado, a la leona que luchaba por rugirme. Sin embargo, probablemente las palabras de su padre la hicieron reconsiderar.

—Está dormida ahora, no es bueno despertarla.

—Prometo ser silencioso.

—Perfecto.

Cora se dio la vuelta y subió las escaleras. No pregunté nada, solo la seguí. No quería tentar a la suerte ni darle tiempo para cambiar de opinión. Nada dentro de mí vibraba más que la expectativa de conocer a mi hija.

—¿Cora? —Una mujer rubia de mediana edad se giró hacia nosotros cuando nos acercamos a la puerta de la habitación.

—Está todo bien, mamá.

—Si necesitan algo, solo llámenme.

Cora asintió y la mujer salió del cuarto, dejándonos solos.

Eché un vistazo al lugar y enseguida vi la cuna cerca de una de las paredes. Me acerqué directo y me apoyé en el borde, mirando hacia dentro.

—Hija...

Moría por conocerla, pero la sensación que me invadió en ese momento fue completamente inesperada.

Tan pequeña, tan delicada...

Era solo un bebé, pero las emociones intensas que despertó en mí hicieron que mis ojos se llenaran de lágrimas.

Después de perder a mi esposa, había creído que momentos como este ya no sucederían. Me enfoqué tanto en mi trabajo que dejé de preocuparme por cualquier otra cosa.

Me incliné un poco más sobre la cuna y rocé su pequeño rostro con los dedos. La bebé abrió los ojos y me miró, esbozando una leve sonrisa desdentada, como si me reconociera.

—Hola, mi amor.

Bajé la mano y ella agarró mi dedo con su diminuta manito, envolviéndolo con fuerza. Era más perfecta de lo que podía describir.

—Creo que ya puedes irte ahora.

—No. —Mi respuesta fue firme.

—Es hora de que duerma.

—He estado demasiado tiempo lejos de ella.

—Brandon...

—No debiste hacer esto. —Me giré hacia ella, más serio.

—¿Tener a mi hija?

—Esconderla de mí.

—Escucha bien. —Sacó pecho, desafiante como siempre. —Fuiste tú quien desapareció, quien se fue...

—Sí, me fui, pero ni siquiera respondiste mis mensajes.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—¡Porque estabas embarazada, maldita sea!

Elevé un poco la voz y terminé despertando a mi hija, que empezó a llorar en la cuna.

—¿Ves lo que acabas de hacer? —Cora se inclinó y la tomó en brazos, acunándola con suavidad.

—No ayudas en nada. —Di unos pasos hacia atrás y metí las manos en los bolsillos.

—¿Solo volviste por ella?

—¿Preferirías que no hubiera regresado?

—¿Tú qué crees? —Mantuvo su expresión seria mientras volvía a inclinarse para acostar a la bebé en la cuna, que enseguida se tranquilizó y volvió a dormirse.

—No puedes actuar así.

—¿Ah, no? —Cruzó los brazos.

—No la hiciste sola.

Cora resopló, pero no dijo nada más.

¿Por qué podía ser una mujer tan hermosa, y al mismo tiempo, tan difícil de tratar?

Había pensado en ella cada día del último año, preguntándome si el destino volvería a juntarnos. Ver a mi hija parecía la respuesta a ese sentimiento que tanto me atormentaba.

—Tal vez debí regresar antes.

—Sí, tal vez...

—Cora. —Di un paso hacia ella y ella retrocedió dos. —¿Podemos hablar?

—Ya estamos hablando.

—Racionalmente.

—Mi cerebro sigue aquí, neurocirujano.

—Y tus defensas también.

—¿Qué? —Frunció el ceño, sin entender a qué me refería.

—No bajas la guardia nunca.

—No tengo razones para hacerlo.

—¿Todo esto es por mi culpa?

—¡Sí! —Se irguió aún más.

—¿Estás segura?



Cora
Collins

Capítulo cuarenta y uno

Brandon me sujetó por los brazos y me obligó a mirarlo con aún más firmeza. Me estremecí por completo con su agarre. Todos los días me repetía que no me importaba ese hombre, que lo mejor que había hecho era alejarse y dejarme sola con mi hija. Pero bastó con que me tomara de esa forma para que toda mi fachada de dureza empezara a desmoronarse, y eso me hacía enojar aún más conmigo misma.

—Querías hacer que me fuera desde el primer momento...

—No necesitaba a un médico arrogante dando órdenes en mi pueblo.

—Eso suena egoísta de tu parte.

—¿Egoísta?! —Abrí aún más los ojos ante su elección de palabras.

—Sí. Privando a las personas de una mejor atención solo porque no podías soportar estar cerca de mí.

—No es eso.

—¿No? —Se acercó más, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron, haciéndome aún más difícil mantenerme firme.

—Estaba preocupada.

—¿Por quién?

—¿Cómo que "por quién"?

—Responde, Cora. —Apretó mis brazos con más fuerza.

Inspiré hondo, buscando aire para continuar con la discusión, pero toda mi voluntad se traicionaba con esa cercanía.

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún sonido.

—¡Habla! —Presionó aún más sus dedos contra mis brazos mientras su boca se encontraba a milímetros de la mía.

Por más contradictorio que fuera, solo podía pensar en cuánto deseaba que acabara con esa distancia y uniera nuestros labios de inmediato.

—¡Suéltame! —Me impulsé hacia atrás y solo logré chocar mi espalda contra la pared.

Brandon me sostuvo, levantándose y presionándose contra la superficie.

—¿Qué crees que estás hacien...?

Mi frase se cortó con el beso que me dio. Antes de que pudiera repetir que no quería eso, su lengua ya estaba en mi boca, enredándose con la mía y encendiéndome por completo. Sus manos firmes descendieron, sujetando mis muslos para darme más estabilidad mientras nos besábamos.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared cuando su boca descendió por mi cuello, dejando un rastro de escalofríos que solo lograban acelerar mi corazón y despertar una necesidad aún más urgente en mí. Desde que se había ido, no había vuelto a sentir ese deseo desesperado.

¡Aléjate!

Ese fue el último grito de protesta en mi mente mientras la boca de Brandon bajaba hasta el escote de mi blusa y yo solo podía pensar en cuánto deseaba que descendiera un poco más. Quería sus labios ahí... ¡Dios! En todo mi cuerpo.

Brandon me bajó al suelo, llevó las manos al dobladillo de mi blusa y estaba a punto de quitármela cuando lo empujé por los hombros.

—¿No quieres? —Rozó su barba contra mi cuello, subiendo hasta mi oído, y el vello de mi piel se erizó como si me hubiera recorrido una corriente eléctrica.

Negué con la cabeza.

—Entonces dime que no me quieres.

—¡No te quiero! —Volví a inflar el pecho, reuniendo toda la fuerza que aún me quedaba.

—Está bien. —Brandon se alejó, dio unos pasos hacia atrás y me miró como si fuera a acatar mis palabras.

Esa mirada me hizo estremecer y me sentí traicionada por mi propia necesidad otra vez.

—Yo...

—¿Tú qué? —Su tono volvió a ser firme.

Tragué saliva y extendí la mano, sujetándolo del brazo.

No tuve que decir nada para que Brandon volviera a lanzarse sobre mí. Mi espalda volvió a chocar contra la pared, esta vez con más fuerza, haciendo temblar la habitación.

Me besó de nuevo, con más agresividad, mordiendo y presionando mis labios mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Selló cada una de mis curvas con sus palmas, encendiéndome, y mi ropa parecía hecha de papel, algo que fácilmente podría arrancar.

Durante mucho tiempo había pensado en cómo sería reencontrarlo. Sin embargo, me había mentido a mí misma diciéndome que ya no habría ese mismo deseo desenfrenado de antes.

Brandon me sujetó por la cintura y me giró, haciéndome quedar de espaldas a él. Apoyé las manos en la pared, sacando el culo en un movimiento casi involuntario y sintiendo la erección en sus pantalones.

Me tomó del cabello, lo echó hacia un lado y mordió mi cuello. Tuve que apretar los labios para no dejar escapar un gemido. Con la otra mano, sujetó mi pecho y luego descendió hasta la cintura de mi short, metiendo los dedos dentro y avanzando más allá de mi tanga.

El desgraciado seguía envolviéndome en un deseo que no podía evitar. Su mano continuó explorando, y cuando me di cuenta, ya estaba tocándome, estimulando mi clítoris con la punta de sus dedos.

Hice lo posible por no gemir, mientras mi cuerpo se frotaba contra él, suplicando en silencio por sentir su piel contra la mía.

—¡Hija! —La voz de mi madre sonó tras la puerta, y empujé a Brandon con todas mis fuerzas, logrando que apartara la mano de mi entrepierna.

—¿Sí? —Intenté recomponerme.

—¿Está todo bien con ustedes?

—Sí.

—¿Puedo entrar?

—Adelante —respondí, y Brandon se acercó a la cuna, como si el mueble pudiera ocultar su erección y lo que estábamos haciendo.

Mi madre abrió la puerta y se quedó al lado de él, observando a la bebé, igual que Brandon.

—Es hermosa mi nieta.

—Demasiado. —Él asintió.

—Tiene tus ojos. —Se giró hacia Brandon con una sonrisa.

—¡Mamá! —la reprendí.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

—Gracias, señora Collins. —Brandon le sonrió.

—Es tan linda...

—Sí....

—Creo que ya es hora de que te vayas —dije, cuando me di cuenta de que la situación se me había ido completamente de las manos.

—¿Por qué no lo acompañas hasta afuera?

—¡Mamá!

¿De qué lado estaban mis padres?

—Ven conmigo. —Brandon hizo un gesto con la cabeza, reforzando la sugerencia de mi madre.

Negué y miré a mi hija, que seguía dormida en la cuna.

—Yo la cuido —aseguró mi madre.

En el fondo, no era miedo a dejarla sola por unos minutos lo que me detenía, sino el hecho de quedarme a solas con Brandon. Después de lo que acababa de pasar antes de que mi madre nos interrumpiera, estaba segura de que ese deseo salvaje e incontrolable seguía ardiendo en mí.

—Pero...

—Anda, hija —insistió, empujándome con su tono.

Fingí una sonrisa forzada y seguí a Brandon fuera del cuarto. La sala estaba vacía, pero tenía la sensación de que mi padre y mis

hermanos estaban en algún lado, observándome y analizando mis reacciones.

Salimos de la casa y noté el auto estacionado afuera.

—Ese no es el mejor vehículo para los caminos de aquí.

—Es lo que tengo, y fue la forma más rápida de venir cuando supe de mi hija.

—Entiendo...

—Cora... —Se acercó de nuevo, obligándome a retroceder otra vez.

—Es mi hija.

—No tengo por qué hacerme una prueba de ADN.

—No fue una pregunta.

Tragué saliva cuando sus palabras me atravesaron con dureza.

—Está bien.

—Solo estoy pidiendo formar parte de su vida.

—¿Para qué?

—¿Cómo que "para qué"? —Me miró, sorprendido por mi pregunta.

—Se va a encariñar contigo y luego la vas a abandonar.

—¡Por supuesto que no!

—Eso dices ahora. —Intenté alejarme, volviendo a la puerta, pero me sujetó de la muñeca, impidiéndome ir demasiado lejos.

—No es solo ahora.

—¡Claro que sí!

—Cora, ¿qué es lo que te asusta y no quieres decirme?

—No tengo miedo de nada.

—¿De verdad?

Retrocedí, y mis movimientos corporales no ayudaban en nada a respaldar las palabras que salían de mi boca.

Me senté en una de las sillas del balcón, la misma que solía ocupar mi padre, y Brandon hizo lo mismo.

—Hubo un hombre al que amé.

—¿Quién?

—Ya no importa.

—Importa lo suficiente como para que estés actuando así conmigo.

Sentía que era algo demasiado íntimo y doloroso para contarle en ese momento, pero los ojos de Brandon no se apartaban de los míos, y parecía obvio que no me dejaría en paz hasta obtener la información que quería.

—Cora... —insistió Brandon.

—Crecimos juntos. Vivía aquí en el pueblo y yo creía que nos casaríamos.

—¿Y...?

—Se fue.

—¿Cuándo?

—Hace bastante tiempo. Todo el pueblo me miró como si fuera una pobre infeliz abandonada. Pensé que tardarían toda una vida en olvidar aquel incidente.

—¿No querías que nos vieran juntos porque temías que yo hiciera lo mismo? —Parecía reflexionar al respecto.

—¡Y tú lo hiciste!

—Mi madre estaba enferma. ¿Cómo querías que actuara?

—Que me avisaras.

—¡Lo intenté! Fuiste tú quien no quiso escuchar.

—Pero no volviste.

—Estoy aquí ahora, ¿o no? —Infló el pecho, de la misma forma en que yo lo hacía cuando intentaba convencer a alguien de mi punto de vista.

—¿Y habrías vuelto si no fuera por la bebé?

Brandon se inclinó aún más, haciendo que yo me echara hacia atrás, sin estar preparada para lo que iba a decir.

—En el momento en que me hubieras dicho que me querías aquí.

—Estás diciendo eso sin pensarlo.

—¿Eso es lo que quieres creer?

No respondí a su pregunta. Solo me puse de pie, bajé los escalones del balcón y caminé por el césped hasta subir la colina que llevaba al prado del este. Había pasado demasiado tiempo rumiando el hecho de haber sido abandonada, y tal vez Melissa tenía razón: había construido barreras a mi alrededor para protegerme de volver a sentirme así. Pero no fue suficiente.

Aunque el resto del pueblo ya no me miraba como en aquel entonces, seguía sintiendo que Brandon me había dejado atrás.

—¡Cora! —me llamó, antes de tomarme del brazo. Vi el brillo de un relámpago detrás de sus hombros, iluminando aún más sus ojos.

—Estoy aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que tú quieras.

Brandon me atrajo hacia él de nuevo, y en el instante en que mi mano se apoyó en su pecho, la lluvia comenzó a caer.

Las gotas resbalaban por nuestro cabello y empapaban nuestra ropa, pero no fue suficiente para hacernos retroceder. Cuando volvió a rodearme con sus brazos, el frío de la noche no bastó para apagarme.

Con la ropa mojada, cada una de sus caricias y roces solo avivaban aún más mi deseo. Nuestras lenguas se entrelazaron, y Brandon deslizó una de sus manos dentro de mi pantalón. Me moví contra ella antes de sentir sus dedos explorándome. El deseo ardía en mí, creciendo sin control.

—Déjame llevarte al pueblo—susurró contra mi oído, con ambas manos bajo mi ropa.

Cuando sus dedos avanzaron hacia mi sexo, fue completamente imposible comportarme o pensar con claridad.

—No.

—Cora...

—Podemos quedarnos aquí.

Apreté la tela de su camisa polo y lo atraje para otro beso, aún más intenso que los que habíamos compartido esa noche.

Mi cuerpo estaba en llamas. Solo podía pensar en la necesidad que despertó en mí al tocarme después de aquel largo año.

Brandon besó mi cuello mojado, y el frío de la lluvia solo intensificó los escalofríos que recorrían todo mi cuerpo. La razón no podía hacerle frente al deseo en ese momento.

Siguió besándome hasta acostarme en la hierba. Nuestras ropas, además de mojadas, se ensuciarían de barro, pero eso estaba muy lejos de ser mi mayor preocupación.

Brandon apoyó una mano a un lado de mi cuerpo, y con la otra volvió a recorrer mi vientre, bajando el elástico de mi short. Sus dedos regresaron justo donde habían estado cuando mi madre nos interrumpió.

Separé más las piernas y me entregué por completo a las sensaciones que provocaban sus caricias. Cada vez que abría la boca para gemir, terminaba tragando algunas gotas de lluvia.

Uno de sus dedos se hundió en mí, entrando y saliendo con un ritmo que solo me hacía desear más.

—Ah... —Hundí mi mano sucia de tierra en su camisa, y el médico, siempre impecable, no pareció inmutarse. Toda su atención estaba en los efectos que sus dedos tenían en mí. —Brandon...

—Te deseo, Cora —murmuró, pero ni siquiera los truenos pudieron ahogar su voz.

—Yo también.

Hubiera sido mentira decir lo contrario. Cada célula de mi cuerpo lo pedía a gritos.

Brandon se colocó encima de mí y tiró de mi ropa interior. Recé para que nadie de mi familia apareciera en ese momento.

Cuando se acomodó entre mis piernas, abrió su pantalón y me penetró.

Apreté sus hombros, acercándolo más a mí. Me entregué por completo a la ola de placer mientras se movía con el ritmo de la lluvia. Deslicé la mano por su nuca y atraje su rostro hacia el mío. Nos besamos, y no pensaba en nada más que en alcanzar el clímax.

El beso tenía el sabor de la lluvia. El anhelo de nuestros cuerpos por unirse nos arrastró hasta que el orgasmo me sacudió por completo. Fue tan intenso que tuve que contenerme para no gemir demasiado fuerte y alertar a mi familia o a los animales de la granja.

Brandon acarició mi rostro y me dio un beso corto.

—Definitivamente, es mejor escucharte gemir que pelear conmigo.

—No es como si no lo merecieras.

—Me estoy portando bien.

—Sí, claro...

Me besó de nuevo, interrumpiendo cualquier protesta.

—Tenemos una hija, Cora. No intentes decirme que no formo parte de esto.

—Puedo cuidarla perfectamente yo sola.

—Quiero estar incluido.

—Aun así...

—¡Cora!

—¿Volverás a trabajar en este pueblo perdido en medio de la nada?

—Eso tiene solución. Dallas no está tan lejos.

—Lara es muy pequeña para una custodia compartida...

—No es solo a nuestra hija a quien quiero.

Su mano bajó por mi muslo, y recordé que todavía estaba desnuda de la cintura para abajo.

—Siempre he cuidado de la gente de este pueblo. No me veo abandonándolos. Ellos...

—Puedo ir y venir.

—¿Cada semana?

—Todos los días.

—Brandon... —Parecía decidido, aunque me costaba creer que no fuera una locura.

Tal vez intentaría al principio, pero con el tiempo terminaría dándose por vencido.

—No estuve aquí cuando pasaste el embarazo.

Abrí la boca, pero solo tragué lluvia. No me dejó responder.

—Ni se te ocurra decir que fue porque me fui.

—Te fuiste.

—Debiste decírmelo.

Respiré hondo.

—Vamos adentro.

Me devolvió la ropa, me vestí y volvimos al balcón, refugiándonos de la tormenta.

Pronto apareció mi madre y nos llamó a casa para que nos calentáramos y tomáramos un té caliente, pero no se atrevió a preguntarnos por qué estábamos empapados.



Brandon
Banks

Capítulo cuarenta y dos

Quería estar en la cama con Cora, durmiendo con ella en mis brazos, pero ya parecía suficiente, por una noche, estar a unas cuantas puertas de ella y de mi hija.

¡Hija!

Todavía era una locura que me dejaba al borde de la desesperación, y al mismo tiempo, la mejor noticia que podría haber recibido después de todas las tragedias de mi vida. Tras haber perdido a mi esposa en circunstancias tan terribles, nunca imaginé que volvería a estar tan involucrado, tan enamorado de otra mujer, mucho menos que sería padre de una niña de apenas unos meses.

Tomé mi celular después de darme una ducha y acomodarme en una de las habitaciones de huéspedes de la casa. La amable señora Collins, mucho más receptiva que su hija, insistió en que me quedara en la hacienda en lugar de salir bajo la lluvia a buscar una habitación

en la pensión del pueblo. Como quería quedarme cerca, ni siquiera consideré rechazar la invitación.

Tenía varios mensajes de mi madre preguntando dónde estaba y otros de mi hermano. Le respondí a ella antes de leer los de él.

Carlton:

¿Encontraste a la bebé?

Brandon:

Es la niña más hermosa del mundo.

Carlton:

¿Apenas la viste y ya te convertiste en un papá baboso?

Brandon:

No me jodas.

Carlton:

¿Y cómo fue ver a Cora de nuevo?

Brandon:

Nada fácil.

Carlton:

Ella te vuelve loco.

Brandon:

En muchos sentidos.

Carlton:

No lo puedo creer, ¡don Juan!

Brandon:

No fue exactamente como estás pensando. No quería tenerme cerca de ninguna manera.

Carlton:

Pero, ¿lograste arreglar la situación?

Brandon:

Sí... o al menos eso creo.

Carlton:

¿Lo lograste o no?

Brandon:

Cora es muy terca.

Carlton:

Me recuerda a alguien que conozco.

Brandon:

Es porque somos hermanos.

Carlton:

Como tu gemelo, es mi deber decirte la verdad.

Brandon:

Lo recordaré.

Carlton:

¿Tienes una foto de mi sobrina?

Brandon:

Voy con calma.

Carlton:

No puedo creer que no hayas tomado ninguna.

Brandon:

Estaba más preocupado por verla que por capturar el momento.

Carlton:

Eso es un punto importante.
¿Dónde estás ahora?

Brandon:

En una habitación de huéspedes en la propiedad de los
Collins.

Carlton:

¿Es más cómoda que la pensión?

Brandon:

Infinitamente.

Carlton:

Entonces tendrás una buena noche.

Brandon:

Mejor que en los últimos años.

Carlton:

Por eso te dejo dormir.

Brandon:

Hasta luego.

Dejé el celular sobre la mesa de noche y me acomodé en el colchón, pensando en cómo había sido el último año. Cuando llegué a ese pueblo, solo quería escapar de mi trabajo, pero cuando volví a casa, ya no tenía nada en qué enfocarme. Como no pude salvar a mi esposa fallecida, intenté llevar esperanza a otras personas.

Era momento de darme una segunda oportunidad.



Cora
Collins

Capítulo cuarenta y tres

Salí del cuarto después de amamantar a Lara por la mañana y bajé a la mesa donde mi familia se reunía para el desayuno.

Mi madre colocó una jarra de leche caliente junto a la cafetera y se giró hacia mí en cuanto me vio. No fue la única, porque mis hermanos siguieron su mirada.

—Buen día, hija.

—Buen dí... —Me cubrí la nariz para evitar que el estornudo se esparciera.

—Parece que alguien pasó demasiado tiempo bajo la lluvia ayer.

—Liam soltó una risita, como si hubiera visto algo, y tuve que contenerme para que mis mejillas no me delataran ante el resto de la familia.

—Tu hermana estaba conversando. —Agradecí la defensa de mi padre.

—¿No podías haberlo hecho en la terraza?

—No te metas, Liam.

Mi hermano se encogió de hombros y tomó un plato, sirviéndose algunas rebanadas de pan tostado, tocino y huevos revueltos.

—Buenos días, Collins.

Me estremecí al escuchar la voz de Brandon detrás de mí. Me había resignado tan rápido a la idea de que nunca volvería a verlo que aún me resultaba extraño encontrarlo allí. Una parte de mí solo quería lanzarse a sus brazos y no soltarlo nunca más, pero estaba claro que no sería tan fácil.

—Hola, Brandon. —Mi madre lo recibió con total amabilidad.

—Oye, ¿este no es el tipo que dejó embarazada a Cora? —Liam intervino en la conversación, dejándole claro que no necesitaba tanta simpatía.

—Es más complicado que eso, hijo —respondió ella, recordándome que me entendía mejor de lo que yo pensaba.

Mis padres me habían preguntado sobre el padre de mi hija varias veces, pero terminaron por no insistir, aunque Malcon había descubierto la verdad demasiado rápido. Si dependía de Liam, habría ido hasta Dallas a agarrar al médico por el cuello de la bata, pero ninguno de nosotros se lo permitió. El resto de la familia sabía que, si alguien tenía que ir tras él, era yo. Sin embargo, nunca lo hice...

Y aun así, Brandon estaba justo frente a mí, en una mezcla de delirio y aparición mágica que me dejó completamente en shock.

—¿Quieres unas tostadas? —ofreció mi madre.

—Sí, por favor. —Brandon tomó la silla que solía usar Jackson, pero nadie dijo nada. Después de todo, el gobernador ni siquiera estaba allí.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en el pueblo? —preguntó mi padre, iniciando la conversación, aunque también tratando de averiguar sus intenciones.

—Cancelé mis compromisos de la semana.

—¿Así que te vas la próxima semana? —Liam lo miró con seriedad.

—Depende.

—¿De qué? —insistió mi hermano, más curioso de lo que debería, mientras el padre de mi hija me miraba.

Yo no dije ni una palabra, así que él continuó.

—De Cora.

—¿Y qué hay de mi nieta? —Mi padre era más práctico que el resto de nosotros, que actuábamos movidos por impulsos y emociones.

—Voy a estar cerca de ella, como un padre debe hacerlo.

Su respuesta firme pareció convencer a mi padre, pero yo no estaba tan segura.

—Eso es bueno.

—Es lo mínimo.

—Ya veremos —murmuró mi hermano.

—¡Liam! —Mi madre lo reprendió mientras servía una taza de café para Brandon, que ya había empezado a comer una tostada.

Nos quedamos mirándonos hasta que mi hija rompió en llanto y solté todo para subir corriendo las escaleras y ver qué pasaba. Solo me di cuenta de que Brandon había ido detrás de mí cuando se detuvo a mi lado.

—¿Qué tiene?

—Ven aquí, hija. —La tomé en brazos sin responderle.

Lara seguía llorando a pesar de que la estaba acunando.

—¿Crees que pueda ser un cólico?

Me giré para mirarlo, sorprendida por su suposición.

—Sí.

—Imagino que debes ir a la clínica en un rato.

—Voy a llamar a mi madre para que la cuide.

—No es necesario, yo me encargo. —Extendió los brazos, esperando que le entregara a la bebé, y todo mi miedo me sacudió de golpe.

—Hasta donde sé, no eres pediatra.

—Pero sigo siendo médico. Y su padre.

—No hace falta. —La acerqué más a mi pecho, pero Lara no dejó de llorar ni un segundo.

—Quiero ser su padre. ¿Qué le dirás cuando te pregunte por qué no me dejaste?

Su pregunta me golpeó en el estómago y me dejó sin palabras. Creía que estaba protegiendo a mi hija de la mejor manera, pero jamás había visto la situación desde esa perspectiva.

Inspiré profundamente y, por primera vez, puse a la bebé en sus brazos.

Lara estaba llorando, pero en cuanto Brandon la acomodó, se calmó de inmediato, como si el dolor hubiera desaparecido.

Él se inclinó y besó su frente. Fue imposible no conmoverme con la escena.

¿Estaba protegiendo a mi hija o me estaba protegiendo a mí misma de otra desilusión?

—Puedes irte, yo la cuido.

—¿Todo el día?

—Sí.

—No sé si serás capaz de soportarlo.

—Tengo que empezar a recuperar el tiempo que no estuve con ella.

Otra vez, su respuesta me descolocó.

Debería haber tenido una réplica lista, pero lo único que pude hacer fue tragar saliva.

—Mi madre estará aquí si necesitas ayuda.

—Lo tendré en cuenta. —Siguió acunando a la niña, y hasta podría jurar que ella sonreía.

—Si me disculpas, necesito cambiarme de ropa. —Señalé la puerta del cuarto.

—No hay nada que no haya visto antes.

—Aun así...

—Está bien. —Me interrumpió antes de que pudiera terminar la frase. —Me la llevaré al cuarto donde dormí.

Brandon salió con la niña al pasillo, y tuve que anclar mis pies al suelo para no correr tras él y arrebatársela.

Enfrentar esos sentimientos y, sobre todo, ese miedo, iba a ser mucho más difícil de lo que imaginaba.



Brandon
Banks

Capítulo cuarenta y cuatro

Dejé a mi hija en el centro de la cama, y ella movió sus manitos mientras me miraba con ternura. Nunca imaginé cuánto podía llenarse mi corazón de emoción hasta que la tuve conmigo.

Mis instintos y la forma en que me veía a mí mismo parecían haber cambiado por completo.

—Hola, princesa... —Extendí mi mano hacia ella, y sus pequeños deditos envolvieron los míos y los apretaron.

La madre de Cora tenía razón, tenía mis ojos, pero el resto de su belleza lo había heredado completamente de su madre.

—¿Brandon?

Me giré al escuchar su voz y la vi en la puerta de la habitación, lista para irse al trabajo.

—¿Sí?

—Tengo que irme.

—Estaremos bien, ¿verdad? —Mi hija no era lo suficientemente grande como para responder, pero parecía sentirse cómoda conmigo.

—Cualquier cosa...

—Llamo a tu madre.

—Está bien.

Cora se acercó más a la cama y se inclinó, apoyando las rodillas sobre el colchón para besar la frente de la niña.

—Cuídate, princesa.

—Lo haremos.

—Vuelvo más tarde.

—Espera. —Tomé su muñeca antes de que se alejara demasiado.

—¿Qué quieres, Brandon?

—Ven aquí.

—Estoy apu... —La atraje hacia mí y le robé un beso, hundiendo mi lengua en su boca. Protestó al principio, pero después cedió y me correspondió hasta que me aparté.

—Que te vaya bien en el trabajo.

—Gracias.

La forma en que reaccionó antes de salir del cuarto me hizo esbozar una leve sonrisa. Quería estar cerca de mi hija, pero ella no era la única mujer en esa habitación que quería en mi vida.

Lara empezó a llorar, así que la tomé en brazos nuevamente, acostándola boca abajo y apoyando mi mano en su barriguita para que se sintiera cómoda y pudiera lidiar con los cólicos.

—Ya pasará. —Comencé a masajear su espalda.

Se acurrucó contra mí y no tardó mucho en dejar de llorar, como si de repente se hubiera relajado.

—¿Tienes otros hijos, Brandon?

Levanté la cabeza y vi a la madre de Cora entrar en la habitación. Supuse que su hija le había pedido que me vigilara, pero podía manejarlo.

—No, señora Collins. Lara es la primera, pero siempre se aprende una que otra cosa en la vida de médico.

—Puedes llamarme Francine.

—Claro.

—¿Nunca pensaste en tener hijos? —Continuó con las preguntas, pero me alegró. Eso demostraba que estaba abierta a escucharme, a

diferencia de la resistencia de su hija.

—Lo pensé varias veces. —Volví la mirada hacia el bebé frente a mí.

—Supongo que estabas disfrutando la vida.

—Es más complicado que eso.

—¿Complicado? —Se inclinó.

—No tuvimos tiempo de tener uno. Estuve casado, señora... perdón, Francine, pero a mi esposa le diagnosticaron un aneurisma muy agresivo. Ningún tratamiento convencional funcionó y murió en mi mesa de cirugía. —Tragué en seco, sintiendo mi estómago revolverse y el dolor de aquel momento retorcerse en mi pecho.

—Lo siento mucho. —Me dio una palmada en el hombro.

—Gracias.

—Cora tiene un carácter fuerte.

—Eso ya lo noté. —Solté una risa.

—Pero también tiene un gran corazón.

—Solo que no quiere aceptarme en él.

—Yo no lo vería así. Solo tiene miedo, pero estás aquí con la hija que tuvieron juntos y eso ya es un gran paso.

—Creo que todos sentimos miedo en algún momento.

Cora había lidiado con el abandono, y yo, con la pérdida. Solo pensar en la posibilidad de atravesar ese dolor otra vez hacía que mi corazón se hiciera pedazos. Pero estaba deseando con todas mis fuerzas que no pasara.

—Lo importante es no dejar que el miedo nos impida tener lo que más queremos.

—Tiene toda la razón.

La madre de Cora se levantó después de dedicarme una sonrisa.

—Te dejo con la niña, pero más tarde vendré para amamantarla. Cora deja leche congelada.

—Gracias.

Francine salió de la habitación, y volví a quedarme a solas con mi hija, que ya había vuelto a dormirse. La giré para ponerla de frente y la acomodé de nuevo en la cama, observando cada instante de su sueño como si fueran los primeros pasos para recuperar el tiempo perdido.

Llevaba poco más de veinticuatro horas con ella, y ya se había convertido en lo más preciado de mi vida.

Había escuchado a otros hombres decir muchas cosas sobre la paternidad, pero ninguno parecía describir realmente lo que yo estaba viviendo en ese momento.

Algunas experiencias en la vida ni siquiera la ciencia podía explicarlas.



Cora
Collins

Capítulo cuarenta y cinco

Me cubrí la nariz con el brazo antes de estornudar. La clínica estaba tranquila ese día. Excepto por los señores que vinieron en la mañana para que les hiciéramos una curación, no tuve que atender a nadie más, lo que hizo que el día pasara aún más lento.

—Parece que te resfriaste. —Melissa se detuvo a mi lado y me entregó una taza de café caliente.

—Son solo unos estornudos.

—¿Qué pasó? Casi parece que te agarró la lluvia ayer.

—Tal vez un poco... —Me incomodé al recordar mi momento con Brandon bajo la lluvia.

—¿Tal vez? —Frunció el ceño, analizando mi respuesta como si intentara sacarme más de lo que había dicho.

—No vas a creer que Brandon apareció en el rancho ayer.

—Claro que te creo. No puedes seguir negando que Lara es su hija, Cora. El tipo tiene responsabilidades con la niña y, en el futuro...

—Ya lo admití, ¿está bien? —murmuré con fastidio, sintiendo que estaba en mi contra.

—¡Qué bueno! ¡Al fin!

—¡Achís! —Me froté la nariz.

—No estás bien.

—Sí lo estoy.

—Cora, deja de ser terca. ¿Qué hiciste? Vamos, soy tu mejor amiga, puedes contarme.

—Ayer tuve sexo bajo la lluvia.

—¿Tuviste sexo? —Abrió la boca, sorprendida. —¿Tú y Brandon?

—¿Quién más sería?

—Después del último encuentro entre ustedes, pensé que querías matarlo antes que acostarte con él.

—Es complicado. —Me masajee las sienes, sintiendo que el dolor de cabeza se intensificaba.

—No parece tan complicado.

—Sí lo es.

—Te gusta ese hombre.

—¿Por qué no mejor nos ponemos a trabajar, Melissa? —Intenté cambiar de tema.

—¿Y atender a las moscas? —Señaló el espacio vacío en la recepción.

—No debería decir esto, pero a veces extraño la locura de cuando el bar de Billy tenía el agua contaminada.

—Menos mal que tu hermano nos ayudó a solucionar eso. Hablando de él, hace tiempo que no veo al sheriff guapo.

—Se tomó una licencia para viajar.

—Lástima que no me llevó con él.

—No puede sacarse a la mamá de Judy de la cabeza.

—Ha pasado tanto tiempo... Debería fijarse en quien está aquí y nunca lo abandonaría.

—Es complicado, Melissa.

—Los Collins tienen la manía de complicarlo todo.

—Tal vez sí. ¡Achís! —Volví a cubrirme la nariz.

—Vete a casa, amiga.

—Aún faltan dos horas para que termine nuestro turno. —Miré el reloj en la pared por encima de su hombro.

—Yo me encargo de todo aquí.

—No hace falta...

—Lo haría solo por Lara, y para que te quedes con el bombón del doctor.

—¡Melissa!

Soltó una risita y yo negué con la cabeza.

—Anda, vete a casa, no te ves nada bien.

—¿Segura de que no hay problema?

—Si el mundo se viene abajo, te llamo.

Puse los ojos en blanco y ella se rió aún más.

—Está bien, me voy. —Terminó convenciéndome.

En el fondo, aunque sabía que mi mamá estaba en casa cuidando de mi hija, no podía dejar de pensar en cómo se estaría arreglando Brandon. Tal vez estaba exagerando, pero no podía evitar mis impulsos de sobreprotección.



Brandon
Hanks

Capítulo cuarenta y seis

—Creo que ya es hora de darle de comer. —Bajé con mi hija en brazos.

Lara estaba inquieta, frotando su pequeña cabeza contra mi pecho, buscando algo que yo no tenía.

—Acabo de preparar la leche. —Francine se acercó a mí, saliendo de la cocina con un biberón en la mano. —Puedo dárselo yo. —Extendió la mano, esperando que le entregara a la bebé.

—Déjame a mí —insistí.

—Está bien. —No protestó y me entregó el biberón.

Fui con Lara a la sala y me acomodé en el sofá, acunándola contra mi pecho. Apenas sintió el biberón, lo sujetó con la boca y empezó a beber sin demora. Su llanto cesó y se concentró en comer.

—Debería haber estado aquí antes —susurré, acariciando su pequeña cabeza.

—Ahora estás aquí —dijo Francine, sin reprocharme el tiempo que había pasado lejos de mi hija.

—Sí, lo estoy. —Me incliné y besé su frente.

Me quedé quieto, observándola, hasta que tomó la última gota de leche. Cuando ya no quedaba nada, empujó la tetina y volvió a mirarme.

No veía la hora de presentarla al resto de mi familia y me alegraba saber que mi madre seguía viva para conocer a su nieta.

—Es tan linda —comentó la madre de Cora.

—Demasiado.

Reí al sentir el peso del pañal y un olor fuerte.

—Parece que alguien necesita un cambio.

—Dámela. —Francine extendió los brazos.

—Puedo hacerlo yo.

—Te estás aventurando de verdad. —Rió.

—Es mi responsabilidad. —Me encogí de hombros.

—Tienes toda la razón. Mi hijo Jackson es el gobernador del Estado, pero ha cambiado muchos pañales de su hija.

—¿El cambiador está en la habitación de Cora?

—Sí.

Subí nuevamente y Francine me siguió. Coloqué a mi hija sobre el cambiador y su abuela me pasó un pañal limpio, toallitas húmedas y una pomada para rozaduras. Retiré el pañal sucio y lo reemplacé por el limpio en pocos segundos.

—Ojalá Lincoln hubiera aprendido a cambiar pañales tan rápido.

—El tiempo en el hospital ayudó.

—Lo veo. Eres un gran padre para mi nieta, Brandon. —Me dio una palmada en el hombro y me sonrió ampliamente.

—Lástima que Cora no esté de acuerdo con usted.

—Mi hija es terca, pero con el tiempo lo entenderá.

—¿Cuánto tiempo?

—Ten un poco de paciencia.

—Lo intento.

—Eso ya es un gran paso.

Antes de que pudiera decir algo más, un ruido fuerte se escuchó desde el piso de abajo, como si algo hubiera caído.

—¿Qué fue eso? —Francine se preocupó.

—Vigíla. —Señalé a mi hija. —Voy a ver qué pasó.

—Seguro es Liam tirando algo en la sala. Ya me cansé de decirle que no haga eso.

—Veremos...

Dejé a mi hija con su abuela y bajé a la sala. Había imaginado varias razones para el ruido, pero ninguna se acercaba a lo que vi al pasar el sofá.

—¡Cora! —Corrí hacia ella al verla en el suelo. La tomé en brazos y revisé su pulso con la punta de los dedos, luego apoyé mi mano en su piel para sentir su temperatura. —Estás ardiendo de fiebre.

—Tal vez no me sienta muy bien.

—¿Tal vez? —Me irrité. Era evidente que no estaba bien.

—Estoy estornudando... ¿Dónde está Lara? —Se aferró a mi camisa.

—Nuestra hija está con tu madre.

—¿Está bien?

—No es la bebé quien debería preocuparte ahora.

—Estoy bien.

—No lo parece.

—Lo estoy. —Intentó apartarse de mis brazos, pero no tenía fuerzas.

—Vamos a la habitación.

—Puedo ir sola.

—¡Deja de ser tan terca, Cora!

—Está bien. —Cedió cuando insistí un poco más.

La cargué y subí con ella. Cora tenía fiebre y no sabía qué la estaba enfermando, pero lo averiguaría y, si me lo permitía, la cuidaría.

—¡Dios mío! —Francine se alarmó cuando entré al cuarto con su hija en brazos y la acosté en la cama. —¿Qué pasó?

—Creo que se desmayó.

—¿Por qué?

Acomodé las almohadas detrás de su cabeza y puse el dorso de mi mano en su frente.

—Parece fiebre, pero necesito un termómetro para estar seguro.

—Voy por uno. —Dejó a la bebé en la cuna y salió apresurada.

—Quiero ver a mi hija. —Cora intentó incorporarse, pero la sujeté por los hombros y la mantuve en la cama.

—Lara está bien.

—Yo también lo estaré.

—Lo estarás...

Verla enferma me oprimía el pecho, dejándome sin aliento. Antes de que descubriéramos el aneurisma, mi esposa fallecida había comenzado con mareos y desmayos.

¿Y si Cora...?

Solo imaginarlo me llenaba de pánico. No podía pasar por lo mismo otra vez. No podía perder a otra mujer a la que había amado tanto.

—Aquí tienes. —Francine me pasó el termómetro.

—Gracias.

Lo coloqué en su axila y Cora se removió.

—Está frío.

—Solo un momento más. —Mantuve mi mano en su frente. Ella me miró fijamente.

La espera pareció eterna hasta que el termómetro pitó. 38.3°C. Más que suficiente para alarmarme.

—¡Achís! —Giró el rostro para estornudar.

—¿Comiste algo diferente o hiciste algo fuera de lo común?

—Aparte de la lluvia que me cayó ayer...

Me sentí culpable porque había sido por mi culpa. No quería que enfermara por un simple capricho mío.

—¿Te tomaron la presión en la clínica?

—No. Estaba bien cuando salí.

Supuse que había salido para verme con la niña, pero traté de no pensar en eso.

—¿Qué crees que pueda ser?

—No lo sé. —Trataba de no pensar lo peor, pero mi mente me traicionaba.

—¡Achís!

—Debe ser solo un resfriado —intervino su madre. —Voy a preparar un caldo bien caliente y pronto se sentirá mejor.

—Necesito un baño caliente. —Cora intentó levantarse, pero no la dejé.

—Espera.

—Voy a estar bien.

—Soy médico.

—Y yo, enfermera.

—Iré a hacer la sopa. —Francine salió antes de que la discusión escalara.

—¿Dónde está el baño? —pregunté.

—Ahí. —Señaló una puerta en la otra esquina del cuarto.

—Está bien, ve. —Asentí.

—Dejaré la puerta abierta, doctor. —Me hizo una mueca. —Como tú mismo dijiste, ya lo viste todo.

Se levantó, miró a la bebé en la cuna y fue al baño. Cumplió su palabra, pero no me quedé observándola. No era el momento para eso.

Mientras escuchaba el agua correr, caminaba de un lado a otro. Mi mente no dejaba de dar vueltas, cada vez más angustiado con la posibilidad de que algo malo le pasara.

Ignoré el primer desmayo de Nicolý y siempre me pregunté si, de haber actuado diferente, ella seguiría viva.

Un ruido me hizo correr al baño. Me detuve fuera de la ducha.

—¿Qué pasó?

—Solo se cayó el champú. —Señaló el frasco en el suelo.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor.

—Está bien. —Suspiré hondo.

—Pareces tú el que está enfermo.

—Solo estoy preocupado.

—¿Tienes miedo de criar a Lara solo?

—Tengo miedo de perderte.



Cora
Collins

Capítulo cuarenta y siete

Me quedé inmóvil al escuchar su última frase. No esperaba esas palabras y me desconcertaron por completo. Parecía imposible que él actuara de esa manera, sobre todo después de todos mis intentos por alejarlo. Tenía miedo de entregarle mi corazón otra vez y terminar perdiéndolo.

—No me va a pasar nada.

—De verdad, espero que no. Ya te perdí una vez y no quiero que la historia se repita.

Tragué en seco al recordar que Brandon era viudo. Al igual que yo, él también cargaba con sus propios traumas y tristezas del pasado.

—Ya me siento mucho mejor. —Forcé una sonrisa. —Es tu culpa. —Intenté aligerar el momento.

—¿Mía?

—Sí, fue por tu culpa que terminé así.

—No deberíamos haber tenido sexo bajo la lluvia. —Pareció culpable.

—Ya pasó. —Abrí la puerta de la ducha y caminé empapada y desnuda sobre la alfombra, sin importarme que él me estuviera mirando.

—Aún no estoy seguro.

—Ven aquí.

—¿Para qué?

—Solo ven.

—Está bien.

Todavía con cierta cautela, se acercó y le tomé la mano, colocándola sobre mi frente para que sintiera que mi temperatura ya había bajado.

—¿Ves?

—Cora... —Sus dedos recorrieron el contorno de mi rostro y sostuvo mi mejilla con ternura. —Te amo.

—Brandon...

—Deja de ser tan terca.

—¿No lo dices solo por Lara?

—Ella es solo una extensión de lo que hay entre nosotros. —No quería dejarme convencer, pero él siempre sabía qué decir en el momento exacto para hacerme dudar. Y, por más que no quisiera admitirlo, mis sentimientos por él seguían guardados en mi pecho desde que nos involucramos hace un año.

—Tu vida en Dallas, tu trabajo...

—Puedo arreglarlo.

—No es tan simple.

—Podría serlo, si me lo permites. El hospital donde trabajo tiene varios helicópteros. Estoy seguro de que el director vendría a buscarme personalmente si fuera necesario.

—¿Me estás pidiendo que sea tu novia?

—No, te estoy pidiendo que te cases conmigo. —Miró alrededor del baño hasta que encontró una liga para el cabello sobre la mesada del lavabo.

—¿Estás bromeando?

—Para nada. —Se arrodilló frente a mí, tomó mi mano y enrolló la liga en mi dedo.

—Quiero un anillo decente. —Hice un puchero.

—Entonces, ¿eso es un sí? —Su sonrisa se ensanchó.

—Sí.

Brandon rodeó mi cintura y me atrajo hacia él, pero antes de que el beso se intensificara, escuché el sonido de la puerta de la habitación abriéndose y lo empujé.

—Es mi mamá —susurré.

—Está bien. —Me dio un beso rápido y salió del baño.



Brandon
Hanks

Capítulo cuarenta y ocho

Después de tomar la sopa de su madre, Cora se acomodó en la cama y su semblante se veía mucho más animado, como si se hubiera recuperado rápidamente del malestar. Aunque me alegraba verla mejor, no podía dejar de pensar que algo más grave podría estar ocurriéndole.

Me senté en el borde de la cama y la atraje hacia mí, apoyándola contra mi pecho. Esta vez, no protestó. Era difícil hacer que cediera, pero valía la pena intentarlo.

—Cora.

—¿Sí? —Levantó la cabeza para mirarme.

—Quiero que te hagas una tomografía.

—¿Por qué querría hacerme una tomografía? —Frunció el ceño.

—Quiero estar seguro de que...

—¿De que no tengo cáncer?

—Sí...

—¿Vas a retractarte de la propuesta de matrimonio si descubres que lo tengo?

—No, pero solo quiero confirmar que no hay nada que pueda tratarse a tiempo. Sí, tengo miedo de que la historia se repita.

—Si me hago ese examen, ¿te quedarás más tranquilo?

—Sí.

—Está bien, me lo haré.

—¿De verdad? —Me sorprendió lo fácil que había cedido, porque ya estaba acostumbrado a que chocáramos en casi todo.

—¿Puedes conseguir el helicóptero?

—Por supuesto. —Mi sonrisa se ensanchó.

—¿Puedes creer que mi hermano tiene uno y yo nunca he volado en él? Me da curiosidad.

—Será un buen paseo. —La rodeé con los brazos y la atraje aún más hacia mí, acurrucándola contra mi pecho.

—Sí. —Inclinó la cabeza para besarme.

Hundí los dedos en su nuca y tiré de su cabello, intensificando el beso. Mi erección se hizo notar dentro del pantalón, y justo cuando estaba a punto de girarla en la cama para colocarla debajo de mí, nuestra hija empezó a llorar en la cuna.

—Es hora de amamantarla. —Cora se apartó de mí.

—Está bien.

Sonreí mientras las miraba. Cora acomodó a la bebé en su pecho y volvió a la cama.

Seríamos una familia, y no había nada que deseara más.



Cora
Collins

Capítulo cuarenta y nueve

Dejé a mi hija al cuidado de mi madre, como hacía de costumbre. Brandon había prometido que regresaríamos ese mismo día, y yo esperaba que todo saliera bien. Aunque pensaba que estaba buscando cinco patas al gato, una pequeña parte de mí estaba muy preocupada por el posible resultado de aquel examen.

Tenía una hija que criar y ni siquiera podía pensar en la posibilidad de irme tan pronto.

—¿Está todo bien? —Me acarició el hombro, y yo asentí, recordando que estábamos dentro del helicóptero camino al hospital donde él trabajaba como neurocirujano. —¿Ves qué rápido es? Ya casi llegamos.

—¿Vas a hacer este recorrido todos los días?

—Excepto en mis días libres.

Me reí de su expresión.

—Debes de ser un muy buen médico.

—Solo hay cierta enfermera que no piensa lo mismo.

—Quién sabe, con el tiempo puede que esa enfermera termine convenciéndose.

—Estoy trabajando en ello.

Poco después, aterrizamos en el helipuerto de la azotea del hospital. Apenas bajamos de la aeronave, nos recibió personalmente el director del hospital, acompañado por otras tres personas.

—Doctor Hanks...

—¡Hola! Ella es mi prometida. —Señaló en mi dirección, y fue imposible no sonrojarme al oírle utilizar esa palabra para referirse a mí.

—Cora Collins.

—La hermana del gobernador. —El director se mostró más entusiasmado por Jackson que por mí, pero estaba acostumbrada a que mi hermano mayor me eclipsara desde niña.

—Sí —confirmé, incómoda.

—No das puntada sin hilo —bromeó con Brandon, quien también se sintió un poco avergonzado y cambió de tema.

—¿La sala de tomografía está lista?

—Sí, los están esperando.

—Vamos. —Me rodeó la cintura y me guió hacia la entrada de un pasillo que conducía a un elevador.

Sentía una molestia en la garganta, como si tuviera algo atorado, mientras caminábamos hacia el examen que había asegurado no tener problema en hacer. Estaba convencida de que no tenía nada, pero, en el fondo, tenía mucho miedo de descubrir algo con lo que no quisiera lidiar.

Mi hija todavía era muy pequeña para quedarse sin madre.

Me cambié de ropa y me recosté en la camilla que se deslizó dentro del túnel donde se realizaría el examen. Escuchaba el ruido molesto de la máquina mientras escaneaba mi cerebro en busca de algo que no debería encontrar.

Me puse cada vez más nerviosa, y a medida que pasaba el tiempo, sentía que no iba a poder respirar. Cuando la máquina se apagó y salí del túnel, mi alivio duró muy poco porque vi a Brandon esperándome.

Parecía serio, y no me gustó su expresión.

—Brandon...

—Ven. —Extendió su mano hacia mí.

—¿Encontraste algo en mi cabeza? —Contuve la respiración y el miedo me dominó.

—No. —Sonrió ampliamente, y fue como si me hubieran quitado el peso del mundo de los hombros. —No tienes nada.

—¿Estás seguro?

—Sí. Examiné las imágenes minuciosamente, pero llamé a otro especialista solo para estar seguro, y él está de acuerdo conmigo: estás sana.

—¡Qué buena noticia!

—Sí. —Me acarició el rostro y me dio un beso fugaz. —Ve a cambiarte porque tenemos un compromiso antes de regresar al rancho.

—¿Compromiso? —Fruncí el ceño, poniéndome tensa otra vez.

—Un almuerzo.

—¿Almuerzo con el director del hospital?

—No, con mi familia.

—¡Brandon!

—Pensé que te gustaría conocerlos.

—No de esta manera. No me prepararé... ¿Y si no les agrado?

—Todo saldrá bien, Cora.

—No puedes estar tan seguro.

—Lo estoy.

—¿Por qué no lo posponemos para otro día?

—Solo cámbiate y vámonos.

—¿Y si no quiero...?

—Deja de resistirte. Te irá bien.

—Si es un completo desastre, será tu culpa.

—Puedo manejarlo.

Volví a ponerme la ropa que había elegido para ir al hospital y salimos. Al llegar a la calle, un auto nos estaba esperando. Brandon abrió la puerta trasera para que subiera.

Apenas me acomodé en el asiento y miré al conductor, me llevé un susto enorme al darme cuenta de que era idéntico a mi prometido.

—¡Espera! ¿Hay dos de ti? —Alterné la mirada entre ambos, parpadeando varias veces para asegurarme de que no era una alucinación.

—Yo soy el más guapo —dijo el conductor, en tono burlón.

—Cora, él es mi hermano, Carlton.

—No me dijiste que tenías un hermano gemelo.

—Nunca me preguntaste.

—No es algo que una espera.

—Un placer conocerte. —El conductor se inclinó y extendió la mano hacia mí.

—El placer es mío. —Me giré hacia Brandon. —¿Hay más sorpresas?

—Creo que no.

—No estoy convencida de eso.

—Nuestros padres no te van a morder.

—Eso espero.

Carlton nos llevó más allá del hospital, cruzando la ciudad. Después de unos veinte minutos, llegamos a una enorme casa con un amplio jardín verde, como las que aparecen en las películas de los suburbios.

—¿Crecieron aquí?

—Sí.

—Parece un lindo lugar.

—Solo menos espacioso que un rancho.

—Y con menos animales.

—Socks ya hace suficiente desastre por muchos.

—¿Socks? ¿Quién le puso ese nombre?

—Parecía una gran idea en su momento. —Brandon se encogió de hombros.

—Lo entenderás cuando lo veas —dijo Carlton, defendiendo a su hermano.

Bajamos del auto y caminamos hacia la puerta de entrada. Apenas se abrió, un perro de tamaño mediano y pelaje largo corrió hacia mí y me saltó encima. Era blanco, pero sus patas eran marrones, como si llevara calcetines.

—¡Hola, campeón! —Le acaricié la cabeza.

—Sabía que se llevarían bien.

—Así que esta es Cora. —Escuché una voz femenina y levanté la cabeza, viendo a una mujer que imaginé que era su madre.

—Hola. —De inmediato, volví a sentirme incómoda.

—Bienvenida a mi casa.

—Gracias.

—¡Socks! —Lo llamó, y el perro bajó de encima de mí. —Si lo dejas, se abusa.

—Estoy acostumbrada a los animales.
—Me enteré de que tienes una granja.
—Fue un buen lugar para crecer.
—¡Sin duda! —Se acercó y me abrazó. —¿Dónde está mi nieta?
—Miró a su alrededor, buscándola.
—Se quedó con mis padres.
—Estaba ansiosa por conocerla.
—La verás pronto, mamá —prometió Brandon.
—Eso espero.
—¡Cora! —Su padre se acercó y, en poco tiempo, me llevaron al comedor, donde sirvieron el almuerzo.

Estaba tensa, pensando en cómo me recibirían, pero fueron amables y hospitalarios. Las únicas preguntas que hicieron fueron sobre Lara; como abuelos, estaban deseando conocerla. Al final, me di cuenta de que no tenía por qué haberme preocupado tanto.

Después de comer, Brandon me llevó al patio trasero y me mostró un columpio y un tobogán.

—Me encantaba este lugar cuando era niño.
—Parece muy acogedor.
—Y lo es. Apuesto a que a Lara le gustará.
—Brandon...
—No estoy diciendo que nos mudemos aquí, ¿de acuerdo? Pero supongo que nuestra hija vendrá a visitar a sus abuelos.
—Eso sí.

Brandon sacó una caja de terciopelo del bolsillo y la abrió, mostrando un anillo.

—Dijiste que querías uno de verdad.
—¿Cómo conseguiste uno tan rápido?
—Mi gemelo me ayudó. —Extendió la mano, esperando la mía.
—¿Puedo?

—Sí. —Sonreí, y Brandon me atrajo hacia él.

Nos besamos con ternura y pasión. Le rodeé los hombros y le correspondí con la misma intensidad, dándome cuenta de que ya no tenía razones para alejarlo de mi vida.

—Yo también te amo, Brandon —susurré en su oído, antes de volver a besarlo.



Brandon
Banks

Epílogo

Meses después...

Sostuve las manitos de mi hija, que daba sus primeros pasos mientras subíamos la colina donde, por fin, había terminado la construcción de nuestra casa. Aunque la familia Collins me había recibido bien, sentí la necesidad de tener nuestro propio espacio, y Cora terminó pensando lo mismo después de nuestro matrimonio.

Había comprado un pequeño terreno cerca del rancho de la familia de mi esposa, lo suficientemente grande para construir una buena casa, un helipuerto y un espacio donde nuestros hijos pudieran crecer y jugar.

—Quedó hermosa... —suspiró ella, en cuanto cruzamos la puerta de entrada.

—Menos mal, porque llegué a pensar que en cualquier momento ibas a golpear a la arquitecta durante la construcción.

—Exagerado. —Rió con nerviosismo.

—No tanto. —Lara se apoyó en mi pierna y dio unos cuantos pasos más hasta detenerse frente al sofá.

—¡Felicidades, hija! —Cora celebró al verla caminar sola.

—Tan lista como su madre.

—Creo que el padre también tuvo algo que ver en eso. —Me sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Ah, claro que sí. —La sujeté por la cintura y la acerqué a mí, atrapando su lengua en un beso prolongado.

—Te amo, Brandon.

—Yo también te amo.

Nunca imaginé que mi huida de Dallas terminaría llevándome justo a donde debía estar. Aunque el dolor de la pérdida nunca desaparecería por completo, había construido una nueva familia.

Leggi anche:



Link: <https://amzn.eu/d/cRHgTMr>

Sinossi:

Nolan Baker es el poderoso gobernador del Estado de New York. Viudo, tiene una hija adolescente y usa su poder para controlarlo todo. Arrogante y autoritario, maneja a las personas para que hagan exactamente lo que quiere.

Nilzi Langner es una joven soñadora que acaba de cumplir dieciocho años y está terminando la preparatoria. Su mayor objetivo siempre ha sido convertirse en una modelo famosa, como su tía. Lo que nunca imaginó fue que su camino se cruzaría con el hombre más poderoso del Estado.

Lo que Nolan quiere, lo consigue.

Convertirse en el objeto de deseo del gobernador pondrá de cabeza la vida de la ingenua joven. Él sería capaz de ofrecerle el mundo, pero no estaba dispuesto a reconocer la relación, porque podría convertirse en un gran escándalo.

Sin embargo, su cuento de hadas se vino abajo cuando quedó embarazada y él la abandonó.



Link: <https://amzn.eu/d/icJpMfW>

Sinossi:

DIFERENCIA DE EDAD, MÉDICO Y RESIDENTE, EMBARAZO ACCIDENTAL, BEBÉ RECHAZADO

Philip Baker es el arrogante neurocirujano más famoso de Nueva York. Para alimentar aún más su complejo de superioridad, es hermano del gobernador del estado y el médico más adulado del hospital.

Roberta López sabía que, si quería convertirse en una gran neurocirujana, debía aprender del mejor. Por eso, se convirtió en alumna de Philip. Desde que ingresó al hospital, la habían advertido que no se involucrara más de lo necesario con él, porque podría romperle el corazón como lo había hecho con muchas otras mujeres. Pero fue una ingenua.

Philip Baker era demasiado increíble y seductor...

Enredarse con él parecía un cuento de hadas, hasta que quedó embarazada. Philip no quería ser padre, y Roberta tuvo que tomar la terrible decisión de abandonar el programa de residencia para criar a su hija sola.

Philip había olvidado a la residente y todo lo que pasó entre ellos, hasta que, años después, un accidente lo obligó a ser atendido por el mismo personal al que tanto menospreciaba. Entonces, escuchó a una enfermera decir que la niña tenía suerte de no haber sido criada por él.

¿Niña?

El altanero médico tenía un largo camino de redención por delante para ser digno de formar parte de la vida de su hija.



Link: <https://amzn.eu/d/3sy89ZC>

Sinossi:

DIFERENCIA DE EDAD – RECHAZADA ABANDONADA – BEBÉ POR CONTRATO – SEGUNDA OPORTUNIDAD

Keyla Baker tenía un secreto que se llevaría a la tumba para proteger la felicidad de quienes más amaba. Pero una enfermedad terrible lo cambió todo y la verdad salió a la luz.

Después de un embarazo en la adolescencia y de haber sido rechazada y abandonada por el padre de su bebé, se vio obligada a ver crecer a su hija desde la distancia. Sin embargo, cuando la niña enfermó, no tuvo más opción que decir la verdad. Pero eso no fue suficiente. El dolor fue aún mayor al reencontrarse con el hombre que más la había lastimado.

Para salvar a su primera hija, necesitaba otro bebé...

Keyla estaba dispuesta a todo, incluso a volver a quedar embarazada de ese cretino egoísta que solo pensaba en sí mismo.

Jonas Bennet solo se preocupaba por su propio bienestar. Viudo y convertido en millonario, creía que el dinero era lo único que importaba y nunca se había arrepentido de haber abandonado a Keyla. A pesar de los años, no había cambiado en absoluto y solo aceptó tener otro hijo bajo un contrato que lo eximía de cualquier responsabilidad sobre el niño.

Él pensaba que no necesitaba amor, pero estaba a punto de descubrir lo vacía que era su vida sin una familia.

Social (dall'editore)

network

Sito web dell'editore: <https://grupoeditorialportal.com.br/>

Instagram: <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

Facebook: <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>

Shopee: <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>

